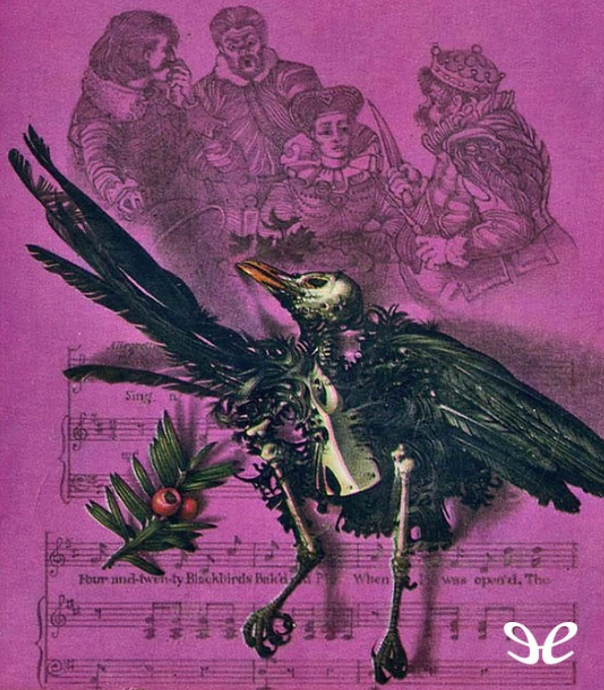


AGATHA CHRISTIE

UN PUÑADO
DE CENTENO

Selecciones de Biblioteca Oro



ae

LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Rex Fortescue muere envenenado y todo indica que el asesino puso el veneno en el té que, como cada mañana, le sirvió su secretaria. Pero los informes del forense lo desmienten y el asunto se complica cuando la investigación saca a la luz los trapos sucios de la familia Fortescue. El inspector Neele, encargado del caso, contará en todo momento con la ayuda de la sagaz miss Marple.

L  **LIBROS**

Agatha Christie

Un puñado de centeno

Saga: Miss Marple - 7

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ANSELL: Abogado de Adela Fortescue.

BERNSDORFF: Médico del Hospital de San Judas.

BILLINGSLEY: Abogado de Rex Fortescue.

CROSBIE: Médico director del sanatorio « Los Pinos » .

CRUMP: Viejo mayordomo de los Fortescue.

DOVE (Mary): Ama de llaves de la citada familia.

DUBOIS (Vivian): Amigo íntimo de Adela.

ELLEN: Doncella de los Fortescue.

EVANS (Alberto): Novio de Gladys.

FORTESCUE (Adela): Mujer muy atractiva, esposa de Rex y mucho más joven que él.

FORTESCUE (Elaine): Muchacha agraciada y muy moderna, hija del primer matrimonio de Rex.

FORTESCUE (Jennifer): Esposa de Percival.

FORTESCUE (Lancelot): Segundo hijo de Rex, hermano de Percival y Elaine.

FORTESCUE (Percival): Hijo mayor de Rex, y a la vez socio de su padre.

FORTESCUE (Rex): Gerente del Trust de Inversiones Unidas; hombre acaudalado, poco escrupuloso en sus negocios.

GRIFFITH: Primera mecanógrafa del citado Trust, ya solterona.

GROSVENOR: Una rubia muy, atractiva, secretaria particular de Rex.

HAY: Sargento a las órdenes de Neele.

MARPLE (Juana): Solterona aficionada al detectivismo.

MARTIN (Gladys): Doncella de los Fortescue.

NEELE: Inspector de policía, muy elegante y capacitado.

RAMSBATTON (Effie): Anciana solterona, hermana de la primera esposa de Rex Fortescue.

SOMERS: Mecanógrafa muy torpona del mencionado Trust.

WRIGHT (Gerald): Profesor, novio de Elaine.

Capítulo I

Le tocaba hacer el té a la señorita Somers. La señorita Somers era la mecanógrafa que llevaba menos tiempo en la casa y la menos eficiente. Ya no era joven y su rostro preocupado parecía el de una oveja. Todavía no hervía el agua cuando la señorita Somers la echó en la tetera, pues la pobre nunca estaba completamente segura de cuando *hervía* el agua. Ésa era una de las múltiples preocupaciones que la afligían.

Una vez hecho el té, preparó las tazas, poniendo un par de bizcochos en cada platito.

La señorita Griffith, la primera mecanógrafa, una solterona de cabellos grises que llevaba dieciséis años en el Trust de Inversiones Unidas, exclamó irritada:

—¡Somers, *tampoco* hervía el agua esta vez!

Y el rostro preocupado de la señorita Somers se puso como la grana al contestar:

—Dios mío, y o creí que esta *vez sí*.

La señorita Griffith pensaba para sus adentros:

—Tal vez la conserve otro mes, mientras haya tanto trabajo... pero la verdad: El lío que armó con la parta de Explotaciones Este... un trabajo tan sencillo... y siempre tan torpe al hacer el té. Si no fuera por lo que cuesta encontrar mecanógrafas inteligentes... Y la tapa de lata de los bizcochos otra vez la dejó mal ajustada... *La verdad...*

Y como tantas otras quejas de la señorita Griffith, la frase quedó sin terminar.

En aquel momento entraba la señorita Grosvenor para hacer el té sagrado del señor Fortescue. El señor Fortescue tomaba el té distinto, con bizcochos especiales y servido en porcelana de China. Sólo la tetera y el agua eran las mismas que las de las empleadas. Mas en esta ocasión, por ser para el señor Fortescue, el agua estuvo en su justo punto de ebullición. La señorita Grosvenor cuidó de ello.

La señorita Grosvenor era una rubia muy atractiva Vestía un traje negro de muy buen corte y sus piernas perfectamente moldeadas iban enfundadas en las medias de nylon más caras que se encontraban en el mercado negro.

Cruzó la sala de las mecanógrafas sin dignarse ni siquiera dirigirles una mirada. La señorita Grosvenor era la secretaria particular del señor Fortescue; ciertos rumores poco caritativos aseguraban que era algo más, pero no era cierto. El señor Fortescue acababa de contraer Segundas nupcias con una mujer encantadora y capaz de absorber toda su atención. La señorita Grosvenor era para su jefe sólo una parte necesaria de la decoración... que resultaba muy lujosa y llamativa.

La señorita Grosvenor, llevando la bandeja como si fuera a realizar una ofrenda ritual, atravesó la oficina principal, la sala de espera, donde se permitía aguardar a los clientes más importantes, y su propia antesala. Al fin, tras dar unos ligeros golpecitos en la puerta, penetró en el lugar sagrado... el despacho del señor Fortescue.

Era una habitación amplia, con un parquet deslumbrante cubierto a trechos por

gruesas alfombras orientales. Los paneles de las paredes eran de madera clara y había varios butacones enormes tapizados de cuero del mismo tono. Tras una colosal mesa escritorio de madera de sicómoro, situada en el centro de la estancia, se hallaba el propio señor Fortescue.

Su apariencia no era tan imponente como debiera haber sido para hacer juego con su despacho. Era un hombre alto y fofo, con una calva reluciente, que tenía la afectación de vestir americana sport en su oficina de la ciudad. Estaba estudiando varios papeles, con el ceño, fruncido, cuando la señorita Grosvenor se acercó a él con su andar felino y dejando la bandeja junto a su codo murmuró en voz baja e inexpressiva:

—El té, señor Fortescue —y se retiró.

La respuesta del señor Fortescue fue un gruñido.

Sentada de nuevo ante su mesa, la señorita Grosvenor se dispuso a atender los asuntos del día. Hizo un par de llamadas telefónicas, corrigió algunas cartas que estaban dispuestas para la firma y contestó otra llamada telefónica.

—Ahora me temo que no va a ser posible —dijo con voz afectada—. El señor Fortescue tiene junta.

Al colgar el auricular miró el reloj. Eran las once y diez.

Fue entonces cuando un sonido desacostumbrado se dejó oír a través de la puerta, casi a prueba de ruidos, del despacho del señor Fortescue. Ahogado, pero no obstante reconocible, se oyó un grito agónico. Al mismo tiempo el timbre del dictáfono comenzó a sonar frenéticamente. La señorita Grosvenor, muy sorprendida, permaneció unos instantes completamente inmóvil, hasta que al fin consiguió ponerse en pie. Ante lo inesperado, olvidó su pose. No obstante dirigióse al despacho del señor Fortescue con su andar felino, dio unos golpecitos en la puerta con los nudillos y entró.

Lo que vieron sus ojos todavía la alteraron más. El señor Fortescue, tras su mesa de escritorio, parecía presa de un ataque cardíaco. Sus convulsiones constituían un espectáculo alarmante.

—¡Oh! Dios santo, señor Fortescue, ¿está usted enfermo? —exclamó la señorita Grosvenor dándose cuenta al instante de lo tonto de su pregunta. No había la menor duda de que se encontraba gravemente enfermo. Incluso cuando se acercó a él, no cesaba de retorcerse presa de dolorosas convulsiones.

Su respuesta brotó entrecortada:

—El té... ¿qué diablos... ha puesto en el té?... Vaya e buscar ayuda... Traiga en seguida un médico...

La señorita Grosvenor salió corriendo de la estancia. Ya no era la secretaria rubia y arrogante... sino una mujer asustada que había perdido la cabeza y que entró corriendo en la sala de mecanógrafas gritando:

—Al señor Fortescue le ha dado un ataque... se está muriendo... debemos llamar a un médico... tiene un aspecto horrible... Estoy segura de que se está muriendo.

Las reacciones fueron inmediatas y variadas.

La señorita Bell, la mecanógrafa más joven, dijo:

—Si es un ataque epiléptico debemos ponerle un tenedor en la boca. ¿Quién tiene un tenedor?

Nadie tenía un tenedor.

La señorita Somers comentó:

—A su edad es posible que se trate de un ataque de apoplejía.

La señorita Griffith intervino:

—Hay que traer un médico... *en seguida*.

Mas no supo poner en juego su acostumbrada eficiencia, puesto que durante sus dieciséis años de servicio nunca hubo necesidad de llamar a un médico en la oficina de la ciudad. Tenía su doctor particular, pero estaba en Streatham Hill. ¿Dónde habría un médico por allí cerca?

Nadie lo sabía. La señorita Bell cogió una guía telefónica y comenzó a buscar doctores en la letra D. Mas los doctores no estaban clasificados como si fueran taxis. Alguien sugirió llamar a un hospital... ¿pero cuál?

—Tiene que ser uno adecuado —insistió la señorita Somers—, de no ser así, no vendrán... Tiene que estar dentro del área.

Alguien quiso llamar al 999, pero la señorita Griffith dijo que llamar a la policía no serviría de nada. Para ser ciudadanas de un país que disfruta de los beneficios de un Servicio Médico, y además mujeres razonablemente inteligentes, demostraban una ignorancia asombrosa en cuanto al procedimiento más adecuado a seguir. La señorita Bell comenzó a buscar Ambulancias en la letra A. La señorita Griffith dijo:

—Tiene su médico particular... *debe* de tenerlo.

Alguien corrió en busca de la agenda de direcciones particulares, y la señorita Griffith ordenó al botones que trajera a un médico... como fuera y de *donde fuera*. En la agenda encontraron el nombre de *sir* Edwin Sandeman, con domicilio en la calle Harvey. La señorita Grosvenor, desplomada sobre una silla, gemía con voz menos estudiada que de costumbre.

—Yo hice el té como siempre... de veras... no podía haber nada malo en él.

—¿Nada malo en el té? —la señorita Griffith hizo una pausa mientras marcaba un número de teléfono—. ¿Por qué lo dice?

—Él lo dijo... el señor Fortescue... dijo que había sido el té...

La señorita Griffith vacilaba entre Welbeck y 999.

La señorita Bell, con su joven optimismo, dijo:

—Hay que darle un poco de mostaza con agua... *ahora*. ¿Hay mostaza en la oficina?

No había mostaza.

Poco tiempo después, el doctor Isaac de Bethnal Green y *sir* Edwin Sandeman se encontraron en el ascensor en el preciso momento en que dos ambulancias se detenían ante el edificio. El teléfono y el botones habían realizado su cometido.

Capítulo II

El inspector Neele se hallaba sentado en el despacho del señor Fortescue, tras su enorme escritorio de madera de sicómoro. Uno de sus subalternos ocupaba una silla cerca de la puerta, con una libreta en ristre.

El inspector Neele tenía un aspecto elegante y marcial y sus cabellos castaños y espesos estaban peinados hacia atrás sobre su frente bastante estrecha. Cuando pronunciaba la frase: «Sólo es cuestión de realizar los trámites de costumbre», sus interlocutores podían pensar: «Es de lo único que *eres capaz*». Pero se hubieran equivocado. Tras su apariencia poco imaginativa, el inspector Neele era un gran pensador, y uno de sus métodos de investigación consistía en plantearse a sí mismo fantásticas teorías de culpabilidad que aplicaba a cada una de las personas sometidas a su interrogatorio.

La señorita Griffith, a quien había escogido con ojo clínico como persona más apropiada para hacerle un resumen sucinto de los acontecimientos que le habían hecho sentarse donde estaba, acababa de salir de la estancia tras ponerle al corriente de los sucesos de la mañana. El inspector Neele se había propuesto tres razones distintas por las que la fiel mecanógrafa pudo haber envenenado a su jefe, rechazándolas como poco probables.

Clasificó a la señorita Griffith como:

- a) No perteneciente al tipo de envenenadoras.
- b) No enamora a su jefe.
- c) No desequilibrada mental.
- d) E incapaz de guardar rencor a nadie.

Por todo lo cual sólo iba a necesitarla como informadora.

El inspector Neele echó una ojeada al teléfono. aguardaba una llamada del Hospital de San Judas, de un momento a otro.

Naturalmente, era posible que la repentina indisposición del señor Fortescue fuera debida a causas naturales, mas el doctor Isaac de Bethanal Green no fue de esta opinión, como tampoco *sir* Edwin Sandeman.

El inspector Neele pidió por el dictáfono que se presentara la secretaria particular del señor Fortescue.

La señorita Grosvenor había recobrado algo de su aplomo, aunque no todo. Entró un tanto recelosa, sin acordarse para nada de su andar felino, y diciendo en tono defensivo:

—¡Yo no he sido!

—¿No? —repuso el inspector en tono sosegado.

Le indicó la silla donde solía sentarse block en mano, cuando el señor Fortescue le dictaba las cartas. Ahora la ocupó de mala gana y mirando al inspector Neele con temor, mientras en la imaginación de éste aparecían los temas: ¿Seducción? ¿Chantaje? ¿Rubia platino comparece ante el jurado? etc., y todas le parecieron posibles y al mismo tiempo estúpidas.

—En el té no había nada —dijo la señorita Grosvenor—. No podía haberlo.

—¿A —repuso el inspector Neele.

—¿Su nombre y dirección, si me hace el favor?

—Grosvenor. Irene Grosvenor.

—¿Cómo se escribe?

—¡Oh! Igual que la plaza: Grosvenor.

—¿Su dirección?

—Rushmoor Road, 14, Muswell Hill.

El inspector asintió satisfecho.

—Ni seducción —dijo para sus adentros—. Ni un nidito de amor. Sino una casa respetable donde vive con su familia. Ni chantaje.

Oír una buena serie de teorías que quedan descartadas.

—¿De modo que fue usted quien hizo el té? —dijo complacido.

—Bueno. Tenía que hacerlo. Quiero decir que siempre lo hago yo.

Sin prisas, el inspector Neele hizo que le explicara el proceso de la preparación del té del señor Fortescue que realizaba cada mañana. La taza, el plato y la tetera habían sido enviados al departamento apropiado para su análisis. Ahora supo que únicamente Irene Grosvenor había tocado aquellos utensilios. La marmita donde calentó el agua era la misma que se utilizaba para hacer el té de las oficinistas, y la propia señorita Grosvenor la llenó en el grifo.

—¿Y el té?

—Era el que toma siempre el señor Fortescue, té chino especial. Se guarda en un estante de mi habitación; es la de al lado.

El inspector asintió. Acto seguido le preguntó por el azúcar, pero el señor Fortescue no tomaba azúcar con el té.

Sonó el teléfono, y el inspector Neele atendió la llamada. Su expresión cambió un tanto.

—¿El Hospital de San Judas?

Hizo una inclinación de cabeza a modo de despedida.

—Eso es todo, de momento, señorita Grosvenor. Muchas gracias.

La señorita Grosvenor apresuróse a abandonar la estantía.

El policía escuchó atentamente la voz inexpresiva que le hablaba desde el hospital, mientras dibujaba unos signos secretos en una esquina del secante que tenía ante él.

—¿Y dice usted que ha muerto hace cinco minutos? —Miró su reloj de pulsera, y

luego escribió en el secante: *Las doce cuarenta y tres.*

La voz inexpresiva dijo que el propio doctor Bernsdorff quería hablar con él.

—Está bien. Póngame.

Se oyeron varios zumbidos y murmullos lejanos. El inspector Neele aguardó pacientemente.

Luego, sin previo aviso llegó hasta él una voz fuerte que le obligó a apartar el teléfono de su oído.

—Hola, Neele, viejo butire. ¿Ya vuelve a rondar los cadáveres?

El inspector Neele y el profesor Bernsdorff del Hospital de San Judas habían trabajado juntos en un caso de envenenamiento hacia sólo cosa de un año, y desde entonces eran muy buenos amigos.

—He oído decir que nuestro hombre ha muerto.

—Sí. Cuando llegó aquí y a no pudimos hacer nada.

—¿La causa de su muerte?

—Desde luego hay que hacerle la autopsia. Es un caso muy interesante. Vaya si lo es. Celebro haberle atendido.

El tono del profesor Bernsdorff le hizo comprender una cosa.

—Me figuro que no se trata de muerte natural —dijo secamente.

—Ni por asomo —replicó el doctor Bernsdorff—. Hablo extraoficialmente, ¿comprende? —agregó con cierta precaución.

—Claro. Claro. Se comprende. ¿Le envenenaron?

—Sin duda alguna. Y lo que es más... esto no es oficial, amigo... sólo entre usted y yo... estoy dispuesto a apostar de qué veneno se trata.

—¿De... veras?

—Taxina, amigo mío. Taxina.

—¿Taxina? No lo había oído nunca.

—Lo imagino. Es *muy* poco corriente. Confieso que ni yo mismo lo hubiera adivinado de no haber tenido un caso hace sólo tres o cuatro semanas. Un par de niñas jugando a tomar el té con sus muñecas... arrancaron unos frutos de un tejo y los emplearon para hacer la infusión.

—¿Y se trata de eso? ¿Del fruto del tejo?

—Del fruto o de las hojas. Son muy venenosas. Naturalmente, la taxina es el alcaloide. No creo haber sabido de ningún caso en que fuera empleado intencionadamente. La verdad es que resulta *interesantisimo* y poco común... No tiene usted idea de lo que se cansa uno de los asesinos vulgares. La taxina es algo exquisito. Claro que puedo equivocarme... por amor de Dios, no lo tome como cosa oficial, pero no lo creo. Me parece que para usted también resulta interesante. ¡Se sale de la rutina!

—Vamos a divertirnos con todo esto, ¿no es eso lo que piensa? Todos, menos la víctima.

—Sí, sí, pobre hombre. Ha tenido muy mala suerte.

—¿Dijo algo antes de morir?

—Pues uno de sus agentes estaba sentado a su lado con mía libreta. Él le dará los detalles exactos. Murmuró algo acerca del té... que le habían dado algo con el té en la oficina... pero claro, eso es una tontería.

—¿Por qué? —El inspector Neele, que había imaginado a la encantadora señorita Grosvenor agregando el fruto del tejo a una infusión de té, cosa que consideró incongruente, habló extrañado.

—Porque el veneno no pudo actuar con tanta rapidez. Tengo entendido que los síntomas se presentaron en cuanto bebió el té.

—Eso es lo que han dicho.

—Bien. Hay muy pocos venenos que actúen tan rápidamente, aparte de los cianuros, claro... y posiblemente la nicotina pura...

—¿Y está seguro de que no se trata ni de cianuro ni de nicotina?

—Mi querido amigo. Se hubiera muerto antes de que lo trajeran a la ambulancia. ¡Oh, no!, no se trata de nada de eso. Primero sospeché que pudiera ser estricnina, pero las convulsiones no son corrientes. Claro que todavía no es oficial, pero me juego mi reputación a que es taxina.

—¿Cuánto tiempo tardará en averiguarlo?

—Depende. Una hora, dos, tres... El muerto parece un tipo tragón. Si había desayunado bien, tardaremos más.

—El desayuno —repitió Neele pensativo—. Sí; parece que debió ser en el desayuno.

—Desayuno con los Borgias —bromeó el doctor Bernsdorff—. Bien, buena caza, muchacho.

—Gracias, doctor. Quisiera hablar con mi sargento.

Volvieron a oírse los zumbidos y voces ahogadas. Y al fin una respiración agitada, que era el inevitable preludio de las conversaciones del sargento Hay.

—Señor —dijo a toda prisa—. *Señor*.

Neele al habla. ¿El difunto dijo algo que yo deba saber?

—Dijo que fue el té. El té que tomó en la oficina, pero el forense dice que no...

—Sí, y a lo sé. ¿Nada más?

—No, señor. Pero hay otra cosa que me choca. Registré sus bolsillos. Lo de siempre... pañuelos, llaves, calderilla, la cartera... pero encontré algo muy particular en el bolsillo derecho de su americana: *Grano*.

—¿Grano?

—Sí, señor.

—¿Qué quiere decir? ¿Se refiere a algún alimento de esos que se toman para desayunar, o a maíz o cebada?

—Eso es, señor. Grano. A mí me pareció centeno. Hay bastante cantidad.

—Ya... Es extraño... Pero puede tratarse de una muestra... algo relacionado con algún trato comercial.

—Desde luego, señor, pero pensé que debía decirselo.

—Ha hecho bien. Hay.

El inspector Neele, tras colgar el teléfono, permaneció unos instantes mirando al vacío. Su mente ordenada iba de la Fase I a la Fase II de sus averiguaciones... de la sospecha de envenenamiento, a la certeza. Las palabras del profesor Bernsdorff no fueron oficiales, pero no era hombre que se equivocara en sus juicios. Rex Fortescue había sido envenenado, y el veneno le fue administrado probablemente de una a tres horas antes de la aparición de los primeros síntomas, Por lo cual pudiera ser que el personal de la oficina quedara libre de sospechas.

Neele fue a la sala de las mecanógrafas. Se trabajaba algo, pero sin prisas.

—¿Señorita Griffith? ¿Puedo hablar con usted?

—Desde luego, señor Neele. ¿Pueden irse a comer algunas de las chicas? Ya pasa de la hora. ¿O prefiere que envíe a buscar algo?

—No. Pueden marcharse, aunque deben volver después.

—Naturalmente.

La señorita Griffith siguió a Neele hasta el despacho particular, donde se sentó con aire digno y eficiente. Sin preámbulos, el inspector Neele le dijo:

—Me han telefonado del Hospital de San Judas. El señor Fortescue ha muerto a las, doce cuarenta y tres.

La señorita Griffith recibió la noticia sin la menor sorpresa, limitándose a menear la cabeza.

—Ya me pareció que estaba gravísimo.

Neele observó que no demostraba pesar alguno.

—¿Quisiera darme algunos detalles de la casa y la familia de su principal?

—Desde luego. Ya he intentado ponerme en contacto con la señora Fortescue, pero está jugando al golf, y no la esperan a comer. No saben en qué campo juega. —Y agregó a modo de explicación—: Viven en Baydon Heath, que es el centro de tres campos de golf muy conocidos.

El inspector Neele asintió con la cabeza. Baydon Heath estaba casi únicamente habitado por ricos ciudadanos. Se hallaba sólo a veinte millas de Londres, con excelente servicio de trenes y en automóvil se llegaba con gran facilidad incluso durante las horas de mayor tráfico.

—¿La dirección exacta, y el número del teléfono?

—Baydon Heath 3400. El nombre de la casa es Villa del Tejo.

—¿Qué? —La exclamación brotó de labios del inspector antes de que pudiera contenerla—. ¿Ha dicho usted Villa del Tejo?

—Sí.

La señorita Griffith parecía intrigada, mas el inspector Neele volvía a ser dueño de sí.

—¿Puede darme algunos detalles sobre la familia?

—La señora Fortescue era su segunda esposa. Es mucho más joven que él. Se

casaron hará unos dos años. La primera señora Fortescue había muerto mucho tiempo atrás, y de ese matrimonio tiene dos hijos y una hija. Esta última vive en la casa, lo mismo que el hijo mayor, que es socio en la firma Por desgracia hoy está en el norte de Inglaterra, por cuestión de negocios. Esperan que regrese mañana.

—¿Cuándo se marchó?

—Anteayer.

—¿Ha intentado ponerse en comunicación con él?

—Sí. Después que se llevaron al señor Fortescue al hospital, telefoneé al Hotel Midland de Manchester, donde pensé que se alojaba, pero se había marchado a primera hora de la mañana. Creo que también iba a Sheffield y Leicester, pero no estoy segura. Puedo darle los nombres de algunas razones sociales que puede haber visitado en esas ciudades.

Desde luego era una mujer muy eficiente, pensó el inspector, y en caso de asesinar a un hombre también lo haría con suma destreza. Mas esforzose por desechar estos pensamientos y concentrarse una vez más en la familia del señor Fortescue.

—¿Dice que tiene otro hijo?

—Sí. Pero debido a discrepancias con su padre vive en el extranjero.

—¿Los dos hijos están casados?

—Sí. El señorito Percival se casó hace tres años. El y su esposa ocupan varias habitaciones en Villa del Tejo aunque van a trasladarse a su propia casa en Baydon Heath dentro de muy poco.

—¿No pudo usted hablar con la esposa de Percival Fortescue cuando telefoneó esta mañana?

—Había ido a Londres a pasar el día. El señorito Lancelot se casó hace casi un año con la viuda de *lord* Frederick Anstice. Supongo que habrá visto fotografías suyas en el *Taller...* con caballos, ya sabe.

La señorita Griffith hablaba con entusiasmo y sus mejillas se habían coloreado ligeramente. Neele, que captaba con facilidad las reacciones de los seres humanos, comprendió que aquel matrimonio había emocionado a la romántica señorita Griffith. La aristocracia es la aristocracia, y el hecho de que el difunto *lord* Frederick Anstice gozara de dudosa reputación en los círculos deportivos, con seguridad le era desconocido. Freddie Anstice se había levantado la tapa de los sesos antes de que se hicieran averiguaciones acerca de uno de sus caballos de carreras. Neele recordaba vagamente a la esposa del *lord*. Era hija de un Par irlandés y estuvo anteriormente casada con un aviador que fue muerto en la batalla de Bretaña.

Y ahora, por lo visto, estaba casada con la oveja negra de la familia Fortescue, pues Neele supuso que el desacuerdo existente entre padre e hijo a que se refirió la señorita Griffith, fue debido a algún desagradable incidente de la carrera del joven Lancelot Fortescue.

¡Lancelot Fortescue! ¡Vaya nombre! ¿Y cómo se llamaba el otro hijo... Percival? Preguntábase cómo debió haber sido la primera señora Fortescue. Tuvo un gusto muy particular en cuando a los nombres...

Descolgó el teléfono y marcó las letras TOL. Luego preguntó por Baydon Heath 3400.

Al cabo de unos momentos una voz masculina dijo:

—Baydon Heath 3400.

—Quisiera hablar con la señora Fortescue, o la señorita...

—Lo lamento. No están en casa ninguna de ellas.

Aquella voz le pareció ligeramente alcohólica.

—¿Es usted el mayordomo?

—Sí.

—El señor Fortescue se encuentra gravemente enfermo.

—Lo sé. Telefonaron avisando, pero yo no puedo hacer nada. El señorito Val está en el norte y la señora Fortescue ha ido a jugar al golf. La esposa del señorito Val ha ido a Londres, pero volverá a la hora de comer, y la señorita Elaine ha salido con su pandilla.

—¿No hay nadie en la casa con quien pueda hablar de la enfermedad del señor Fortescue? Es importante.

—Pues... no lo sé. —El hombre dudaba—. Está la señorita Ramsbatton... pero no habla ni siquiera por teléfono. Y la señorita Dove... es lo que pudiera llamarse el ama de llaves.

—Hablaré con la señorita Dove.

—Iré a buscarla.

A través del teléfono oyó sus pasos que se alejaban, y aunque no pudo percibir otros que se acercaran, al cabo de un par de minutos oyó la voz de una mujer.

—Soy la señorita Dove.

Era una voz grave y bien modulada, de pronunciación clara y cortante. El inspector Neele se formó un favorable concepto de la señorita Dove.

—Siento tener que comunicarle que el señor Fortescue ha muerto en el Hospital de San Judas, hace poco. Se sintió repentinamente enfermo en su despacho. Tengo interés en poder comunicarme con Sus familiares...

—Es natural. No tenía idea... —Se interrumpió. Su voz no demostraba agitación, pero estaba sorprendida. Al fin pudo continuar—. ¡Qué desgracia! Debe usted ponerse en contacto con el señor Percival Fortescue. Él es quien ha de disponer lo que ha de hacerse. Puede encontrarle en el Hotel Midland de Manchester o tal vez en el Grand de Leicester, o en la razón social Shearer y Bonds, de Leicester. No sé cuál es su número, de teléfono, pero sé que tenía que visitar a otra firma que puede informarle de dónde puede encontrarse hoy. La señora Fortescue vendrá a cenar, aunque es posible que llegue a la hora del té. Será un gran golpe para ella. Debe haber sido muy repentino, ¿verdad? El señor Fortescue se encontraba perfectamente bien cuando salió de aquí esta mañana.

—¿Le vio usted antes de salir?

—¡Oh, sí! ¿Qué ha sido? ¿El corazón?

—¿Es que sufría del corazón?

—No... no. No lo creo... Pero como ha ocurrido tan de repente... —Se detuvo—. ¿Habla usted desde el Hospital? ¿Es usted el médico?

—No, señorita Dove, no soy el médico. Le hablo desde el despacho del señor Fortescue. Soy el detective-inspector Neele e iré a verla tan pronto como pueda llegar hasta aquí.

—¿Detective-inspector? ¿Qué quiere decir... qué es *lo* que significa?

—Se trata de un caso de muerte repentina, señorita Dove; y hemos de hacer acto de presencia cuando ocurre uno de esos casos, especialmente si el difunto no ha sido visitado por un doctor desde hace tiempo y como me figuro habrá ocurrido ahora.

Era sólo una ligera suposición, pero la señorita Dove respondió rápidamente.

—Lo sé. El señorito Percival le procuró hora para el doctor un par de veces, pero no quiso ir. Fue muy poco razonable... y todos estuvieron muy preocupados.

Interrumpiéndose, volvió a adquirir su tono firme.

—Si la señora Fortescue llegara aquí antes que usted, ¿quiere que se lo comunique?

—Dígale sólo que en casos de muerte repentina debemos hacer algunas averiguaciones. Meros trámites rutinarios.

Capítulo III

Neele colgó el teléfono y miró de hito en hito a la señorita Griffith.

—De modo que han estado preocupados por él últimamente, y querían que viera a un médico, usted no me lo dijo.

—No he pensado en ello —repuso la señorita Griffith—. A mí nunca me pareció *enfermo* precisamente...

—¿Pues qué?

—Sólo extraño. Distinto. Se comportaba de un modo especial.

—¿Cómo preocupado por algo?

—¡Oh, no! *Éramos* nosotros los que estábamos preocupados...

El inspector Neele aguardó pacientemente.

—La verdad, es difícil de explicar, ¿sabe usted? Alborotaba sin ton ni son. Con franqueza, un par de veces, pensé que había bebido... Gritaba contando las historias más extraordinarias, que estoy segura no eran ciertas... Durante la mayor parte del tiempo que llevo aquí siempre estuvo pendiente de sus negocios... sin dejar perder nada; pero últimamente estaba muy cambiado, expansivo, y... bueno... tirando el dinero. Cosa muy contraria a su natural modo de ser. Cuando el señorito Percival tuvo que ir al funeral de su abuela, el señor Fortescue le llamó y dándole un billete de cinco libras le dijo que lo apostara al segundo favorito y luego echóse a reír a carcajadas. Eso... bueno... eso no era propio de él. Eso es todo lo que puedo decirle.

—Tal vez sufriera alguna perturbación mental.

—No. Era como si aguardara algo desagradable y... excitante...

—Conque eso le preocupaba, ¿no es así?

La señorita Griffith asintió con algo más de convicción.

—Sí, sí; pero yo quiero decir mucho más que eso. Como si ya nada le importara. Estaba excitado, y venían a verle gentes muy extrañas para asuntos de negocios. Personas que no habían venido nunca por aquí. Eso preocupaba mucho al señorito Percival.

—Conque eso le preocupaba, ¿eh?

—Sí. El señorito Percival siempre había gozado de la confianza de su padre, ¿sabe? Pero últimamente...

—Últimamente no se llevaban tan bien.

—Bueno, el señor Fortescue hacía un montón de cosas que el señorito Percival consideraba poco acertadas. El señorito Percival siempre fue cuidadoso y prudente, pero de pronto su padre no quiso escucharle más y por eso estaba preocupado.

—¿Y tuvieron una fuerte disputa por todo eso?

El inspector Neele seguía tanteando.

—No creo que *discutieran*... Claro que ahora me doy cuenta de que el señor Fortescue debía estar fuera de sí... para gritar de aquel modo.

—¿Gritó? ¿Qué es lo que dijo?

—Vino a la sala de las mecanógrafas...

—¿De modo que todas lo oyeron?

—Pues... sí.

—¿Y se puso á insultar a Percival... soltando juramentos...? ¿Qué es lo que había hecho Percival?

—Pues al parecer era por lo que no había hecho... le llamó empleadillo miserable. Dijo que carecía de visión amplia, que no sabía realizar negocios en gran escala. Y le gritó: «Voy a traer a Lance a casa otra vez. Vale diez veces más que tú... y se ha casado bien. Lance tiene entrañas, aunque una vez se arriesgara a ser perseguido por la justicia...» ¡Oh, Dios mío, no debiera haber dicho eso! —La señorita Griffith, bajo la dirección experta del señor Neele, había ido demasiado lejos, como tantos otros, y sentíase presa de confusión.

—No se preocupe —dijo el inspector para consolarla—. Lo pasado, pasado.

—¡Oh, sí!, eso fue hace mucho tiempo. —El señorito Lance era muy joven y alegre y no se daba cuenta de lo que hacía.

El inspector Neele había oído palabras parecidas en otras ocasiones y no estaba de acuerdo, pero se dispuso a hacer nuevas preguntas.

—Cuénteme algo más de los empleados.

La señorita Griffith apresuróse a disimular su indiscreción dándole toda clase de informaciones acerca de las distintas personalidades de la sociedad. El inspector Neele le dio las gracias y pidió volver a hablar con la señorita Grosvenor.

El agente detective Waite afiló su lápiz, haciendo observar a Neele lo elegante del lugar. Su mirada apreció los enormes butacones, el inmenso escritorio y la iluminación indirecta.

—Y todas estas personas tienen asimismo nombres altisonantes —dijo—. Grosvenor... eso tiene algo que ver con un duque. Y Fortescue... también es un nombre de primera.

El inspector Neele sonrió.

—Su padre no se llamaba Fortescue... sino Fortescu... y procedía del Centro de Europa. Supongo que este hombre pensó que Fortescue sonaba mejor.

El agente detective Waite miró a su superior con respeto.

—¿De modo que sabe todo lo concerniente a su persona?

—Sólo he echado un vistazo a algunas cosas, antes de venir.

—No tendrán su ficha, ¿verdad?

—¡Oh, no! El señor Fortescue era demasiado listo. Tuvo ciertas relaciones con el mercado negro, y verificó un par de transacciones que tendrían mucho que discutir, pero siempre ha estado dentro de la Ley.

—Ya —dijo Waite—. No era un hombre escrupuloso.

—Retorcido —aclaró Neele—. Pero no tenemos nada contra él. Los inspectores de impuestos le han estado siguiendo durante mucho tiempo, pero siempre fue más listo que ellos. Era un verdadero genio financiero.

—¿De la clase de hombres que puede tener enemigos? —preguntó Waite.

—¡Oh, sí! Enemigos acérrimos, pero recuerde que le envenenaron en su propia casa. O por lo menos eso parece, ¿sabe Waite? He imaginado una especie de diseño... como uno de esos viejos retratos familiares. Percival, el niño bueno. Lance... el malo... con atractivo para el sexo femenino La esposa más joven que el marido y que no se sabe exactamente a qué campo de golf ha ido a jugar. Todo resulta muy corriente. Pero hay una cosa que choca mucho.

El agente detective Waite iba a preguntar: «¿El qué?», cuando se abrió la puerta dando paso a la señorita Grosvenor, dueña otra vez de su pose y segura de su atractivo, que preguntaba con altivez:

—¿Deseaba usted verme?

—Quisiera hacerle algunas preguntas acerca de su jefe... tal vez será mejor que diga su antiguo jefe.

—Pobre hombre —dijo la señorita Grosvenor en tono poco convincente.

—Quisiera saber si últimamente ha notado alguna cosa extraña en el señor Fortescue.

—Pues, sí. A decir verdad, la he notado.

—Por ejemplo...

—Pues no puedo decirlo exactamente... Decía muchas cosas que carecían de sentido. La verdad es que no podría creer ni la mitad de lo que dijo. Y además perdía el control de sus nervios con gran facilidad... sobre todo con el señorito Percival. Conmigo no, porque desde luego, yo *nunca* discuto. Sólo digo « Sí, señor Fortescue », por extrañas que sean sus palabras... quiero decir.

—¿Se... bueno... se propasó alguna vez con usted?

—Pues no, no puedo decir que se *propasara*.

—Otra cosa, señorita Grosvenor. ¿Tenía costumbre de llevar grano en el bolsillo?

La señorita Grosvenor demostró viva sorpresa.

—¿Grano? ¿En el bolsillo? ¿Quiere decir para dar de comer a las palomas o algo así?

—Pudo haber sido para eso.

—¡Oh, no!, estoy segura. ¿El señor Fortescue dando de comer a las palomitas? ¡Oh, no!

—¿Podría haber llevado hoy cebada... o centeno por alguna razón especial? ¿Tal vez una muestra? ¿Algún negocio?

—¡Oh, no! Esta tarde esperaba a los de la Compañía Asiática de Aceites, y al presidente de la Sociedad Constructora Atticus... A nadie más.

Neele despidió a la señorita Grosvenor con un gesto.

—Tiene unas piernas preciosas —dijo el agente detective Waite, con un suspiro—. Y

qué medias de nylon...

—Sus piernas no me interesan —replicó el inspector Neele—. Me he quedado con lo que ya tenía. Un puñado de centeno... y sin poder explicarme la razón de su presencia.

Capítulo IV

Mary Dove se detuvo, mientras bajaba la escalera, para mirar a través del gran ventanal. Acababa de detenerse un automóvil del cual se apearon dos hombres. El más alto permaneció unos momentos de espaldas a la casa contemplando los alrededores. Mary Dove les observó pensativa. Debía ser el inspector Neele con uno de sus subalternos.

Apartándose de la ventana fue a contemplarse en el gran espejo colocado en el rellano... viendo una figura menuda vestida de gris, con el cuello y puños de un blanco immaculado. Sus cabellos oscuros partidos sobre la frente y cubriendo sus sienes con ondas suaves se recogían en un moño sobre la nuca... Usaba un lápiz de labios color rosa pálido.

En conjunto, Mary Dove estaba satisfecha de su aspecto, y con una ligera sonrisa en los labios continuó descendiendo por la escalera.

El inspector Neele, mientras inspeccionaba la casa, decía:

—¡Mira que llamarla Villa! ¡Villa del Tejo! ¡Qué afectados son los ricos!

Una casa que, según él, era una verdadera mansión. Sabía perfectamente lo que era una villa. ¡Había crecido en una! Una casita junto a la verja de Hartington Park, aquella vasta mansión palaciega con sus veintinueve dormitorios, que ahora pertenecía al Trust Nacional. La villa era pequeña y atrayente desde el exterior, pero húmeda, incómoda y falta del más rudimentario sistema sanitario. Por fortuna estos factores habían sido aceptados de buen grado por los padres del inspector Neele. No tenían que pagar alquiler y todo el trabajo consistía en abrir y cerrar las verjas cuando era necesario y había muchos conejos y faisanes que llevar a la olla. La señora Neele nunca llegó a conocer los placeres de la cocina eléctrica, las estufas, alacenas ventiladas, agua caliente y fría saliendo del grifo, y el que se encendiese la luz con sólo hacer girar el interruptor. En invierno los Neele tenían una lámpara de aceite y en verano se acostaban antes de que oscureciera. Eran una familia saludable y feliz, y continuaron siéndolo a través de los tiempos.

De modo que cuando el inspector oía la palabra villa, recordaba los días de su infancia. Mas aquel lugar llamado pomposamente Villa del Tejo era la clase de mansión que los ricos se construyen y luego hablan de «su casita de campo». Tampoco aquello era el campo, según la idea que el inspector Neele tenía del mismo. La casa era grande y sólida, construida con ladrillos rojos; más ancha que alta, con demasiados faldones y un gran número de ventanas cuadradas. Los jardines eran completamente artificiales... a base de parterres con rosales, pérgolas y laguitos, y daban nombre a la casa gran número de setos formados con tejos recortados.

Había gran cantidad de tejos para cualquiera que deseara materia prima para

obtener taxina. En la parte derecha, tras la pérgola de los rosales, había un gran árbol que conservaba su forma natural... de esos que uno asocia con los claustros de un convento, con sus ramas sujetas por estacas, como un Moisés del mundo vegetal. Aquel árbol debía estar allí desde mucho antes de que las nuevas construcciones de ladrillos rojos se extendieran por aquellos alrededores... y antes que los campos de golf y los arquitectos de moda señalaran a sus ricos clientes las ventajas de los solares. Y puesto que era una antigüedad valiosa, aquel árbol había sido incorporado al nuevo escenario, y tal vez para dar nombre a la nueva residencia; Villa del Tejo. Y posiblemente los frutos de aquel mismo árbol...

El inspector Neele cortó sus meditaciones. Debía continuar su trabajo. Hizo sonar el timbre.

Le abrió la puerta un hombre de mediana edad que coincidía con la imagen que el inspector Neele había formado al hablar con él por teléfono. Un hombre con un falso aire de elegancia, mirada esquiva y pulso bastante inseguro.

El inspector Neele dio a conocer su identidad y la de su acompañante, y tuvo el placer de ver un relámpago de alarma en los ojos del mayordomo... Neele no le atribuyó gran importancia. Era muy posible que no tuviera nada que ver con la muerte de Rex Fortescue, y se tratase sólo de una reacción automática.

—¿Ha regresado la señora Fortescue?

—No, señor.

—¿Y el señorito Percival, o la señorita Fortescue?

—No, señor.

—Entonces quisiera ver a la señorita Dove.

El mayordomo volvió ligeramente la cabeza.

—Ahora baja.

El inspector Neele contempló a la señorita Dove mientras ésta bajaba la escalera. Esta vez su retrato mental no coincidía con la realidad. Inconscientemente la palabra «ama de llaves» le hizo formarse la vaga idea de una mujer alta y autoritaria, vestida de negro y acompañada del tintineo de las llaves.

El inspector no estaba preparado para enfrentarse con aquella figura menuda que se acercaba a él... los tonos suaves de su vestido, el cuello y los puños blancos, sus cabellos cuidadosamente peinados, la sonrisa de Mona Lisa... todo ello le parecía, en cierto modo, un tanto irreal, como si aquella mujer que no llegaba a los treinta, estuviera representando una comedia; no el papel de ama de llaves, sino el de Mary Dove. Toda su apariencia estaba encaminada a encajar con ese nombre.

Le saludó con toda compostura.

—¿El inspector Neele?

—Sí. Éste es el sargento Hay. El señor Fortescue, como y ya le dije por teléfono, murió en el Hospital de San Judas, a las doce cuarenta y tres. Parece ser que debido a algo que comió esta mañana en el desayuno. Por lo tanto, le agradeceré que permita al sargento

Hay ir a la cocina para que averigüe lo que le sirvieron.

Sus ojos se encontraron un instante con los del inspector, y al cabo asintió pensativa.

—Desde luego —dijo volviéndose al inquieto mayordomo—. Crump, ¿quiere acompañar al sargento y enseñarle todo lo que desee ver?

Los dos hombres marcharon juntos, y Mary Dove dijo a Neele:

—¿Quiere pasar aquí?

Abrió la puerta de una habitación sin personalidad, que parecía ostentar el rótulo de «Salón de fumar». Las paredes estaban forradas de rica tapicería, así como los butacones, y veíanse varias pinturas deportivas muy adecuadas.

—Siéntese, por favor.

Obedeció el policía y Mary Dove tomó asiento ante él, de cara a la luz. Era una extraña preferencia tratándose de una mujer... todavía más si ésta tenía algo que ocultar. Tal vez Mary Dove no tuviera nada que ocultar.

—Es una lástima que no haya en casa nadie de la familia. La señora Fortescue puede volver de un momento a otro. Y lo mismo la esposa del señorito Val. He telegrafiado a varios sitios donde pudiera encontrarse el señorito Percival.

—Gracias, señorita Dove.

—¿Dice usted que la muerte del señor Fortescue fue debida a algo que comió a la hora del desayuno? ¿Se refiere a que le sentó mal?

—Posiblemente. —Neele la observa.

—No me parece muy factible. Esta mañana hubo huevos revueltos con jamón, café, tostadas y mermelada. Había también jamón frío en el aparador, cortado de ayer, pero a nadie le ha sentado mal. No se sirvió pescado, ni salsas...

—Veo que sabe exactamente lo que se comió.

—Es natural. Yo dispongo las comidas. Para la cena de anoche...

—No. —El inspector la interrumpió—. No pudo ser nada que tomara ayer noche.

—Yo creí que algunos tóxicos tardaban en producir efecto incluso hasta veinticuatro horas.

—Pero en este caso... ¿Quiere decirme con toda exactitud lo que el señor Fortescue comió y bebió esta mañana antes de salir de casa?

—Le llevaron una taza de té a su habitación, a las ocho. El desayuno se sirve a las ocho y cuarto. El señor Fortescue, como ya le he dicho, tomó huevos revueltos, jamón, café, tostadas y mermelada.

—¿Algún cereal?

—No, no le gustaban.

—El azúcar que utilizan, ¿es molido o en terrón?

—En terrones. Pero el señor Fortescue tomaba el café sin azúcar.

—¿Tenía la costumbre de tomar alguna medicina por la mañana? ¿Sal de frutas? ¿Algún tónico? ¿Algún medicamento para el aparato digestivo?

—No, nada de eso.

—¿Desayunó usted con él?

—No. Yo no como con la familia.

—¿Quiénes desayunaron con el señor Fortescue?

—La señora Fortescue, la señorita y la esposa del señorito Val. El señorito Percival estaba ausente.

—¿Y la señora y la señorita Fortescue, tomaron las mismas cosas?

—La señora sólo tomó café, zumo de naranja y tostadas. La esposa del señorito Val y la señorita, siempre desayunan bien. Además de los huevos revueltos y el jamón, es posible que también tomaran algún cereal. La esposa del señorito Val toma té, en vez de café.

El inspector Neele reflexionó unos instantes. Por lo menos las oportunidades se iban reduciendo. Sólo tres personas habían desayunado con el difunto: su esposa, su hija y su nuera. Cualquiera de ellas pudo tener ocasión de poner taxina en su taza de café. Su sabor amargo debió disimular el de la taxina. Claro que tomó una taza de té a primera hora, pero Bernsdorff dijo que en el té se hubiera notado. Mas tal vez, siendo lo primero que tomaba a aquellas horas, antes de que se despertara del todo el sentido del gusto... Alzó los ojos encontrándose con la mirada escrutadora de Mary Dove.

—Su pregunta acerca de si tomaba algún tónico o medicina me ha parecido bastante extraña, inspector. Parece implicar que, o bien alguno de los remedios no estaba en condiciones, o que en ellos echaron alguna cosa. Sin duda en ninguno de esos casos puede considerarse una intoxicación.

Neele la miraba de hito en hito.

—Yo no he dicho... exactamente... que el señor Fortescue muriera intoxicado. Pero sí debido a cierto envenenamiento. En resumen... envenenado.

Ella repitió lentamente:

—Envenenado...

No parecía ni sobresaltada ni abatida, sólo interesada. Su actitud era la de quien vive una nueva experiencia.

—Hasta ahora nunca me vi mezclada en un caso de envenenamiento.

—No es muy agradable —le informó Neele con sequedad.

—No... me figuro que no.

Permaneció pensativa unos momentos y luego alzó la vista, sonriendo.

—Yo no he sido —exclamó—. Pero supongo que todo el mundo le dirá lo mismo.

—¿Tiene alguna idea de quién puede haber sido, señorita Dove?

Se encogió de hombros.

—Con franqueza, era un hombre odioso. Cualquiera pudo hacerlo.

—Pero a la gente no se la envenena por el simple hecho de que resulte « odiosa », señorita Dove. Por lo general tiene que haber un motivo bastante sólido.

—Sí, claro.

—¿Le importaría contarme algo acerca de su cometido en esta casa?

Ella alzó los ojos, y Neele sorprendióse al ver su mirada fría y regocijada.

—No es una declaración lo que me pide, ¿verdad? No, no debe serlo, puesto que su sargento está muy atareado asustando al servicio. No me gustaría que lo que yo diga, se lea luego ante un juez...; pero de todas formas me gustaría decírselo... extraoficialmente.

—Adelante entonces, señorita Dove. No tengo testigos, como ya ha observado usted.

La joven inclinóse hacia delante entrecerrando los ojos.

—Comenzaré por decirle que no siento la menor lealtad hacia mis amos. Trabajo para ellos porque me pagan bien.

—Me sorprendió bastante que hiciera esta clase de trabajo... con su inteligencia y educación...

—¿Debiera estar recluida en una oficina? ¿O llenando fichas en un Ministerio? Mi querido inspector Neele, éste es el empleo ideal. La gente paga cualquier cosa... *lo que sea*... para verse libre de preocupaciones domésticas. Encontrar servicio es una tarea pesada. Escribir a las agencias, poner anuncios, entrevistarse con los aspirantes, pedir informes, y por último conseguir que todo marche bien... precisa cierta capacidad de la que carecen la mayoría de personas.

—Supongamos que una vez conseguido el servicio necesario, éste se despide. He oído decir que ha ocurrido alguna vez.

Mary sonrió.

—Si es preciso, puedo hacer las camas, limpiar el polvo, preparar la comida y servirla sin que nadie note la diferencia. Claro que yo no lo digo. Eso podría sugerir ideas, pero siempre tengo la certeza de poder cubrir cualquier bache. Pero no hay muchos. Trabajo sólo para gente muy rica que paga lo que sea por sentirse cómoda. Yo a mi vez pago bien a los demás, y por eso consigo lo mejorcito que corre hoy en día.

—¿El mayordomo, por ejemplo?

Le dirigió una mirada divertida.

—Siempre pasa eso cuando se trata de una pareja. Crump sigue en la casa porque su mujer, la señora Crump, es una de las mejores cocineras que he conocido. Es una joya y hay que pasar por alto algunas cosas, para poder conservarla. Al señor Fortescue le gusta... le gustaba, quiero decir, como guiso. En esta casa nadie tiene escrúpulos y los amos mucho dinero. Mantequilla, huevos, crema, la señora Crump puede manejar todo lo que quiere. Y en cuanto a Crump, se limita a cumplir su cometido. Limpia bien la plata, y no sirve del todo mal a la mesa. Yo guardo la llave de la bodega, vigilo el *whisky* y la ginebra, y reviso su trabajo. Yo creo que una debe *saberlo* hacer todo, y entonces... no precisa hacerlo nunca. Pero usted quería que le hablara de la familia...

—Si no le importa...

—La verdad es que todos son aborrecibles. El difunto señor Fortescue era de esos hombres poco escrupulosos que no obstante siempre procuran estar dentro de la Ley,

Alardeaba de sus mañas. Era rudo y cargante... un verdadero rufián. La señora Fortescue, Adela... su segunda esposa, tiene unos treinta años menos que él. La conoció en Brighton. Era manicura, de ésas que andan a la caza de dinero. Es muy atractiva... un verdadero ejemplar en su especie... ya me comprende.

El inspector Neele estaba sorprendido, pero procuró no demostrarlo. Una chica como Mary Dove no debía decir cosas semejantes.

La joven proseguía tranquilamente:

—Adela, desde luego, se casó con él por su dinero y naturalmente, su hijo Percival y su hija Elaine están furiosos con ella. Se muestran lo más desagradables posible, pero ella, muy sabiamente, hace como si no le importara o no se diese cuenta. Sabe que puede hacer del viejo lo que quiere. Oh, ya he vuelto a equivocarme. Todavía no puedo hacerme cargo de que ha muerto...

—Hable del hijo.

—¿Del querido Percival? Val, como le llama su esposa. Percival es falso e hipócrita... muy estirado y astuto. Su padre le tiene aterrorizado, y siempre le ha dejado fanfarronear, pero es lo bastante listo para salirse con la suya. Al revés que su padre, es muy tacaño. La economía es una de sus pasiones. Por eso ha tardado tanto en encontrar casa. El estar aquí le ha ahorrado mucho dinero.

—¿Y su esposa?

—Jennifer es dócil, y parece muy estúpida. Pero no estoy muy segura. Antes de casarse era enfermera de un hospital... cuidó a Percival durante una pulmonía y se enamoraron. El viejo no aprobó el matrimonio. Era un *snob* y quería que Percival hiciera lo que él llamaba «una buena boda». Despreciaba a la pobre Jennifer. Creo que ella no le tiene... tenía simpatía. Sus principales aficiones son ir de compras y el cipe; y su mayor contrariedad el que su esposo le dé poco dinero.

—¿Y qué hay de la hija?

—¿Elaine? Me da bastante lástima. No es mala. Una de esas colegialas que no crecen nunca. Practica varios deportes bastante bien. No hace mucho tuvo un pretendiente, un joven maestro, pero su padre descubrió que tenía ideas comunistas y acabó con el idilio.

—¿No tuvo valor para hacerle frente?

—Ella sí. Fue el joven quien se retiró. Me figuro que por cuestión de dinero. Elaine, la pobre, no es precisamente atractiva.

—¿Y el otro hijo?

—No le he visto nunca. Es atractivo, por todos conceptos, y un bala perdida. Hubo cierto asunto de un cheque falsificado, hace muchos años. Ahora vive en África.

—¿Su padre le echó de casa?

—Sí. El señor Fortescue no pudo dejarle sin un chelín, porque ya le había hecho socio de la firma, pero estuvo muchos años sin comunicarse para nada con él, y si alguna vez se le mencionaba solía decir: «No me habléis de ese pícaro. No es hijo mío». De todas maneras...

—¿Qué, señorita Dove?

—De todas maneras —dijo Mary, despacio— no me sorprendería que el viejo Fortescue tuviera el propósito de hacerle volver.

—¿Qué es lo que le hace pensar eso?

—Porque hará cosa de un mes el viejo Fortescue tuvo una fuerte discusión con Percival... descubrió algo que Percival había estado haciendo a sus espaldas... ignoro lo que fue... y estaba furioso, y de pronto Percival dejó de ser un niño mimado. Ha estado muy extraño últimamente.

—¿El señor Fortescue había cambiado mucho?

—No. Me refería a Percival. Estaba terriblemente preocupado.

—Ahora, los criados. Ya me ha descrito a los Crump. ¿Quién más hay?

—Gladys Martin es la doncella o camarera, como las llaman ahora. Limpia las habitaciones de la planta baja pone la mesa, luego la recoge y ayuda a Crump a servir. Es una chica muy decente pero de pocas luces.

Neele asintió en silencio.

—La otra doncella es Ellen Curtís. Ya mayor, y de muy mal carácter, pero trabaja bien y es una doncella de primera clase. El resto no vive en casa... algunas mujeres que vienen a ayudar.

—¿Y ésas son las únicas personas que viven aquí?

—Y la anciana señorita Ramsbatton.

—¿Quién es?

—La cuñada del señor Fortescue... hermana de su primera esposa. Ésta era mayor que él y su hermana mucho mayor todavía... así que ahora debe andar por los setenta. Tiene su habitación en el segundo piso... allí se prepara la comida ella misma, y sólo entra una mujer a limpiar. Es bastante excéntrica y nunca quiso a su cuñado, pero vino aquí en vida de su hermana, y aquí se quedó a su muerte. El señor Fortescue nunca se preocupó gran cosa de ella. No obstante, tía Effie es todo un carácter.

—Conque eso es todo.

—Todo.

—De modo que ahora le toca a usted, señorita Dove.

—¿Quiere conocer detalles de mi vida? Soy huérfana. Estudié un curso para secretaria en el Colegio de San Alfredo. Me puse a trabajar como taquimecanógrafa, lo dejé para entrar en otro empleo, me di cuenta de que andaba equivocada y empecé mi carrera actual. He estado en tres casas distintas. Al cabo de un año o cosa así, me canso y me, cambio de casa. Llevo en Villa del Tejo casi un año. Le daré al sargento... Hay, ¿no es así?, los nombres y direcciones de esas familias, con una copia de sus informes. ¿Le parece bien?

—Perfecto, señorita Dove. —Neele guardó silencio unos instantes, mientras imaginaba a la señorita Dove echando veneno en el desayuno del señor Fortescue. Su mente fue todavía más allá, y la vio recogiendo los frutos del tejo en una cestita. Con un

suspiro volvió a la realidad—. Ahora quisiera ver a esa joven... er... Gladys... y luego a la doncella tillen. —Y agregó, poniéndose en pié—: A propósito, señorita Dove, ¿tiene usted alguna idea de por qué llevaba grano suelto en el bolsillo el señor Fortescue?

—¿Grano? —Le miró al parecer con auténtica sorpresa.

—Sí... grano. ¿Le sugiere algo, señorita Dove?

—Nada en absoluto.

—¿Quién cuidaba de sus ropas?

—Crump.

—Ya... ¿El señor y la señora Fortescue ocupaban la misma habitación?

—Sí. Él tenía su vestidor y cuarto de baño, claro, lo mismo que ella... —Mary miró su reloj de pulsera—. Creo que volverá pronto. Ahora ya no puede tardar.

El inspector sonrió y dijo con voz agradable:

—¿Sabe una cosa, señorita Dove? Me resulta bastante extraño que a pesar de que haya tres clubs de golf en la vecindad, todavía no hayan podido dar con la señora Fortescue en ninguno de ellos.

—No sería tan extraño, inspector, si diera la casualidad de que no hubiese ido a jugar al golf.

—Se marchó con los palos y dijo que pensaba ir a jugar. Naturalmente, iba en su automóvil.

La miró fijamente, dándose cuenta de su insinuación.

—¿Con quién fue a jugar? ¿Lo sabe usted?

—Creo que es posible que fuera con el señor Vivian Dubois.

Neele contentóse con responder.

—Ya.

—Le enviaré a Gladys. Probablemente estará muy asustada. —Se detuvo un momento, ya en la puerta, para decir—: Le aconsejo que no haga mucho caso de lo que le he dicho. Soy muy maliciosa.

Y se marchó. El inspector Neele contempló la puerta cerrada pensando que, con malicia o sin ella, lo que acababa de decirle era bastante sugestivo. Si Rex Fortescue había sido envenenado deliberadamente, y ello era casi seguro, los habitantes de Villa del Tejo le parecieron muy prometedores. Y todos tenían motivos de sobra para haberlo hecho.

Capítulo V

La muchacha que entró en la habitación con evidente desagrado, era alta, atractiva y parecía muy asustada, dando una impresión de desaliño a pesar de ir elegantemente vestida de uniforme.

En el acto dijo clavando sus ojos suplicantes en el inspector:

—Yo no he hecho nada; de verdad que no sé nada de esto.

—Está bien —repuso Neele amablemente y cambiando el tono de su voz, pues quería que Gladys perdiera el miedo—. Siéntese aquí —añadió—. Sólo quiero preguntarle algunas cosas sobre el desayuno de esta mañana.

—Yo no hice nada.

—Bueno, usted preparó la mesa, ¿verdad?

—Sí. —Incluso esta confesión la hizo de mala gana, y daba la impresión de sentirse culpable y estar amedrentada, mas el inspector Neele estaba acostumbrado a ver testigos con ese aspecto, y prosiguió con mucha animación su interrogatorio—: ¿Quién había bajado primero? ¿Y luego?

Elaine Fortescue había sido la primera en bajar a desayunar. Llegó en el preciso momento en que Crump entraba con la cafetera. Luego bajó la señora Fortescue seguida de la esposa de Val, y por último el cabeza de familia. Ellos mismos se sirvieron. El té, el café y los platos calientes estaban sobre el aparador.

Le dijo muy poco que no supiera ya. Los alimentos y las bebidas fueron los mismos ya descritos por Mary Dove. El señor y la señora Fortescue, y la señorita tomaron café, y la esposa de Val, té. Todo transcurrió como de costumbre.

Neele la interrogó acerca de su vida privada. Primero estuvo sirviendo en casas particulares y luego en varios cafés. Al fin decidió volver al servicio doméstico y llegó a Villa del Tejo en septiembre. Llevaba allí dos meses.

—¿Y le agrada?

—Pues, supongo que no está mal del todo. No hay que estar tanto de pie..., pero se tiene menos libertad...

—Hábleme de los trajes del señor Fortescue... ¿Quién los cepillaba y demás?

Gladys le miró sorprendida.

—Supongo que debía hacerlo el señor Crump, pero la mitad de las veces me obligaba a hacerlo a mí.

—¿Quién cepilló y planchó el vestido que llevaba hoy el señor Fortescue?

—No recuerdo cuál llevaba. Tiene muchos.

—¿Encontró alguna vez grano en los bolsillos de sus trajes?

—¿Grano? —parecía no entender.

—Centeno, para ser exacto.

—¿Centeno? Eso sirve para hacer pan, ¿no? Una especie de pan negro... que tiene muy mal gusto...

—Pan de centeno, sí. El centeno es un grano. Y encontramos un puñado en el bolsillo de su amo.

—¿En el bolsillo?

—Sí. ¿Sabe usted cómo fue a parar allí?

—Lo ignoro en absoluto.

No consiguió sacarle más. Durante unos segundos se estuvo preguntando si no sabría algo más sobre aquel asunto de lo que se mostraba dispuesta a admitir. Desde luego parecía molesta y a la defensiva... pero lo atribuyó al natural temor que inspira la policía...

Antes de retirarse, la muchacha le preguntó al inspector:

—¿Es verdad que ha muerto?

—Sí.

—Fue muy de repente, ¿verdad? Dicen que había telefoneado de la oficina y que le dio una especie de ataque.

—Sí... fue una especie de ataque.

—A una chica que conocí, también le daban ataques. Y siempre me asustaba.

El inspector Neele dirigióse a la cocina.

Una mujer de enormes proporciones, de rostro arrebolado y armada con un rodillo de amasar, avanzó hacia él con aire amenazador.

—Policía —dijo—. ¡Mira que venir aquí diciendo esas cosas! Todo lo que he enviado al comedor estaba como es debido. ¡Venir aquí diciendo que yo he envenenado al señor! Haré que la justicia caiga sobre ustedes, policías, o no policías. En esta casa no se ha servido nada que no estuviera en buenas condiciones.

El inspector necesitó algún tiempo para calmar a la airada mujer. El sargento Hay le miraba sonriendo burlescamente desde la despensa y Neele comprendió que ya había sufrido las iras de la señora Crump.

El timbre del teléfono puso fin a la escena.

Neele salió al vestíbulo, donde encontró a la señorita Dove atendiendo a la llamada al tiempo que escribía en una libreta. Volviendo la cabeza le dijo por, encima del hombro:

—Es un telegrama.

Luego entregó el block al inspector. El lugar de origen era París y el texto decía lo siguiente:

Fortescue, Villa del Tejo, Baydon Heath Surrey. Siento que la carta se haya retrasado. Llegaré mañana a la hora del té. Espero carnero asado para comer. Lance.

El inspector Neele alzó las cejas.

—De modo que el hijo pródigo vuelve a su hogar —comentó en alta voz.

Capítulo VI

En los momentos en que Rex Fortescue había estado bebiendo su última taza de té, Lance Fortescue y su esposa, sentados bajo los árboles de los Campos Eliseos contemplaban a los transeúntes.

—Es muy fácil decir « descríbelo », Pat. Siempre he sido un desastre para las descripciones. ¿Qué es lo que quieres saber? Es un viejo trapisionista. Pero ¿va a importarte eso? Ya debes estar más o menos acostumbrada.

—Oh, sí —dijo Pat—. Sí..., como tú dices..., estoy acostumbrada. —Procuró disimular su amargura. Tal vez, reflexionó, todo el mundo fuese así ahora... ¿O era sólo que no había sido afortunada?

Era una joven alta, de piernas largas, no precisamente bonita, mas con un atractivo debido en gran parte a su vitalidad y a una personalidad arrolladora. Sabía moverse, y sus cabellos castaños estaban siempre brillantes y sedosos. Tal vez debido a su larga convivencia con caballos había adquirido en cierto modo el aspecto de una yegua pura sangre.

Trapiondas en el mundo de las carreras, que conocía a fondo... y ahora, por lo visto, iba a enfrentarse con un mundo financiero muy semejante. Porque a pesar de todo, su padre político, al que todavía no conocía, no era en cuanto a la ley se refiere, un dechado de rectitud. Todas esas personas que van por ahí alardeando del « mundo elegante » son iguales... técnicamente siempre procuran mantenerse dentro de la ley. No obstante, Lance, a quien amaba, y quien confesó haberse salido de la buena senda en otros tiempos, era de una honradez intachable, de la que carecían todos aquéllos.

—No quiero decir que sea un estafador —dijo Lance—, nada de eso. Pero sabe cómo escurrir el bulto.

—Algunas veces —replicó Pat— me parece que odio a esa clase de personas. —Y agregó—: Tú le quieres. —Era una afirmación, no una pregunta.

Lance meditó unos instantes y luego dijo con cierto aire sorprendido:

—Creo que sí, querida.

Pat echóse a reír. Lance volvió la cabeza para mirarla y sus ojos se entrecerraron. ¡Qué adorable era! La quería con locura. Por ella sería capaz de cualquier cosa.

—¿Sabes? En cierto modo desearía no tener que regresar —le dijo—. La vida de ciudad... Regresar cada día a casa en el tren de las cinco y dieciocho. No es la clase de vida que me gusta. Se pasa el tiempo yendo y viniendo. Pero supongo que hay que sentar la cabeza alguna vez, y contigo para guiarme puede que incluso me parezca un placer. Y puesto que el viejo se ha vuelto atrás, hay que sacar la mejor ventaja posible. Debo confesar que me sorprendió recibir su carta... Percival con el secante dispuesto a secar sus firmas. Percival, el niño bueno. Percy siempre ha sido un ladino. Sí, siempre lo ha

sido.

—No creo que me guste tu hermano Percival —dijo Patricia Fortescue.

—No quiero predisponerte en contra suya. Percy y yo nunca nos llevamos bien..., eso es todo lo que hay. Yo malgastaba mi dinero, y él lo ahorra. Yo tenía mala fama por divertirme con mis amigos, y Percy llevaba una vida muy «digna». Éramos polos opuestos, Siempre le he considerado un infeliz... y algunas veces he creído que casi me odiaba. No sé exactamente por qué...

—Me parece que yo sí lo sé.

—¿De veras, querida? Eres tan inteligente. Siempre me he preguntado, es algo fantástico, pero...

—Bueno, dilo.

—Me he preguntado si no sería Percival el que falsificó el cheque... cuando el viejo me echó de casa... y se puso tan furioso por haberme dado parte en la firma y no poder desheredarme Porque lo más extraño de todo es que yo no fui... a pesar de que nadie quiso creerme, puesto que una vez saqué fondos de la caja y los aposté a un caballo. Estaba seguro de que podría devolverlos, y en cierto modo era mi propio dinero. Pero ese asunto del cheque... no. Ignoro por qué tengo la ridícula idea de que fue Percival; pero el caso es que la tengo.

—Pero a él no iba a servirle de nada. Debía pagarse a tu nombre.

—Lo sé. Por eso no tiene sentido, ¿no te parece?

Pat volvióse bruscamente hacia él.

—¿Quieres decir... que lo hizo para quitarte de en medio?

—Me lo he estado preguntando... Oh, bueno..., ¡no debo decir una cosa así! Olvidalo. Quisiera saber lo que Percy dirá cuando vea que regresa el hijo pródigo. ¡Esos ojos de besugo hervido que tiene, se le van a salir de las órbitas!

—¿Sabe que vuelves?

—¡No me sorprendería lo más mínimo que no supiera ni una palabra! El viejo tiene un extraño sentido del humor.

—¿Pero qué es lo que ha *hecho* tu hermano para disgustar a tu padre hasta ese extremo?

—Eso es lo que *quisiera* yo saber. Debe haber algo muy gordo, para que me escribiera del modo que lo hizo.

—¿Cuándo recibiste su primera carta?

—Debe de hacer cuatro... no, cinco meses. Una misiva concisa, pero mostrando la rama de olivo. «Tu hermano mayor se ha portado de un modo muy poco satisfactorio en varios aspectos, y parece ser que tú has enterrado tus malos vicios y sentado la cabeza». «Te prometo que ganarás mucho financieramente». «Sed bienvenidos tú y tu esposa». ¿Sabes, cariño? Creo que el haberme casado contigo tiene mucho que ver en esto. Al viejo le impresionó que me hubiera casado con alguien de una esfera superior a la mía.

—¿Qué? —rió Pat—. ¿Con una aristócrata?

—Eso es. Debieras ver a la esposa de Percival. Es de ésas que dicen: « Lárgame la confitura », y a los sellos les llama « estampitas » .

Pat no se rió. Estaba pensando en la única mujer de la familia de que había entrado a formar parte. Era un punto que Lance no tuvo en cuenta.

—¿Y tu hermana? —le preguntó.

—¿Elaine? Oh, era bastante joven cuando me fui de casa... una niña muy formal..., pero es probable que ahora ya no lo sea tanto... Lo tomaba todo muy a pecho.

El retrato resultaba muy tranquilizador.

—¿Y no te escribió nunca... cuando te marchaste?

—No dejé ninguna dirección; pero, de todas maneras, no me hubiera escrito. No somos una familia muy afectuosa.

—No.

La miró a los ojos.

—¿Estás preocupada? ¿Por mi familia? No hagas caso. No hagas caso. No vamos a vivir con ellos. Tendremos nuestra casita, y caballos, perros... lo que quieras.

—Pero seguirá existiendo el tren de las cinco dieciocho.

—Para mí; sí. Ir y venir de la ciudad, en esta lata de sardinas; pero tranquilízate, cariño..., hay casas de campo incluso en los alrededores de Londres. Y últimamente he sentido arder en mi sangre la fiebre de los negocios. Al fin y al cabo... la llevo en ella... por ambas ramas familiares...

—Apenas recuerdas a tu madre, ¿verdad?

—Siempre me pareció muy vieja. Casi tenía cincuenta años cuando nació Elaine. Llevaba montones de cosas que tintineaban, y tumbada en un sofá solía leerme historias de damas y caballeros, que me aburrían sobremanera. Los « Idilios del Rey », de Tennyson. Supongo que la quería... Era muy... inexpresiva, ¿sabes? Ahora me doy cuenta.

—No parece haber querido demasiado a nadie —dijo Pat en tono de desaprobación.

Lance le acarició el brazo.

—Te quiero a ti —replicó.

Capítulo VII

El inspector Neele seguía sosteniendo en su mano el mensaje telegráfico cuando oyó detenerse un automóvil con un fuerte frenazo.

Mary Dove dijo:

—Debe ser el coche de la señora Fortescue.

El inspector Neele dirigióse a la puerta principal. Con el rabillo del ojo observó como Mary Dove se retiraba cautelosamente. Sin duda evitaba el tomar parte en la escena que iba a desarrollarse. Una notable demostración de tacto y discreción... y también una gran falta de curiosidad. La mayoría de mujeres se hubieran quedado..., pensó el inspector.

Al llegar a la puerta principal vio a Crump, el mayordomo, que se dirigía hacia el vestíbulo. De modo que había oído el coche...

Era un Rolls *coupé*. Dos personas se apearon y al llegar ante la puerta, y antes de que pudiesen llamar, ésta se abrió de par en par. Sorprendida, Adela Fortescue, se quedó mirando al inspector Neele.

El policía se dio cuenta en el acto de lo hermosa que era, y comprendió la fuerza del comentario de Mary Dove que tanto le chocaba. Adela Fortescue *era* todo un ejemplar de la especie. Por Su figura y tipo recordaba a la rubia señorita Grosvenor, pero mientras esta última era todo atractivo exterior, sin la menor respetabilidad, Adela Fortescue era atractiva por dentro y por fuera... con un encanto que decía simplemente a cada hombre: «Aquí estoy. Soy una mujer». Respiraba femineidad por todos sus poros... y no obstante, por encima de esto, en sus ojos se leía una mente calculadora. A Adela Fortescue —pensó Neele—, la gustaban los hombres..., pero siempre prefería el dinero.

Sus ojos pasaron a contemplar al hombre cargado con los palos de golf que aparecía tras Adela, Era el tipo que se especializa en esposas jóvenes y ricas. El señor Vivian Dubois, era uno de esos señores maduros que «comprenden» a las mujeres.

—¿La señora Fortescue?

—Sí. —Tenía los ojos grandes y azules—. Pero no comprendo...

—Soy el inspector Neele. Lamento tener que darle malas noticias.

—¿Se refiere a... algún robo... o cosa así?

—No. Nada de eso. Se trata de su esposo. Esta mañana se ha sentido repentinamente enfermo de gravedad.

—¿Rex? ¿Enfermo?

—Hemos estado intentando comunicar con usted desde las once y media de la mañana.

—¿Dónde está? ¿Aquí o en el hospital?

—Le trasladaron al Hospital de San Judas. Debe prepararse para recibir un fuerte

golpe.

—¿Quiere decir que... ha... *muerto*?

Dio unos pasos vacilantes y se agarró a su brazo. El inspector, como quien representa una comedia, la acompañó por el vestíbulo. Crump mostróse preocupado.

—Necesita tomar un poco de coñac —dijo.

La voz profunda del señor Dubois repuso:

—Tiene razón, Crump. Traiga el coñac. —Y dirigiéndose al inspector agregó—; Entremos aquí.

Y por la puerta, a la izquierda, entraron en procesión: El inspector Neele con Adela, Vivian Dubois y Crump con una botella y dos copas.

Adela Fortescue acomodóse en una butaca cubriéndose el rostro con las manos. Aceptó el vaso que le ofrecía el inspector, pero luego de tomar un pequeño sorbo lo rechazó.

—No quiero más —dijo—. Estoy bien. Pero, dígame, ¿cómo ha sido? Un colapso, supongo. ¡Pobre Rex!

—No fue un colapso, señora Fortescue.

—¿Dijo usted que era un inspector? —fue Dubois quien formuló la pregunta.

Neele volvióse hacia él.

—Eso dije —replicó satisfecho—. El inspector Neele, de la C. I. D.

Vio que una sombra de alarma aparecía en sus ojos oscuros. Por lo visto, al señor Dubois no le agradaba la presencia de un inspector de policía.

—¿Qué ocurre entonces? —dijo—. ¿Es que hay algo extraño?

Inconscientemente retrocedió en dirección a la puerta. El inspector Neele observó su movimiento.

—Me temo —dijo dirigiéndose a la señora Fortescue—, que tendrá que haber una investigación.

—¿Una investigación? ¿Quiere decir...? ¿Qué es *lo* que quiere decir?

—Supongo que va a ser muy molesto para usted, señora Fortescue. Pero hay que averiguar lo más pronto posible lo que el señor Fortescue comió o bebió esta mañana, antes de salir para su oficina.

—¿Quiere decir que puede haber sido *envenenado*?

—Pues, sí, eso parece.

—No puedo creerlo. ¿Se refiere a una intoxicación producida por algún *alimento*?

Su voz bajó más de una octava al finalizar la frase. Con rostro imperturbable y voz tranquila el inspector Neele le replicó:

—Señora, ¿qué cree usted que quiero decir?

Sin hacer caso de su pregunta agregó a toda prisa:

—Pero si todos nosotros estamos bien...

—¿Puede usted hablar por todos los miembros de la familia?

—Pues... no... claro... no puedo.

Dubois, mirando su reloj, exclamó:

—Tendré que marcharme, Adela. Lo siento muchísimo. ¿No te importa, verdad?

—Oh, Vivian, no te marches.

Era una súplica y a Dubois le sentó como un tiro. Continuó preparando su retirada.

—Lo siento. Tengo una cita importante. A propósito, inspector, me hospedo en Dormy House. Si... er... me necesita para algo...

El inspector Neele asintió con un gesto. No tenía intención de retener al señor Dubois, pues comprendió el motivo de su espantada. El señor Dubois huía de las contrariedades como de la peste.

Adela Fortescue dijo en un intento de salvar la situación:

—Ha sido una sorpresa tan grande volver a casa y encontrar a la *policía*.

—Me hago perfecto cargo. Pero comprenda que resultaba necesario actuar rápidamente para obtener las muestras necesarias de los alimentos, café, té, etc...

—¿Té y café? ¡Pero si eso no intoxica! Supongo que debió ser ese tocino tan malo que tomamos. Algunas veces está incomible.

—Ya lo averiguaremos, señora Fortescue. No se preocupe. Le sorprendería saber las cosas que pueden ocurrir. Una vez tuvimos un caso de envenenamiento por el tacto. Se habían equivocado, y cogieron dedaleras en vez de rábanos picantes.

—¿Y usted cree que aquí ha podido suceder algo parecido?

—Lo sabremos con certeza cuando se haya practicado la autopsia.

—La autop... oh, ya comprendo. —Se estremeció.

—Tienen ustedes muchos tejos por aquí —prosiguió el inspector—. Supongo que no existe posibilidad alguna de que sus hojas o frutos se hayan mezclado con algún alimento. No dejaba de observarla y ella alzó los ojos.

—¿Los tejos? ¿Es que son venenosos?

Su asombro parecía demasiado inocente.

—Se sabe que algunos niños comieron hojas o frutos de tejo con funestos resultados.

Adela se llevó las manos a la cabeza.

—No puedo soportar más. Quiero acostarme. ¿Puedo hacerlo? No puedo seguir hablando de esto. El señor Percival Fortescue lo arreglará todo... Yo no puedo... no puedo... no es justo que me pregunte a mí.

—Esperamos ponernos en contacto con él lo más pronto posible. Por desgracia, se encuentra en el Norte de Inglaterra.

—Oh, sí. Lo había olvidado.

—Sólo una cosa más, señora Fortescue. Encontramos una pequeña cantidad de grano en un bolsillo del traje de su esposo. ¿Podría explicarme la razón de ello?

Meneó la cabeza, al parecer muy extrañada.

—¿No podría tratarse de alguna broma?

—No le veo la gracia.

—De momento no voy a molestarla más, señora Fortescue. ¿Quiere que mande llamar a una de las camareras? ¿O a la señorita Dove?

—¿Qué? —Estaba distraída. Se preguntó qué estaría pensando.

Revolvió en su bolso hasta sacar un pañuelo.

—Es terrible —dijo con voz temblorosa—. Todavía no acabo de darme cuenta. Hasta ahora he estado como *paralizada*. Pobre Rex. ¡Mi querido Rex!

Sollozó de un modo casi convincente.

El inspector Neele la observó —respetuosamente durante unos instantes.

—Le enviaré a alguien —dijo.

Y dirigiéndose a la puerta, la abrió. Antes de salir volvióse para mirar a la señora Fortescue.

Todavía conservaba el pañuelito ante los ojos, pero sus extremos no lograban ocultar del todo su boca. En sus labios había aparecido una ligera sonrisa.

Capítulo VIII

1

—Recogí lo que pude —le informó el sargento Hay—. La mermelada, un poco de jamón... muestras del té, café y azúcar por lo que pueda ser. Sobró bastante café y lo tienen en la despensa... y yo diría que eso es importante.

—Sí que lo es. Pues el veneno debieron echarlo en éste.

—Alguno de los de la casa. Exacto. He hecho algunas averiguaciones, discretas, acerca de esos tejos... de las hojas o de los frutos..., pero nadie los ha visto en la casa. Tampoco saben nada del cereal encontrado en el bolsillo... No lo comprenden y yo tampoco. No parece tratarse de un hombre de esos que comen cualquier cosa con tal de que esté cruda. A mi cuñado le gusta eso. Siempre anda royendo guisantes, nabos y zanahorias crudas. Amí me parece que deben sentar mal.

Sonó el teléfono, y a una señal del inspector el sargento Hay apresuróse a descolgarlo. Llamaban desde Jefatura. Habían logrado comunicar con Percival Fortescue, quien regresaba a Londres inmediatamente.

Cuando el inspector volvía a dejar el teléfono, oyó detenerse un coche ante la puerta. Crump fue a abrir. La mujer recién llegada traía las manos cargadas de paquetes, que el mayordomo se apresuró a coger.

—Gracias, Crump. Pague el taxi, ¿quiere? Tomaré el té en seguida. ¿Está en casa la señora Fortescue, o la señorita Elaine?

El mayordomo vaciló mirando al inspector.

—Tengo malas noticias, señora —dijo—. Se trata del señor.

—¿Del señor Fortescue?

Neele se adelantó mientras Crump le presentaba.

—La esposa del señorito Percival, señor.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha ocurrido? ¿Un accidente?

El inspector Neele la fue estudiando mientras respondía. La esposa de Percival Fortescue era una mujer rolliza, de unos treinta años. Sus preguntas fueron como disparos. Debía sentirse muy preocupada.

—Siento tener que comunicarle que el señor Fortescue ha sido llevado esta mañana al Hospital de San Judas gravemente enfermo, y que más tarde ha fallecido.

—¿Muerto? ¿Quiere decir que ha muerto? —Las noticias eran todavía más asombrosas de lo que pudo esperar—. Dios mío... mi esposo no está aquí. Tendrá que comunicárselo. Está en el Norte... Supongo que en la oficina sabrán exactamente dónde.

Tendrá que cuidarse de todo. Las cosas siempre van a ocurrir en el momento en que menos se espera, ¿no es cierto?

Hizo una pausa, dando vueltas en su mente a varias cosas.

—Supongo que todo depende de dónde vayan a enterrarle. Me figuro que aquí. ¿O en Londres?

—Eso debe decidirlo la familia.

—Naturalmente. —Por primera vez pareció darse cuenta de con quién estaba hablando.

—¿Es usted de la oficina? —preguntó—. Usted no es médico, ¿verdad?

—Soy un agente de policía. La muerte del señor Fortescue fue muy repentina y...

Ella le interrumpió:

—¿Quiere decir que ha sido *asesinado*?

Era la primera vez que pronunciaba aquella palabra. Neele soslayó la respuesta con sumo cuidado.

—¿Por qué piensa eso, señora?

—Bueno, algunas personas mueren así. Usted dijo muerte repentina... y es policía. ¿La ha visto ya? ¿Qué le ha dicho?

—No comprendo a quién se está refiriendo.

—A Adela, desde luego. Siempre le dije a Val que su padre estaba loco al casarse con una mujer mucho más joven que él. No hay mayor tonto que un viejo tonto. Estaba como loco por esa terrible criatura. Y ahora vea lo que ha resultado... Un bonito lío en el que todos nos vemos envueltos. Fotografías en los periódicos y periodistas que se meten por todas partes.

Se detuvo imaginando sin duda un futuro ron crudo realismo. Neele pensó que no debía resultarle del todo desagradable. Se volvió para preguntarle:

—¿Qué fue? ¿Arsénico?

—La causa de la muerte todavía no ha sido comprobada. Tienen que hacerle la autopsia y luego vendrá la vista de la causa —repuso el inspector.

—Pero usted ya lo sabe, ¿no es así? O de otro modo no hubiera venido.

En su rostro había aparecido una expresión astuta.

—Deben haber estado investigando lo que comió y bebió ayer noche y esta mañana. Y desde luego, todas las bebidas, ¿no es cierto?

Podía leer claramente cómo calculaba todas las posibilidades, por eso repuso con precaución:

—Parece posible que la repentina indisposición del señor Fortescue fue debida a algo que comió a la hora del desayuno.

—¿Esta mañana? —pareció sorprendida—. Es difícil... No veo cómo... No sé cómo pudo hacerlo entonces... a menos que echara algo en el café... cuando Elaine y yo no miráramos...

Una voz reposada dijo a sus espaldas:

—Tiene servido el té en la biblioteca, señora Fortescue.

—Oh, gracias señorita Dove —exclamó dando un respingo—. Si, me irá muy bien tomar una taza de té. Me siento muy deprimida. ¿Y usted, inspector... no quiere acompañarme?

—Gracias, pero ahora no.

La figura rolliza vaciló antes de alejarse lentamente.

Cuando desaparecía por la puerta, Mary Dove murmuró en voz baja:

—No creo que haya sentido siquiera la palabra calumnia.

El inspector Neele no replicó.

—¿Puedo ayudarle en algo? —continuó diciendo Mary Dove.

—¿Dónde puedo encontrar a la doncella Ellen?

—Le acompañaré a usted. Está arriba.

Ellen resultó ser bastante arisca, pero valiente. Con rostro amargado miró triunfante al inspector.

—Es un asunto muy desagradable, señor. Y nunca pensé que llegaría a vivir en una casa donde iba a suceder una cosa semejante. Pero en cierto modo no puedo decir que me sorprenda. A decir verdad hace tiempo que debí despedirme. No me agrada el lenguaje que se emplea en esta casa, ni la cantidad de bebida que se toma y no apruebo las cosas que ocurren. No tengo nada contra la señora Crump, pero Crump y esa chica, Gladys, no saben lo que es servir. Pero lo que más me preocupa es lo que ocurre aquí.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Pronto se enterará, si es que todavía no lo sabe. No se habla de otra cosa en estos alrededores. Les han visto aquí, allí... o al tenis... Yo he visto cosas... con mis propios ojos... y en esta casa. La puerta de la biblioteca estaba abierta, y allí estaban los dos besándose y arrullándose.

El veneno de aquella solterona era mortal. Neele consideró innecesario preguntar: «¿A quién se refiere?» , pero de todas maneras lo preguntó.

—¿A quién iba a referirme? A la señora... y a ese hombre. No tienen vergüenza. ¿Quiere que le diga una cosa? El señor lo sabía, y les puso alguien que les vigilaba. Hubieran llegado al divorcio... y en vez de esto... se ha llegado a lo *otro*...

—Al decir lo otro, quiere usted decir...

—Usted ha estado haciendo preguntas acerca de lo que comió y bebió, y quién se lo dio. Han sido los dos señor, ésta es mi opinión. Él conseguiría el veneno en cualquier parte y ella se lo dio al señor. No tengo la menor duda de que ocurrió así.

—¿Ha visto usted en la casa frutos de los tejos... o tirados por algún lugar de los alrededores?

—¿De los tejos? —sus diminutos ojillos parpadearon con curiosidad—. No los toques nunca, me decía mi madre cuando yo era pequeña. ¿Fue eso lo que le dieron, señor?

—Todavía no lo sabemos.

—Nunca la vi cogerlos. —Ellen parecía decepcionada—. No, no puedo decir que haya visto nada de eso.

Neele la interrogó sobre el centeno encontrado en el bolsillo del señor Fortescue, pero tampoco sacó nada en limpio.

—No, señor. No sé nada.

Siguió haciéndole preguntas, pero sin resultado. Por fin quiso saber si podría ver a la señorita Ramsbatton.

Ellen vaciló.

—Se lo preguntaré, porque no recibe a todo el mundo. Es una señora muy vieja, y un poco extraña.

El inspector asintió en su demanda, y ella le condujo de mala gana por un largo pasillo y un pequeño tramo de escaleras hasta lo que pudo haber sido la habitación destinada a los niños.

Mientras la seguía miró por una de las ventanas del pasillo y vio al sargento Hay de pie junto al tejo y hablando con un hombre, sin duda el jardinero.

Ellen golpeó con los nudillos en una de las puertas, y una vez obtenido el permiso de entrar, la abrió, diciendo:

—Aquí está un policía que quiere hablar con usted, señorita.

La respuesta debió de ser afirmativa, porque se hizo a un lado para dejar pasar a Neele.

Aquella habitación estaba absurdamente atiborrada de muebles. El inspector tuvo la sensación de haber vuelto a la época victoriana. Sentada ante una mesita bajo una luz de gas, una anciana se entretenía haciendo solitarios. Llevaba un vestido color castaño y sus escasos cabellos grises pendían lacios a ambos lados de su cara.

Sin alzar la vista ni interrumpir su juego dijo en tono impaciente:

—Bueno pase, pase. Siéntese si es su gusto.

No era fácil aceptar la invitación, puesto que todas las sillas estaban cubiertas de folletos o publicaciones de carácter religioso.

Mientras retiraba las que tapizaban un sofá, la señorita Ramsbatton le preguntó con acritud:

—¿Le interesan las misiones?

—Pues, me temo que no mucho, señora.

—Pues debieran interesarle. Así es cómo está hoy en día el espíritu cristiano. La pasada semana vino a verme un sacerdote muy joven y tan negro como su sombrero, pero un verdadero cristiano.

El inspector Neele no supo qué responder.

La anciana le desconcertó todavía más al decir:

—No tengo aparato de radio.

—¿Cómo dice?

—¡Oh! Creí que habría venido para comprobar si había sacado la licencia. O alguna de esas tonterías. Bueno, joven, ¿de qué se trata?

—Lamento tener que comunicarle que su hermano político, el señor Fortescue, sintióse enfermo repentinamente esta mañana y ha fallecido.

La señorita Ramsbatton continuó con su solitario sin dar señales de preocupación, y limitándose a comentar tranquilamente:

—Al fin han sido abatidos su arrogancia y su necio orgullo. Bueno, algún día tenía que ocurrir.

—Espero que no haya sido un gran golpe para usted.

Resultaba evidente que no lo era, mas el inspector quiso ver lo que contestaba.

—Si se refiere a que no lo siento, está usted en lo cierto. —La señorita Ramsbatton le miraba por encima de sus gafas—. Rex Fortescue siempre fue un hombre pecador y nunca me agradó.

—Su muerte ha sido muy repentina...

—Como propia de un impío —repuso la dama con satisfacción.

—Es posible que fuera envenenado...

El inspector Neele hizo una pausa para observar el efecto causado.

Pero la señorita Ramsbatton ni parpadeó, y limitóse a murmurar:

—Siete rojo sobre ocho negro. Ahora puedo mover el rey.

Sorprendida al parecer por el silencio del inspector, se detuvo con la carta en la mano para preguntarle:

—Bueno, ¿qué esperaba que le dijera? Yo no le he envenenado, si es eso lo que quiere saber.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo hacerlo?

—Esa pregunta es muy inconveniente —replicó la anciana—. En esta casa viven dos hijos de mi difunta hermana. No quiero creer que nadie de la sangre Ramsbatton pueda ser culpable de un crimen. Porque usted habla de un asesinato, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso, señora.

—¡Pues claro que es un crimen! Muchas personas hubieran querido asesinar a Rex a su debido tiempo. Era un hombre sin escrúpulos. Y las culpas pasadas dejan su huella, como dice el refrán.

—¿Sospecha dé alguien en particular?

La señorita Ramsbatton dejó las cartas y se puso en pie. Era una mujer de elevada estatura.

—Creo que será mejor que se marche usted —le dijo.

Habló sin enfado pero con resolución.

—Si quiere conocer mi opinión —continuó—, debe haber sido uno de los criados. Ese mayordomo me parece un perillán, y esta doncella es completamente anormal. Buenas noches.

El inspector salió obedientemente de la estancia. Desde luego era una anciana muy particular. No le había sacado nada.

Al llegar al vestíbulo de la planta baja encontróse frente a frente con una joven morena y esbelta. Llevaba puesto un impermeable húmedo y le miraba con franca curiosidad...

—Acabo de llegar —le dijo—. Y me han dicho... que papá ha muerto.

—Lamento que sea cierto.

Ella buscó apoyo con la mano a sus espaldas, como un ciego sin lazarillo, y al tocar un arcén de roble se sentó despacio sobre él.

—¡Oh, no! —dijo—. No...

Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Es horrible... —exclamó—. Creí que no le quería... Casi pensé odiarle... Pero no puede ser así, ya que no me importaría... y me importa.

Permaneció sentada mirando al vacío mientras las lágrimas iban humedeciendo su rostro.

De pronto volvió a hablar casi sin aliento.

—Lo peor es que ahora todo se arregla. Quiero decir, que Gerald y yo podremos casarnos. Podré hacer todo lo que quiera. Pero aborrezco que haya tenido que ser así. No quería que papá muriese... Oh, no... Oh, papaito... papaito...

Por primera vez desde que había ido a Villa del Tejo, el inspector Neele sorprendióse de ver a alguien que sintiera verdadero pesar por la muerte de Fortescue.

Capítulo IX

—A mí me parece que ha sido la esposa —decía el subordinado, tras escuchar atentamente el informe del inspector Neele sobre el caso.

Le hizo un relato admirable y preciso. Breve, pero sin omitir detalle de importancia.

—Sí —repitió el subcomisario—. Me parece que fue la esposa. ¿Y cuál es su opinión, Neele?

El aludido repuso que a él también se lo parecía; que por lo general siempre es la esposa... o el marido... según los casos.

—Ella tuvo oportunidad. ¿Y motivos? —el subcomisario hizo una pausa—. ¿Tenía motivos?

—¡Oh, creo que sí, señor! Ya sabe, ese señor Dubois.

—¿Cree que también está mezclado en esto?

—No, yo no diría eso, señor. —El inspector Neele rechazó la idea—. Está un poquitín demasiado pegado a su pellejo para eso. Pudo haber adivinado lo que ella tramaba, pero no creo que él la haya instigado.

—No, demasiado prudente.

—Sí, demasiado.

—Bueno, no podemos llegar a una conclusión, pero parece una hipótesis bastante buena. ¿Y qué hay de las otras dos que tuvieron oportunidad?

—Son la hija y la nuera. La hija estuvo prometida a un joven, y su padre no la dejó casarse con él. Y por lo visto no pensaba casarse con ella al menos que tuviera dinero. Eso *le* proporciona un móvil. Y en cuanto a la nuera, todavía no sé bastante de ella. Pero cualquiera de las tres *podría* haberlo envenenado, y no veo que nadie más pudiera hacerlo. La doncella, el mayordomo, la cocinera... todos prepararon el desayuno, o lo llevaron al comedor, pero no veo que pudieran asegurarse de que sólo Fortescue tomara el veneno y los demás no. Es decir, si es que era *taxina*.

—Desde luego, lo era. Acabo de recibir el informe del forense.

—Entonces, eso queda sentado —dijo el inspector Neele—. Y podemos pasar adelante.

—¿Y los criados?

—El mayordomo y la doncella parecen muy nerviosos. Eso no tiene nada de particular. Sucede a menudo. La cocinera está furiosa y la otra doncella muy complacida. En resumen, todo perfectamente natural y lógico.

—¿No hay nadie más a quien considerar sospechoso en algún aspecto?

—No, no creo, señor. —Involuntariamente, el inspector Neele pensó en Mary Dove y su sonrisa enigmática, y en voz alta dijo—: Ahora que ya sabemos que se trata de *taxina*,

debe haber alguna pista de cómo fue obtenida o preparada.

—Bien. Bueno, adelante Neele. A propósito, el señor Percival Fortescue —está aquí ahora. He cambiado un par de palabras con él y espera para verle. También hemos localizado al otro hijo. Está en París, en el « Bristol », y hoy sale para aquí. Supongo que irá a esperarle al aeropuerto.

—Sí, señor; eso pensaba...

—Bien, será mejor que ahora vea a Percival Fortescue... —El subcomisario rió—. Percy el Atildado, eso es lo que es.

Percival Fortescue era un hombre rubio y aseado, de unos treinta años, de cabellos y pestañas muy claros, que empleaba un tono ligeramente pedante al hablar.

—Esto ha sido un golpe terrible para mí, inspector Neele, como puede usted figurarse.

—Debe haberlo sido, señor Fortescue —repuso el inspector.

—Sólo puedo decirle que mi padre se encontraba perfectamente bien anteayer cuando me marché de casa. Esta intoxicación, o lo que haya sido, debe haber sido muy repentina.

—Sí, fue muy repentina; pero no se trata de una intoxicación, señor Fortescue.

Percival le miraba con el ceño fruncido.

—¿No? De modo que por eso... —se interrumpió.

—Su padre —le dijo el inspector Neele— murió envenenado por habersele administrado taxina.

—¿Taxina? Nunca había oído esta palabra.

—Me lo imagino. La conocen muy pocas personas. Es un veneno de efectos rápidos y drásticos.

Su ceño se acentuó todavía más.

—¿Me está usted diciendo que mi padre fue deliberadamente envenenado, inspector?

—Eso parece; sí señor.

—¡Es terrible!

—Sí, desde luego, señor Fortescue.

—Ahora comprendo la actitud de los del hospital —murmuró Percival—, y el recibimiento que me han dispensado aquí. —Se interrumpió y tras una pausa prosiguió—: ¿Y el entierro?

—La vista de la causa está fijada para mañana después de la autopsia. Sólo se llevarán a cabo las formalidades puramente de rigor y el juicio se aplazará.

—Ya comprendo. ¿Es lo que se acostumbra a hacer?

—Sí, señor. Ahora sí.

—¿Puedo preguntarle si tiene formada alguna idea de quién pudo...? La verdad, y o... —se interrumpió de nuevo.

—Es demasiado pronto para eso, señor Fortescue —murmuró Neele.

—Sí, lo supongo.

—De todas formas, nos sería de gran ayuda el que usted nos diera alguna idea de las disposiciones testamentarias de su padre. O tal vez pueda ponerme en contacto con su abogado.

—Sus abogados son Billingsby, Horsethorpe y Walters, de la Plaza Bedford. Y en cuanto a su testamento, creo que más o menos puedo decirles cuáles son sus principales disposiciones.

—Si fuera usted tan amable, señor Fortescue. Es una formalidad que no puede eludir.

—Mi padre hizo un nuevo testamento hace un par de años con ocasión de su matrimonio —explicó Percival—. Deja la suma de cien mil libras a su esposa y cincuenta mil a mi hermana Elaine. Yo soy el heredero del resto. Y yo soy, naturalmente, socio de la firma.

—¿Y no lega nada a su hermano, Lancelot Fortescue?

—No, hace mucho tiempo que mi padre y mi hermano se disgustaron.

Neele le dirigió una mirada inquisitiva... pero Percival parecía muy seguro de sus palabras.

—De modo que, según el testamento —dijo Neele—, las tres personas que ganan con su muerte son la señora Fortescue, la señorita Elaine Fortescue y usted.

—Yo no creo que deba considerarme ganancioso. —Percival suspiró—. Ya sabe, inspector, hay que pagar los derechos de Estado. Y últimamente mi padre ha sido... bueno, algo imprudente en sus transacciones financieras.

—¿Su padre y usted no han estado de acuerdo últimamente sobre el modo de llevar el negocio? —El inspector Neele lanzó su pregunta con genialidad habitual.

—Yo le expuse mis puntos de vista, pero... —Percival encogióse de hombros.

—Se mostró usted bastante firme, ¿verdad? —inquirió Neele—: En resumen, por no ponerse de acuerdo tuvieron una disputa, ¿no es cierto?

—Yo no diría eso, inspector. —Una sombra de preocupación nubló los ojos de Percival.

—Entonces tal vez la discusión fue debida a otro asunto; señor Fortescue.

—No hubo tal disputa, inspector.

—¿Está bien seguro, señor Fortescue? Bien, no importa. ¿Debo entender que su padre y su hermano seguían enfadados?

—Eso es.

—Entonces tal vez pueda decirme lo que significa esto.

Neele le tendió el mensaje telefónico anotado por Mary Dove.

Percival, al leerlo, lanzó una exclamación de sorpresa y disgusto, pareciendo al mismo tiempo furioso e incrédulo.

—No lo puedo comprender, —apenas puedo creerlo.

—A pesar de ello, parece ser cierto, señor Fortescue. Su hermano llega hoy de París.

—¡Pero es extraordinario! No, la verdad, *no puedo* comprenderlo.

—¿Su padre no le dijo nada de todo eso?

—Desde luego que *no*. ¡Qué vergüenza! ¡Mandar llamar a Lance a mis espaldas!

—¿No tiene usted idea de *por qué* hizo semejante cosa?

—¡Claro que no! Eso corre parejas con su comportamiento durante estos últimos tiempos... ¡Una locura! Es inexplicable. Hay que impedirle... yo...

Percival se detuvo bruscamente. El color desapareció de su rostro.

—Había olvidado... —dijo—. Por un momento me olvidé de que mi padre ha muerto...

El inspector Neele hizo un gesto de asentimiento.

Percival Fortescue se preparaba para marcharse... puesto que recogiendo su sombrero, dijo:

—Si me necesitan ustedes para algo, avísenme. Pero supongo... que irán a Villa del Tejo.

—Sí, señor Fortescue. He dejado allí a uno de mis hombres.

Percival encogióse de hombros.

—Será muy agradable. ¡Pensar que ha ido a sucederme una cosa así!...

Suspirando se dirigió hacia la puerta.

—Estaré en la oficina la mayor parte del día. Hay que ver un montón de cosas. Pero por la noche iré a Villa del Tejo.

—Muy bien, señor.

Percival Fortescue abandonó la estancia.

—Percy el Atildado —murmuró Neele.

El sargento Hay, que se hallaba sentado junto a la pared, alzó la vista y dijo, interrogadoramente:

—¿Sí?

Y al ver que no obtenía respuesta, preguntó:

—¿Qué deduce de todo esto, señor?

—No lo sé —respondió Neele. Y repitió en voz baja—: Son todos muy desagradables.

El sargento Hay pareció algo intrigado.

—Alicia en el país de las maravillas —dijo Neele—. ¿No conoce a Alicia, Hay?

—Es un clásico, ¿verdad, señor? —aventuró Hay—. Esas cosas que dan por la radio. Yo no escucho esos programas.

Capítulo X

1

Cinco minutos después de haber dejado Le Bourget, Lance Fortescue desdobló su ejemplar del periódico *Daily Mail*. Un minuto más tarde lanzaba una exclamación de asombro. Pat, sentada a su lado, volvió la cabeza interrogadoramente.

—Es el viejo —dijo Lance—. Ha muerto.

—¿Tu padre ha muerto?

—Sí, parece ser que se encontró repentinamente enfermo en su despacho y le llevaron al Hospital de San Judas, donde murió poco después de su ingreso.

—Querido, ¡cuánto lo siento! ¿De qué fue, de un colapso?

—Supongo. Eso parece.

—¿Había tenido antes algún ataque?

—No; que yo sepa, no.

—Creo que nunca se muere del primero.

—¡Pobrecillo! —suspiró Lance—. Nunca pensé tenerle gran afecto, pero de todas formas, ahora que está muerto...

—¡Pues claro que le querías!

—Todos no tenemos tu buen carácter; Pat. Oh, bueno, parece que la suerte ha vuelto a abandonarme.

—Sí. Es extraño que haya ido a ocurrir precisamente ahora. Cuando estabas dispuesto a volver a tu casa.

Lance volvióse, sorprendido.

—¿Extraño? ¿Qué quieres decir?

—Pues que es mucha coincidencia.

—¿Quieres decir que todo lo que emprendo me sale mal?

—No, cariño, no quise decir eso. Pero arrastras una racha de mala suerte.

—Sí. Tienes razón.

—Lo siento mucho —volvió a decir Pat.

Cuando llegaron a Heath Row y se disponían a bajar del avión, un oficial de la Compañía aérea gritó con voz clara:

—¿Se encuentra a bordo el señor Lancelot Fortescue?

—Aquí estoy —advirtió Lance.

—¿Quiere pasar por aquí señor Fortescue?

Lance y Pat le siguieron, precediendo a los demás pasajeros. Al pasar ante una

pareja sentada en el último asiento oyeron que el hombre susurraba al oído de su esposa:

—Deben de ser contrabandistas muy conocidos. Les cogieron con las manos en la masa.

—Es fantástico —dijo Lance—. De lo más fantástico. —Al otro lado de la mesa se hallaba el inspector detective Neele.

El inspector hizo un gesto de asentimiento.

—Taxina... Tejos... parecen cosas de folletín. Me atrevo a asegurar que a usted le resultan bastante corrientes, inspector. Cosas de su trabajo cotidiano; pero un envenenamiento en nuestra familia resulta algo absurdo.

—Entonces, ¿no tiene la menor idea de quién pudo envenenar a su padre? —preguntó el inspector Neele.

—¡Claro que no! Me figuro que tendría bastantes enemigos en el negocio, montones de personas que hubieran querido despellejarla vivo, hundirle financieramente... ya sabe, pero ¿envenenarle? De todas formas yo no puedo saberlo. He pasado muchos años en el extranjero y sé muy poco de lo que ha estado ocurriendo en mi casa.

—Eso es precisamente lo que quería preguntarle, señor Fortescue. He sabido por su hermano que había cierta tirantez entre usted y su padre que ha durado muchos años. ¿Quisiera decirme cuáles han sido los motivos de su regreso al hogar?

—Desde luego, inspector. Tuve noticias de mi padre, hará unos... déjeme pensar... sí, unos seis meses... poco después de mi boda. Mi padre me escribió dándome a entender que estaba dispuesto a olvidar lo pasado, y sugiriéndome que volviera a casa para trabajar en el negocio. Era bastante vago en sus términos y yo no estaba muy seguro de querer atender a su petición. De todas formas la decisión final la tomé cuando vine a Inglaterra... sí, en el mes de agosto pasado, hace sólo tres meses. Fui a verle a Villa del Tejo, y debo confesar que me hizo una oferta muy ventajosa. Le dije que tenía que pensarlo y consultar con mi esposa. Se hizo cargo. Volví en avión a África Oriental y lo hablé con Pat. Decidí aceptar su oferta. Tuve que liquidar todos los asuntos que tenía allí, pero me avine a hacerlo antes del día treinta del mes pasado. Le dije que le cablegrafiaría la fecha de mi llegada a Inglaterra.

El inspector Neele carraspeó.

—Su llegada parece haber causado gran asombro a su hermano.

Lance sonrió. Su rostro atractivo pareció iluminarse de puro regocijo.

—No creo que Percy lo supiera —aclaró—. Cuando vine a ver a mi padre él estaba en Norway de vacaciones. Si quiere usted saber mi opinión, me parece que el viejo escogió expresamente esa ocasión para llamarme. Obraba a espaldas de Percy. En resumen, tengo la firme sospecha de que la oferta de mi padre tuvo que ver con la disputa que tuvo con mi hermano Percy... o Val, como prefiere que le llamen. Val ha estado intentando gobernar al pobre viejo, pero oí nunca hubiese consentido semejante

cosa. No sé las causas que motivaron su discusión, pero estaba furioso. Y creo que consideró una buena idea hacerme volver y de este modo desarmar a Val. En primer lugar nunca le agradó la esposa de Percy, y le satisfizo en gran manera mi matrimonio. Por lo visto consideró una idea muy divertida el hacerme volver a casa y enfrentar a Percy con el hecho consumado.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en Villa del Tejo en aquella ocasión?

—¡Oh, no más de un par de horas! No me invitó a pasar la noche. Estoy seguro de que era una ofensiva secreta a espaldas de Percy. Creo que ni siquiera quiso que lo supieran los criados. Como le dije y ya, quedamos en que lo pensaría, lo hablaría con Pat y luego le comunicaría mi decisión por escrito, cosa que hice. Le escribí anunciándole la fecha aproximada de mi llegada, y por último ayer le puse un telegrama desde París.

El inspector Neele asintió.

—Un telegrama que sorprendió mucho a su hermano.

—Me lo figuro. Sin embargo, como de costumbre, Percy es el que gana. Yo he llegado demasiado tarde.

—Sí —repitió Neele, pensativo—, ha llegado demasiado tarde. —Y prosiguió en tono más animado—. En ocasión de su visita del pasado agosto, ¿se encontró con algún otro miembro de la familia?

—Mi madrastra estuvo a tomar el té.

—¿No la había visto anteriormente?

—No —sonrió—. Desde luego, el viejo sabía escoger. Debe tener treinta años menos que él.

—Perdonará que le haga esta pregunta, pero ¿le molestó la boda de su padre, o tal vez a su hermano?

Lance pareció sorprendido.

—A mí, desde luego, no; y tampoco creo que Percy lo sintiera. Después de todo, nuestra madre murió cuando tendríamos... ¡Oh!, diez y doce años. Lo que me sorprende es que no hubiera vuelta a casarse antes.

El inspector Neele murmuró:

—Puede considerarse un gran riesgo el casarse con una mujer mucho más joven que uno.

—¿Sé lo ha dicho mi querido hermano? Parece cosa de él. Percy es un gran maestro en el arte de la insinuación. ¿Es eso lo que ocurre, inspector? ¿Es que sospechan que mi madrastra haya podido envenenar a mi padre?

—Es demasiado pronto para formar una idea definitiva, señor Fortescue —replicó complacido el inspector—. Ahora, ¿puedo preguntarle cuáles son sus planes?

—¿Planes? —Lance meditó unos instantes—. Supongo que tendré que hacerlos de nuevo. ¿Dónde está la familia? ¿Todos en Villa del Tejo?

—Sí.

—Será mejor que vaya y yo primero. —Volvióse a su esposa—. Será preferible que tú

vayas a un hotel, Pat.

—No, no, Lance. Iré contigo.

—No, querida.

—Pero yo quiero ir.

—La verdad, prefiero que no lo hagas. Vete al... ¡Oh!, hace tanto tiempo que no he estado en Londres... Barnes. El hotel Barnes solía ser un lugar tranquilo y agradable. Supongo que todavía existe.

—¡Oh, sí, señor Fortescue!

—Bien, Pat. Te dejaré allí si es que tienen habitación, y yo iré a Villa del Tejo.

—¿Pero por qué no puedo ir contigo, Lance?

El rostro de Lance adquirió una expresión preocupada.

—Con franqueza, Pat. No estoy seguro de ser bien recibido. Fue mi padre quien me invitó a venir, pero mi padre ha muerto. Ignoro a quién pertenece ahora la casa. A Percy, supongo, o tal vez a Adela, De todas maneras, prefiero ver cómo se me recibe antes de llevarte allí. Además...

—Además, ¿qué?

—No quiero llevarte a una casa donde árida suelto un asesino.

—¡Oh!, pero eso es una tontería.

—En lo que a ti respecta, Pat, no voy a correr el menor riesgo.

Capítulo XI

1

El señor Dubois estaba preocupado. Hizo pedazos la carta de Adela Fortescue arrojándola a la papelera con gran enojo. Luego, con repentina precaución, los fue recogiendo, uno por uno, y encendiendo una cerilla les prendió fuego hasta verlos convertidos en cenizas.

—¿Por qué tendrán que ser tan estúpidas las mujeres? —musitó entre dientes—. Porque el sentido común... —Pero el señor Dubois reflexionó amargamente que las mujeres nunca tuvieron sentido común. A pesar de que él se había aprovechado de ello muchas veces, ahora le contrariaba. Él había tomado toda precaución posible. Si la señora Fortescue llamaba por teléfono tenían orden de decir que había salido. Ya le había telefoneado tres veces, y ahora le acababa de escribir. Y eso todavía era peor. Tras reflexionar unos instantes dirigióse al teléfono.

—¿Podría hablar con la señora Fortescue, por favor? Sí, el señor Dubois.

Al cabo de un par de minutos oyó su voz.

—¡Vivian, por fin!

—Sí, sí, Adela, pero ten cuidado. ¿Desde dónde me hablas?

—Desde la biblioteca.

—¿Estás segura de que en el vestíbulo no hay nadie escuchando?

—¿Por qué iban a escuchar?

—Pues nunca se sabe. ¿Sigue ahí la policía?

—No; de momento se han marchado. ¡Oh, Vivian, querido, ha sido horrible!

—Sí, sí, me lo figuro, Pero escucha, Adela, tenemos que andar con mucho cuidado.

—¡Oh, claro, querido!

—No me llames querido por teléfono. No es seguro.

—¿No crees que exageras un poco, Vivian? Al fin y al cabo hoy en día todo el mundo se llama querido.

—Sí, sí. Pero escucha. *No me telefonees ni me escribas.*

—Pero, Vivian...

—Comprende, es sólo de momento. *Hay que tener cuidado.*

—¡Oh, está bien! —Su voz sonaba algo ofendida.

—Escucha, Adela. Mis cartas. Las quemaste, ¿verdad?

Hubo un instante de vacilación antes de que Adela Fortescue respondiera:

—Claro. Te dije que iba a hacerlo.

—Bien entonces. Voy a cortar. No telefonees ni escribas. Ya sabrás de mí a su debido tiempo.

Colgó y se rascó la mejilla pensativo. No le había agradado su vacilación. ¿Habría quemado sus cartas? Las mujeres son todas iguales. Prometen quemar las cosas y luego no lo hacen.

Cartas, pensaba el señor Dubois. A las mujeres les gusta que les escriban. Siempre procuraba tener cuidado, pero algunas veces era imposible. ¿Qué es lo que le decía exactamente en sus cartas? «Lo corriente», pensó amargado. Pero ¿habría alguna palabra... alguna frase especial... que la policía pudiera interpretar de modo que dijera lo que ellos deseaban? Recordaba el caso de Edith Thompson. Sus cartas fueron bastante inocentes, pero no podía estar seguro. Su inquietud creció. Incluso si Adela no hubiera quemado sus cartas, ¿tendría el suficiente sentido para quemarlas ahora? ¿O las habría recogido ya la policía? ¿Dónde debía guardarlas? Probablemente en su salita del piso de arriba... en aquel secreter pequeñito estilo Luis XIV. Una vez le habló de cierto cajón secreto. ¡Un cajón secreto! Con eso no conseguiría engañar mucho tiempo a la policía, pero ahora los policías no estaban en la casa. Eso le dijo Adela. Estuvieron allí aquella mañana, pero ahora se habían marchado.

Debieron haber estado ocupados buscando posibles pistas y rastros de venenos en los alimentos. Esperaba que no hubieran registrado las habitaciones. Tal vez necesitaran un orden de registro para hacerlo.

Imaginó la casa. Era hacia el anochecer. El té sería servido en la biblioteca o bien en el salón. Todo el mundo estaría reunido en la planta baja y los criados merendando en sus dependencias. No habría nadie en la parte de arriba. Sería sencillo atravesar el jardín y avanzar junto a los setos de tejos que proporcionaban tan buen cobijo. Junto a la terraza había una puertecita que nunca se cerraba hasta la hora de acostarse. Cualquiera podía deslizarse por allí y, escogiendo un momento propicio, subir al piso de arriba.

Vivian Dubois consideró con todo cuidado lo que le convenía hacer. Si la muerte de Fortescue hubiera sido debida a un colapso o enfermedad repentina, su posición sería bien distinta. Pero de momento, y tal como estaban las cosas, era mejor «asegurarse que lamentarse luego».

Mary Dove, bajaba lentamente la gran escalera. Se detuvo un momento junto a la ventana del rellano, desde donde viera llegar al inspector Neele el día anterior. Ahora, a pesar de la escasa claridad, pudo ver la figura de un hombre que desaparecía tras el seto de tejos, preguntándose si sería Lancelot Fortescue, el hijo pródigo. Tal vez hubiera despedido el taxi ante la verja y recorría el jardín a pie recordando los tiempos que viviera allí antes de tropezar con la hostilidad familiar. Mary Dove sentía simpatía por Lance. Con una ligera sonrisa en los labios, continuó descendiendo por la escalera. En el vestíbulo encontróse con Gladys, que pegó un respingo al verla.

—¿Era el timbre del teléfono lo que sonaba hace un momento? —preguntó Mary—. ¿Quién era?

—¡Oh!, se equivocaron de número. Preguntaban por una lavandería, —Gladys parecía muy nerviosa—. Y antes llamó el señor Dubois. Quería hablar con la señora.

—Ya.

Mary echó a andar por el vestíbulo y volviendo la cabeza, preguntó:

—Creo que es la hora del té. ¿No lo han servido aún?

—No creo que sean todavía las cuatro y media, ¿lo son ya, señorita?

—Las cinco menos veinte. Tráigalo ahora, ¿quiere?

Mary Dove entró en la biblioteca, donde Adela Fortescue, sentada en el sofá, contemplaba el fuego de la chimenea, mientras retorcía entre, sus manos un diminuto pañolito de encaje. Al verla le dijo de mal talante:

—¿Dónde está el té?

—Ahora lo traen —repuso Mary Dove.

Un tronco había rodado fuera del fogón y Mary Dove se arrodilló para volverlo a colocar con las tenazas, agregando al mismo tiempo otro tronco y un poco de carbón.

Gladys fue a la cocina. La señora Crump alzó un rostro arrebolado y furioso de la mesa de la cocina donde revolvió la pasta en un gran perol.

—El timbre de la biblioteca no para de sonar. Ya es hora de que lleves el té, pequeña.

—Está bien, está bien, señora Crump.

Gladys entró en la despensa. No había preparado bocadillos. Bueno, pues no iba a entretenerse en hacerlos. Ya tenían bastante con los dos pasteles, los bizcochos, bollitos y la miel. Pan blanco recién hecho y mantequilla de la mejor. Demasiado para que encima tuviera que preocuparse preparando bocadillos de tomate o *foie gras*. Tenía otras cosas en qué pensar. ¡Qué mal humor tenía la señora Crump! Y todo porque su esposo había salido aquella tarde. Bueno, era su día libre, ¿verdad? Pues hizo bien, pensó Gladys. La señora Crump le gritó desde la cocina:

—El agua está hirviendo hace rato. ¿Es que no vas a hacer nunca ese té?

—Ya voy.

Echó cierta cantidad de té, sin medirlo, en la gran tetera de plata, la llevó a la cocina y vertió en ella el agua hirviendo. Puso la tetera y la jarra en la enorme bandeja de plata y lo llevó todo a la biblioteca, donde lo depositó encima de una mesita, cerca del sofá. Volvió corriendo a por la otra bandeja con los comestibles. Había llegado con ella hasta el vestíbulo cuando el sonido del viejo reloj al dar las campanadas le hizo pegar un brinco.

En la biblioteca, Adela Fortescue decía a Mary Dove:

—¿Dónde *está* todo el mundo esta tarde?

—No lo sé, la verdad, señora Fortescue. La señorita ha venido hace bastante rato. Y creo que la señora Percival está escribiendo unas cartas en su habitación.

Adela repitió con enojo:

—Escribiendo cartas, escribiendo cartas. Esa mujer siempre está escribiendo cartas. Es como todos los de su clase. Toma la muerte y la desgracia con absoluta tranquilidad. Morbosa... eso es lo que es. Absolutamente morbosa.

Mary murmuró con mucho tacto:

—Iré a decirle que el té está servido.

Cuando llegó a la puerta tuvo que hacerse a un lado para dejar paso a Elaine Fortescue, que llegaba diciendo:

—Hace frío. —Y se acercó a la chimenea extendiendo las manos ante las llamas.

Mary permaneció unos momentos de pie en el vestíbulo. Una gran bandeja con pasteles estaba sobre uno de los arcones. Puesto que estaba oscureciendo, Mary encendió la luz, y al hacerle creyó oír a Jennifer Fortescue que andaba por el pasillo de arriba. Sin embargo, nadie bajó la escalera y Mary subió a avisar a la esposa de Percival.

Percival Fortescue y su esposa ocupaban una serie de habitaciones en una de las alas de la casa. Mary golpeó con los nudillos la puerta de la salita. La señora Percival siempre exigía que llamaran antes de entrar, cosa que siempre había enfurecido a Crump. Su voz dijo prontamente:

—Adelante.

Mary abrió la puerta y murmuró:

—Acaban de servir el té, señora Percival.

Le sorprendió bastante encontrarla con el abrigo puesto. Era una prenda magnífica de pelo de camello y comenzó a quitárselo en aquel momento.

—No sabía que hubiera usted salido —dijo Mary.

La señora Percival parecía algo falta de aliento.

—¡Oh!, sólo he bajado al jardín a tomar un poco de aire. Aunque, la verdad, hacía frío. Será agradable sentarse ante el fuego. La calefacción central no es tan buena como debiera. Alguien tendrá que hablar de ello con los jardineros, señorita Dove.

—Yo lo haré —le prometió Mary.

Jennifer Fortescue dejó su abrigo sobre una silla, siguió a Mary y bajó la escalera precediéndola, puesto que la joven se retiró para dejarle preferencia. Una vez en el vestíbulo Mary observó con gran sorpresa que todavía seguía allí la bandeja con los pasteles. Estaba a punto de ir a la cocina a llamar a Gladys, cuando Adela Fortescue apareció en la puerta de la biblioteca diciendo con voz irritada:

—¿Es que no van a traer nada para acompañar el té?

Rápidamente, Mary recogió la bandeja y penetró en la biblioteca colocando las cosas ante las mesitas situadas cerca de la chimenea. Volvió a salir al vestíbulo con la bandeja vacía cuando sonó el timbre de la puerta principal. Dejando la bandeja, apresuróse a abrir. Si era el hijo pródigo quien llegaba, sentía curiosidad por conocerle.

—Qué distinto del resto de los Fortescue —pensaba Mary mientras abría la puerta y contemplaba el rostro moreno y delgado, y la sonrisa irónica que entreabría sus labios.

—¿El señor Lancelot Fortescue?

—El mismo.

Mary miró hacia fuera.

—¿Y su equipaje?

—He despedido al taxi. Esto es todo lo que traigo. Y alzó una maleta de tamaño mediano. Con cierta sorpresa Mary exclamó:

—¡Oh!, ha venido en un taxi. Pensé que tal vez había venido andando, ¿y su esposa?

Su rostro adquirió una expresión grave.

—Mi esposa no viene —dijo Lance, y agregó—: Por lo menos, de momento.

—Ya. Venga por aquí, señor Fortescue. Todos están en la biblioteca, tomando el té.

Le acompañó hasta la biblioteca. Lancelot Fortescue le pareció una persona muy atractiva. Y a este pensamiento siguió otro: Posiblemente muchas mujeres pensaban lo mismo.

—¡Lance!

Elaine se lanzó corriendo a su encuentro y echándole los brazos al cuello le abrazó con un abandono que Lance encontró altamente inesperado.

—¡Hola! Aquí me tenéis.

La apartó con suavidad.

—¿Ésta es Jennifer?

Jennifer Fortescue le miró con evidente curiosidad.

—Siento que Val se haya entretenido en la ciudad —dijo—. Ahora tiene tanto que hacer. Hay que disponerlo y arreglarlo todo. Y, naturalmente, todo cae sobre Val. Tiene que cuidarse de *todo*. Tú no puedes tener idea de lo que estamos pasando.

—Debe ser terrible para ti —dijo Lance muy serio.

Volvióse a Adela que, sentada en el sofá, con un pedazo de bocado untado con miel en la mano, le contemplaba tranquilamente.

—Claro —exclamó Jennifer—. Tú no conoces a Adela, ¿verdad?

Lance murmuró: «¡Oh, sí!», tomando la mano de Adela entre las suyas. Al inclinarse ante ella la vio parpadear y dejar el bollo sobre la mesita para arreglarse el pelo con gesto muy femenino, que denotaba que en aquella habitación había entrado un hombre. Adela dijo con su voz suave y aterciopelada:

—Siéntate en el sofá, Lance, a mi lado. —Le sirvió una taza de té—. Celebro que hayas venido. Hacía falta otro hombre en esta casa.

—Debéis dejar que haga todo lo que me sea posible por ayudaros —repuso Lance.

—Ya sabes... o tal vez no lo sepas... que hemos tenido aquí a la policía. Ellos creen... ellos creen... —Se interrumpió exclamando apasionadamente—: ¡Oh, es horrible! ¡Horrible!

—Lo sé. —Lance se mostró grave y compasivo—. A decir verdad me recibieron en el aeropuerto de Londres.

—¿La policía fue a esperarte?

—Sí.

—¿Qué te dijeron?

—Pues me contaron lo que había ocurrido —explicó Lance.

—Que le envenenaron —dijo Adela—. Eso es lo que ellos piensan, lo que dicen. No se trata de una intoxicación, sino de un asesinato deliberado. Estoy segura de que creen que hemos sido uno de *nosotros*.

Lance le dirigió una rápida sonrisa.

—Eso es cosa suya —dijo consolándola—. No vale la pena de que nos preocupemos.

¡Qué té tan exquisito! Hacia mucho tiempo que no tomaba buen té inglés.

Todos se contagiaron de su buen humor. Adela dijo de pronto:

—Pero ¿y tu esposa?... ¿No te habías casado, Lance?

—Sí, me he casado. Está en Londres.

—Pero es que... ¿No hubiera sido mejor traerla aquí?

—Hay mucho tiempo por delante para hacer planes —dijo Lance—. Pat... ¡oh!, Pat está muy bien donde está.

Elaine comentó enojada:

—¿No querrás decir...? ¿No pensarás...?

Lance apresuróse a decir:

—¡Qué pastel de chocolate...! Tiene un aspecto magnífico. Voy a tomar un poco.

Y cortándose él mismo un pedazo, preguntó:

—¿Vive todavía tía Effie?

—¡Oh, sí, Lance! No baja nunca, ni come con nosotros, pero está muy bien. Sólo que se está volviendo algo rara.

—Siempre lo fue —dijo Lance—. Subiré a verla después de tomar el té.

—A su edad uno piensa que debiera estar en una de esas casas —musitó Jennifer Fortescue—. Quiero decir, en algún sitio donde la cuidaran convenientemente.

—Dios ayude a las casas de ancianos que tengan a alguna tía Effie entre sus filas —dijo Lance. Y agregó—; ¿Quién es ese dechado de formalidad que me ha abierto la puerta?

Adela se sorprendió.

—¿Es que no te ha abierto Crump, el mayordomo? ¡Oh, no!, me olvidaba. Hoy es su día libre. Pues seguramente Gladys...

Lance la describió.

—Ojos azules, peinada con raya en medio, voz suave...

—Esa —dijo Jennifer— tiene que ser Mary Dove.

—Es quien lleva la casa —explicó Elaine.

—¿Ahora también?

—Es muy útil —comentó Adela.

—Sí —dijo Lance pensativo—. Imagino que debe serlo.

—Pero lo mejor que tiene es que sabe mantenerse en su sitio —prosiguió Adela—. Nunca presume. No sé si me entiendes.

—Mary Dove es muy inteligente —replicó Lance sirviéndose otro pedazo de pastel de chocolate.

Capítulo XII

1

—De modo que has vuelto, como las monedas falsas —dijo la señorita Ramsbatton.

Lance sonrió.

—Como tú dices, tía Effie.

—¡Hum! —gruñó la señorita Ramsbatton—. Has escogido, buena ocasión. Ayer asesinaron a tu padre, y la casa está llena de policías que meten las narices por todas partes, incluso en el cubo de la basura. Les he visto por la ventana. —Hizo una pausa, volvió a gruñir y preguntó: ¿Has venido con tu esposa?

—No. La dejé en Londres.

—En eso has demostrado tener algo de sentido. Yo de ti no la traería a *esta casa*. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—¿A quién? ¿A Pat?

—A cualquiera —repuso la anciana.

Lance Fortescue la contemplaba pensativo.

—¿Tienes alguna idea, tía Effie? —le preguntó.

La señorita Ramsbatton no contestó directamente.

—Ayer vino un inspector a interrogarme —dijo—. No consiguió sacarme gran cosa, pero no era tan tonto como parecía, ni muchísimo menos. —Y agregó con indignación—: Si tu padre supiera que su casa está llena de policías... sería capaz de salir de su tumba. Aún me acuerdo del alboroto que armó cuando supo que yo había asistido a varias funciones de la Iglesia Anglicana. Y estoy segura que *aquello* no era nada comparado con todo esto.

En otras circunstancias, Lance sé hubiera reído, mas su rostro alargado y moreno permaneció grave.

—¿Sabes? Estoy bastante a oscuras, después de haber estado fuera tanto tiempo. ¿Qué ha ocurrido por aquí últimamente?

La señorita Ramsbatton alzó los ojos al cielo.

—Impiedades —dijo con firmeza.

—Sí, sí, tía Effie, sabía que dirías eso, pero ¿por qué cree la policía que papá haya sido asesinado aquí, en esta casa?

—El adulterio es una cosa y un crimen otra muy distinta —repuso la anciana—. No quisiera pensar eso de ella, no quisiera.

Lance preguntó muy intrigado:

—¿Adela?

—Mis labios están sellados —replico la señorita Ramsbatton.

—Vamos, tía —dijo Lance—. Es una bonita frase, pero no significa nada. ¿Adela tenía algún amigo? ¿Es que imaginan que Adela y su amiguito le pusieron beleño a mi padre en el té del desayuno?

—Te aconsejo que no bromees.

—No estoy bromeando.

—Te diré una cosa —dijo de pronto la anciana—. Creo que esa chica sabe algo de esto.

—¿Qué chica? —Lance estaba sorprendido.

—Ésa que siempre está sorbiendo. La que tenía que haberme subido el té esta tarde, —pero no lo hizo. Dicen que se ha marchado sin permiso de nadie. No me extrañaría que hubiese ido a hablar con la policía. ¿Quién te ha abierto la puerta?

—Creo que una señorita llamada Mary Dove. Muy suave y humilde... en apariencia. ¿Es ésa la que ha ido a ver a la policía?

—Ella no iría a hablar con la policía —replicó la señorita Ramsbatton—. No; me refiero a esa tonta de la doncella. Se ha pasado todo el día brincando y moviéndose como un conejo. «¿Qué es lo que te pasa?», le pregunté. «¿Es que tienes remordimientos?». Y me respondió: «Yo no hice nada... y yo nunca haría una cosa así». «Espero que no», le dije. «Pero hay algo que te preocupa, ¿no es así?». Entonces empecé a sorber y a decir que ella no quería complicar a nadie, y que estaba segura de que todo debía ser un error. Yo entonces le dije: «Ahora, pequeña, di la verdad y desahógate». Eso es lo que le dije. «Ve a hablar con la policía y cuéntales todo lo que sepas, porque ningún bien puedes hacer ocultando la verdad, por desagradable que ésta sea». Luego estuvo diciendo una serie de tonterías... que no podía acudir a la policía porque nunca la creerían y qué podía decirles. Terminó asegurando que no sabía nada de nada.

—Tal vez sólo haya querido darse importancia —insinuó Lance.

—No. Estaba realmente asustada. Supongo que vio u oyó algo que le dio alguna idea. Puede que sea importante, o tal vez no tenga la menor trascendencia.

—¿No crees que pudiera guardarle rencor a papá y...? —Lance vacilaba.

—No es una de esas chicas en las que tu padre hubiera reparado. Ningún hombre se fija mucho en ella, pobrecilla. ¡Ah!, es mucho mejor así para una mujer. Casi me atrevo a asegurarlo.

Esta cuestión no era del interés de Lance, que se apresuró a preguntar:

—¿Crees que haya ido al puesto de policía?

—Sí. Y no habrá querido decir nada a nadie, por temor a que alguien la oyera.

—¿Crees que puede haber visto a alguien manipulando en los alimentos?

Tía Effie le dirigió una rápida mirada.

—Es posible, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí. —Y agregó a modo de disculpa—: Todo esto me resulta tan

inverosímil. Como una historia detectivesca.

—La mujer de Percival es enfermera —dijo la señorita Ramsbatton.

El comentario parecía tener cierta relación con sus anteriores insinuaciones y Lance la miró con expresión intrigada.

—Las enfermeras de los hospitales están acostumbradas a manejar drogas —explicó.

—Pero ese veneno... taxina..., ¿se emplea en Medicina?

—Creo que lo sacan de los tejos. Algunas veces los niños comen esos frutos por descuido y se ponen gravísimos. Recuerdo un caso cuando era pequeña. Me causó gran impresión. No lo he olvidado. Las cosas que se recuerdan a veces resultan útiles.

Lance alzó las cejas.

—El afecto natural es una cosa —continuó la señorita Ramsbatton—, y supongo que yo siento tanto como los demás, pero no voy a transigir con la perfidia. La maldad debe ser aniquilada.

—Se ha marchado sin decirme palabra —decía la señora Crump, alzando su rostro acalorado de la masa que extendía sobre el mármol—. Marcharse sin decir una palabra a nadie. ¡La muy ladina! Tuvo miedo de que no la dejaran irse y vaya si *se lo hubiera impedido* si la pescó. ¡Vaya una ocurrencia! Con la muerte del señor, y el señorito Lance viniendo a esta casa de la que falta desde hace tantos años, voy yo y le digo a Crump: «Tenga o no el día libre, yo sé cuál es mi obligación». Hoy no vamos a dar una cena fría como todos los jueves, sino como es debido. Un caballero que llega del extranjero con su esposa, que pertenece a la aristocracia... tiene que encontrar las cosas bien hechas. Usted ya me conoce, señorita, sabe que tengo mi orgullo.

Mary Dove, que escuchaba aquellas confidencias, asintió con la cabeza.

—¿Y qué es lo que me contestó Crump? —La cocinera alzó la voz—. «Es mi día libre y voy a salir», eso es lo que dijo. «Y al cuerno la aristocracia». No tiene el menor orgullo profesional. De modo que se marchó y yo le dije a Gladys qué tendría que arreglárselas sola. Lo único que respondió fue; «Está bien, señora Crump», y en cuanto doy media vuelta, *se larga*. Al fin y al cabo, no era *su* día de salida. *Ella* sale los viernes. ¿Cómo vamos a componérnoslas ahora? ¡No lo sé! Gracias a Dios, el señorito Lance no ha traído a su esposa.

—Ya lo arreglaremos, señora Crump, si simplifica un poco el menú. —La voz de Mary Dove era a la vez consoladora y autoritaria. Y le hizo algunas sugerencias. La señora Crump asentía de mala gana—. Creo que podré atender a la mesa con toda facilidad —concluyó Mary.

—¿Quiere decir que usted servirá, señorita? —La señora Crump no parecía muy convencida.

—Lo haré, si Gladys no regresa a tiempo.

—No volverá —dijo la señora Crump—. Estará callejeando, y gastándose el dinero en las tiendas. Ahora tiene novio, aunque cueste creerlo. Se llama Alberto. Me dijo que piensan casarse para la primavera. Esas chicas no saben lo que es el matrimonio. ¡Lo que yo he tenido que pasar con Crump! —Suspiró y luego dijo en tono normal—: ¿Y qué hay del té, señorita? ¿Quién lo retirará y lavará las tazas?

—Yo —repuso Mary—. Iré ahora mismo.

Todavía no se habían encendido las luces de la sala, a pesar de que Adela Fortescue seguía sentada en el sofá tras la mesita del té.

—¿Quiere que encienda la luz, señora Fortescue? —preguntó Mary, sin obtener respuesta.

Mary hizo girar el interruptor y luego dirigióse a la ventana para cerrar las cortinas.

Y sólo entonces, cuando volvió la cabeza, vio el rostro de la mujer caída sobre los almohadones. A su lado había un bollito untado de miel a medio comer y su taza de té estaba medio llena. La muerte había sorprendido a Adela Fortescue repentinamente.

—¿Y bien? —preguntó el inspector Neele impaciente.

El doctor repuso con toda prontitud:

—Cianuro... cianuro potásico, lo más probable... en el té.

—Cianuro —murmuró Neele.

El doctor le miraba con cierta curiosidad.

—Lo está tomando muy a pecho... ¿hay alguna razón especial?

—La creíamos una asesina —replicó Neele.

—Y ha resultado ser la víctima. ¡Hum! Ahora tendrá que empezar de nuevo, ¿verdad?

Neele asintió con rostro grave y las mandíbulas apretadas.

¡Envenenada! Y ante sus mismas narices. Taxina en el desayuno de Rex Fortescue, y cianuro en el té de Adela Fortescue. Seguía siendo un asunto familiar. O por lo menos lo parecía.

Adela Fortescue, Jennifer Fortescue, Elaine Fortescue y el recién llegado Lance Fortescue, habían tomado el té en la biblioteca. Lance había subido a ver a la señorita Ramsbatton, Jennifer a su habitación a escribir unas cartas. Elaine fue la última en abandonar la biblioteca. Según ella, Adela parecía encontrarse en perfecto estado de salud y acababa de servirse la última taza de té.

¡La última taza de té! Sí, desde luego *había sido* la última.

Y después de esto, un espacio en blanco de veinte minutos, hasta que Mary Lo ve había entrado en la estancia y descubierto al cadáver.

Y durante esos veinte minutos...

El inspector Neele agitó la cabeza y se encaminó a la cocina.

La gruesa figura de la señora Crump, que ya no se mostraba beligerante, apenas se movió al verle entrar.

—¿Dónde está esa chica? ¿No ha vuelto todavía?

—¿Gladys? No... no ha vuelto... Ni volverá, supongo, hasta las once.

—¿Dice usted qué preparó el té y lo sirvió?

—Yo no lo toqué. Dios lo sabe. Y lo que es más, no creo que Gladys hiciera nada que no debiera. Nunca haría una cosa así... Gladys es una buena chica, señor... un poco tonta... eso es todo... pero mala no.

No, Neele no pensaba que Gladys fuera una mala chica; ni podía imaginarla envenenando a nadie. Y de todos modos no se encontró cianuro en la tetera.

—¿Pero por qué se marchó tan de repente? Usted dijo que hoy no le tocaba salir.

—No, señor. Mañana es su día libre.

—¿Y Crump...?

La agresividad de la cocinera volvió a resurgir, y su voz se elevó notablemente.

—No meta a Crump en esto. Crump no tiene nada que ver. Se marchó a las tres... y ahora me alegro de que lo hiciera. Estaba tan lejos de aquí como el propio señorito Percival.

Percival Fortescue acababa de regresar de Londres... siendo recibido por las sorprendentes noticias de esta segunda tragedia.

—Yo no iba a acusar a Crump —repuso Neele de buen talante—. Sólo me preguntaba si sabía algo de los planes de Gladys.

—Se había puesto sus mejores medias —dijo la señora Crump—. Debía tramar algo. ¡No me diga! Si ni siquiera se entretuvo en preparar bocadillos para el té. ¡Oh, sí!, debía llevar algo entre manos. *Ya me oirá* cuando vuelva...

—Cuando vuelva...

Una ligera inquietud apoderóse de Neele, y para librarse de ella subió al dormitorio de Adela Fortescue. Era una habitación muy lujosa... cortinas de brocado rosa, y una gran cama dorada, una de las puertas daba a un cuarto de baño de grandes espejos cuya bañera era de porcelana color orquídea. Más allá del cuarto de baño y por una puerta de comunicación, se llegaba al vestidor de Rex Fortescue. Neele volvió al dormitorio de Adela, y por la puerta del lado opuesto penetró en su saloncito.

Aquella habitación estaba amueblada al estilo Imperio, y la mullida alfombra era de color rosa, Neele sólo le echó una ojeada, puesto que ya le había dedicado toda su atención el día anterior... y especialmente al elegante escritorio.

No obstante, algo llamó su atención. En el centro de la alfombra había una partícula de barro.

Neele inclinóse para recogerlo. Todavía estaba húmedo.

Miró a su alrededor... no se veía huella alguna... sólo aquel diminuto fragmento de barro.

El inspector Neele contempló el dormitorio que ocupaba Gladys Martin. Eran más de las once... Crump había regresado hacia media hora... pero Gladys seguía sin dar señales de vida. El inspector Neele miró a su alrededor. Sea cual fuera la educación recibida, era evidente que su instinto natural era el desorden. La cama estaba a medio hacer, y las ventanas entreabiertas... Sin embargo, los hábitos personales de Gladys no le interesaban de momento. Y comenzó a inspeccionar sus pertenencias.

Estas consistían en su mayor parte en ropas baratas y bastante usadas. Había muy poca cosa aprovechable o de buena calidad. Ellen, la doncella mayor, que había subido para ayudarlo, no pudo decir qué vestido faltaba, ya que no sabía los que tenía Gladys. Luego pasaron revista al contenido de los cajones donde la joven guardaba sus tesoros. Había postales y recortes de periódicos sobre el modo de confeccionar un jersey, consejos de belleza, modistería y orientaciones sobre la moda.

El inspector Neele los fue clasificando en varias categorías. Las postales, consistían en su mayor parte en vistas de varios lugares donde seguramente debió pasar sus vacaciones. Entre ellas había tres firmadas « Bert », Bert debía ser el « joven » a quien se refirió la señora Crump. La primera decía: « Todo va bien. Te echo mucho de menos. Siempre tuyo, Bert ». La segunda: « Por aquí hay muchas chicas bonitas, pero ninguna que pueda compararse contigo. Te veré pronto. No olvides nuestra cita. Y recuerda que después de esto... viviremos siempre felices ». Y la tercera simplemente: « No lo olvides. Confío en ti. Te quiere, B. »

Luego, Neele fue revisando los recortes de periódicos y ordenándolos en tres montones. En uno fue poniendo los que hablaban de modas y belleza, en otros los de cine, cuyo tema era la vida de las estrellas y a los que Gladys parecía muy aficionada, como también se sentía atraída por las maravillas de la ciencia. Encontró recortes acerca de los platillos volantes, armas secretas, drogas empleadas por los rusos para obligar a confesar, y otras descubiertas por doctores americanos. Toda la fascinación de nuestro siglo veinte. Pero en aquella habitación no había nada que pudiera darle una pista para conocer el motivo de su desesperación. No escribía su diario, ni esperaba que así fuese, pero era una remota posibilidad. Ni encontró ninguna carta a medio escribir donde explicara algo que viera en la casa y que pudiese tener relación con la muerte de Rex Fortescue. Sea lo que fuere lo que había visto u oído, no había el menor rastro para averiguarlo. Aún quedaba por descifrar por qué la segunda bandeja se había quedado en el vestíbulo, y por qué Gladys desapareció tan de repente.

Con un suspiro, Neele abandonó la estancia, cerrando la puerta tras sí.

Al disponerse a descender la pequeña escalera de caracol oyó un ruido de pasos

precipitados procedentes del piso inferior.

El rostro agitado del sargento Hay le miró desde el pie de la escalera, y jadeando le dijo:

—Señor. ¡Señor! La hemos encontrado...

—¿Encontrado?

—Ha sido la doncella, señor... Ellen... recordó que no había recogido la ropa que estaba tendida... delante de la puerta posterior. De modo que salió con una linterna para cogerla y casi se cae encima de ella... estaba estrangulada... con una media alrededor del cuello... Lleva muerta unas cuatro horas. Y, señor..., es una broma malvada... tenía *una pinza de la ropa en la nariz...*

Capítulo XIII

Una anciana que viajaba en un tren había comprado tres periódicos de la mañana, y cada uno de ellos, cuando los hubo leído y vuelto a doblar dejándolos sobre el asiento, mostraron los mismos titulares. Ya no se trataba de un párrafo pequeño escondido en algún rincón del periódico. La triple tragedia de Villa del Tejo aparecía en letras mayúsculas y en primera página.

La anciana señora, sentada muy erguida, miraba por la ventanilla con los labios apretados y una expresión de disgusto en su rostro blanco y sonrosado, surcado de arrugas. La señorita Marple había salido de Saint Mary Mead en el primer tren, haciendo transbordo en el empalme para dirigirse a Londres, y allí tomó otro tren para dirigirse a Baydon Heath.

Una vez en la estación, llamó a un taxi dando orden al chofer de que la llevara a Villa del Tejo. La señorita Marple era una viejecita tan encantadora, inocente, blanca y sonrosada, que consiguió entrar en aquella casa, ahora convertida en una fortaleza en estado de sitio, con mucha más facilidad de lo que nadie hubiera creído. A pesar de que un ejército de periodistas y fotógrafos quedó detenido en la verja por la policía, la señorita Marple pudo llegar a la puerta principal sin que le hicieran la menor pregunta, pues nadie consideró que pudiera ser otra cosa que una anciana pariente de la familia.

La señorita Marple pagó el taxi contando cuidadosamente cada moneda, y luego hizo sonar el timbre. Crump abrióle la puerta y la señorita Marple le dirigió una mirada experta.

«Ojos esquivos —dijose—. Y está asustadísimo».

Crump vio a una anciana alta y delgada, con un traje sastre anticuado, un par de chalinas y un sombrero de fieltro con un ala de pájaro, cargada con un enorme bolso y una maleta pasada de moda, pero de buena calidad, que depositó en el suelo. Crump, que sabía distinguir a una señora en cuanto la veía, dijo con su tono más respetuoso:

—¿Diga, señora?

—¿Podría ver a la señora, por favor? —dijo la señorita Marple.

Crump se retiró para dejarla pasar, y cogiendo su maleta la depositó en el recibidor.

—Bien, señora —dijo el mayordomo vacilando—, pero no sé exactamente...

La señorita Marple le ayudó.

—He venido para hablar de esa pobre chica que ha sido asesinada, Gladys Martin.

—¡Oh!, ya a comprendo, señora. Bien, en ese caso... —se interrumpió mirando hacia la puerta de la biblioteca, donde acababa de aparecer una mujer alta—. Es la esposa del señor Lance Fortescue, señora —dijo.

Pat acercóse a la señorita Marple; ésta no esperaba encontrar en aquella casa a nadie como Patricia Fortescue. El interior era como lo había imaginado, pero Pat no cuadraba

en aquel marco.

—Se trata de Gladys, señora —dijo Crump a modo de explicación.

—¿Quiere pasar aquí? —Pat habló con cierta vacilación—. Estaremos solas.

Volvió a entrar en la biblioteca y la señorita Marple la siguió.

—¿Quería hablar con alguien en especial? —dijo Pat—. Porque tal vez yo no le sirva de mucho. Mi esposo y yo acabamos de llegar de África hace muy pocos días, y apenas sabemos nada del manejo de la casa. Puedo ir a buscar a mi cuñada o a la esposa de mi cuñado.

A la señorita Marple le agradó aquella joven... tan seria y sencilla. Por alguna extraña razón la compadecía. Se daba cuenta de que estaría más a sus anchas entre caballos y perros, que no en aquella casa tan ricamente amueblada. En las gymkamas y concursos hípicas de los alrededores de Saint Mary Mead, la señorita Marple había conocido a muchas País y sabía como eran. Sentíase a sus anchas en compañía de aquella joven de aspecto desgraciado.

—La verdad; es bien sencillo —dijo la señorita Marple quitándose los guantes y alisándolos—. Leí en los periódicos que Gladys Martin había sido asesinada. Y, naturalmente, yo conozco toda su vida. Ella era del mismo pueblecito. Yo misma la enseñé a servir. Y puesto que le ha ocurrido algo tan terrible, sentí... bueno, que debía venir y ver si hay algo que yo pueda hacer.

—Sí —dijo Pat—. Claro, ya comprendo. La señorita Marple la miró con renovada simpatía.

—Creo que ha hecho muy bien en venir —continuó diciendo Pat—. Al parecer nadie la conocía mucho. Quiero decir que no sabemos si tiene parientes...

—No —repuso la señorita Marple—, claro que no. No tiene a nadie. Me la enviaron del orfanato de Santa Fe. Es un establecimiento muy bueno, aunque muy falto de fondos. Allí hacemos todo lo posible por dar educación a las chicas. Me la enviaron cuando tenía diecisiete años y yo le enseñé a servir la mesa, limpiar la plata y todas esas cositas. Claro que no estuvo mucho tiempo conmigo. En cuanto tuvo un poco de experiencia, se colocó en un café. Casi todas las chicas persiguen eso. Creen que así tendrán más libertad y una vida más alegre. Tal vez tengan razón. La verdad, yo no lo sé.

—No llegué a conocerla —dijo Pat—. ¿Era bonita?

—¡Oh, no!, en absoluto, y con muchas pecas. Además era bastante estúpida. No creo que ni siquiera hiciese muchas amistades en ninguna parte. A la pobre le gustaban mucho los hombres, pero ellos no se fijaban en ella, y las otras chicas tampoco la hacían mucho caso.

—Eso me parece un poco cruel —dijo Pat.

—Sí, querida —repuso la señorita Marple—. La vida es cruel. La verdad es que uno nunca sabe qué hacer con las chicas como Gladys. Les gusta ir al cine y demás, pero siempre están pensando en cosas imposibles que nunca les van a ocurrir. Tal vez eso constituya una cierta clase de felicidad, pero luego sufren decepciones. Yo creo que

Gladys se desengañó de la vida de los cafés y restaurantes. No le sucedió nada interesante ni novelesco, y es probable que por eso volviera a servir. ¿Sabe usted cuánto tiempo llevaba aquí?

—No mucho. Sólo un mes o dos. —Pat hizo una pausa antes de proseguir—. Parece tan horrible e inútil el que haya muerto mezclada en todo esto. Supongo que debió haber visto u oído alguna cosa.

—Lo que realmente me ha preocupado es lo de la pinza de la ropa —dijo la señorita Marple con su gentil vocecita.

—¿La pinza de la ropa?

—Sí. Lo leí en el periódico. Supongo que es cierto. Dicen que la encontraron con una pinza de la ropa en la nariz.

Pat asintió en silencio y las mejillas de la señorita Marple se colorearon.

—Eso —es lo que me ha puesto furiosa, no sé si me comprende, querida. Ha sido un pesio cruel y desdeñoso. Y me da una especie de retrato del asesino. ¡Hacer una cosa semejante! Es una perversidad ultrajar la dignidad humana. Particularmente tratándose de un muerto.

—Creo que sé lo que quiere usted decir —dijo Pat despacio. Se puso en pie—. Será mejor que vea al inspector Neele. Es el encargado de este caso y ahora está aquí. Creo que le agradará. Es muy humano. —Se estremeció—. Todo esto es una pesadilla terrible. Insubstancial. Una locura.

—Yo no diría eso —replicó la señorita Marple—. No, no lo diría.

El inspector Neele parecía cansado y ojeroso Tres muertes y la Prensa de todo él país husmeando el rastro. Un caso que parecía ir adquiriendo buena forma y de pronto todo a paseo. Adela Fortescue, la principal sospechosa, era ahora la segunda víctima de un incomprensible caso de asesinato. A última hora de aquel día fatal, el subcomisario de policía había enviado a buscar a Neele, y los dos hombres estuvieron charlando hasta bien entrada la noche.

A pesar de su disgusto, o por encuna de él, el inspector Neele sentía cierta satisfacción. Aquel esquema de la esposa y el amante era demasiado claro, demasiado sencillo, y nunca confió plenamente en ello. Ahora su desconfianza estaba justificada.

—Este caso ha adquirido un aspecto completamente distinto —decía el subcomisario paseando de un lado a otro de la estancia, con el ceño fruncido—. Neele, a mí me parece que tenemos que habérnoslas con algún perturbado mental. Primero el marido, luego la mujer. Pero las mismas circunstancias del caso parecen demostrar que se trata de un hecho familiar... tiene que ser alguien que vive en la casa... que se sentó a desayunar con Fortescue y le puso taxina en el café o en los alimentos... Alguien que aquel día tomó el té con la familia y echó cianuro en la taza de Adela Fortescue. Una persona en quien todos confían, que no llama la atención... en fin, uno de la familia. ¿Cuál de ellos, Neele?

—Percival no estaba allí, de modo que vuelve a quedar eliminado —dijo Neele.

El subcomisario le miraba fijamente.

—¿Cuál es su idea, Neele? Suéltela, hombre.

—Nada, señor. Ni siquiera llega a eso. Todo lo que digo es que resulta muy conveniente para él.

—Tal vez demasiado, ¿verdad? —El subcomisario reflexionó, meneando la cabeza—. ¿Usted piensa que pudo arreglárselas de algún modo? No veo cómo, Neele. No. No lo veo. Además, es un tipo prudente.

—Pero muy inteligente, señor.

—Usted no sospecha de las mujeres. ¿No es eso? No obstante, son las más sospechosas. Elaine Fortescue y la esposa de Percival. Estuvieron desayunando con él y luego tomando el té con Adela. Pudo haber sido cualquiera de las dos. ¿No hay algún signo de anormalidad? Bien, no siempre se saben esas cosas. Puede que haya algo en su informe médico y que pertenezca al pasado.

El inspector Neele no respondió. Pensaba en Mary Dove. No tenía razón alguna para sospechar de ella, pero ése fue el derrotero que tomaron sus pensamientos. En ella había algo de inexplicable y poco satisfactorio, un ligero antagonismo... como si se estuviera divirtiendo. Ésa fue su actitud ante la muerte de Rex Fortescue. ¿Cuál era la de ahora? Su comportamiento y maneras fueron siempre ejemplares. Ya no demostraba el menor regocijo, ni hostilidad, pero una o dos veces le pareció haber visto en sus ojos una sombra de temor. Claro que se equivocó con respecto a Gladys Martin atribuyendo su confusión a un natural nerviosismo ante la presencia de la policía. Pero en aquel caso se trataba de mucho más. Gladys había visto u oído algo que levantó sus sospechas. Probablemente algo tan vago e indefinido que apenas se atrevía a hablar de ello Y ahora, la pobrecilla, ya no volvería a hablar.

El inspector Neele miró con cierto interés el rostro serio y amable de la anciana sentada ante él en Villa del Tejo. Al principio no supo cómo tratarla, pero se resolvió rápidamente. La señorita Marple podía resultarle útil. Era una persona de rectitud impecable y tenía, como otras damas de su edad, mucho tiempo y un oído especial para pescar fragmentos de conversaciones. Tal vez ella lograra sonsacar algunas cosas a los criados y a las mujeres de la familia Fortescue, que nunca conseguirían ni él ni sus policías. Conversaciones, conjeturas, recuerdos, repetición de hechos y de dichos, y de todo ello recoger lo más saliente. De modo que el inspector Neele estuvo de lo más amable.

—Ha sido un acierto extraordinario el que haya venido aquí señorita Marple —le dijo.

—Era mi deber, inspector Neele. Esa muchacha había vivido en mi casa. Y en cierto modo me siento responsable de ella. Ya sabe, ¡era tan tonta la pobre!

El inspector Neele la contemplaba apreciativamente.

—Sí —dijo—, exacto.

Se daba cuenta de que había dado de lleno en la cuestión.

—Nunca sabía lo que debía hacer —dijo la señorita Marple—. Quiero decir cuando se le presentaba algo. ¡Oh, Dios mío, qué mal me explico!

El inspector Neele quiso darle a entender que la había comprendido.

—Carecía de la menor capacidad para decidir lo que era o no importante, ¿no es eso lo que quiere decir?

—¡Oh, sí, exactamente, inspector!

—Al decir que era tonta... —el inspector se interrumpió.

La señorita Marple cogió en seguida el hilo.

—Era de esas chicas crédulas... que darían sus ahorros a cualquier desaprensivo... si los tuviera claro. Ella nunca ahorra un céntimo, por que se los gastaba todos *en* trapos.

—¿Y qué tal era con los hombres?

—Estaba muy enamorada de un joven —replicó la anciana—. Creo que por eso dejó Saint Mary Mead. Allí hay mucha competencia. Los hombres escasean. Se hizo algunas ilusiones con el chico que reparte el pencado. Fred siempre tiene una palabra amable para todas las chicas, pero claro, eso no significa nada. Eso contrariaba mucho a la pobre Gladys. No obstante, creo que al fin consiguió un novio, ¿verdad?

—Eso parece —repuso el inspector—. Alberto Evans creo que se llama. Al parecer lo conoció en un pueblo —cito de veraneo. No le había regalado anillo ni nada por el estilo, de modo que muy bien pudieran ser imaginaciones de la pobre chica. Dijo a la cocinera que era ingeniero de minas.

—Eso parece *poco* probable, pero me atrevo a asegurar que es lo que él *le diría*. Como le digo, creía cualquier cosa. ¿Le relaciona lo ocurrido?

—No. No creo que existan complicaciones de esa clase. Por lo visto nunca la había visitado. Le enviaba alguna postal de vez en cuando, por lo general desde algún puerto... a lo mejor era el cuarto maquinista de un barco de esos que van al Báltico.

—Bueno —dijo la señorita Marple— Celebro que tuviera un pequeño episodio amoroso. Puesto que ha tenido que morir así... —Apretó los labios—. ¿Sabe, inspector? Eso me pone furiosa, muy furiosa. —Y agregó lo que ya dijera a Pat Fortescue—. Sobre todo lo de la pinza de la ropa. Eso, inspector... fue un detalle malvado.

El detective la miraba con interés.

—La comprendo perfectamente, señorita Marple.

—Quisiera saber... supongo que debe ser una gran pretensión por mi parte... pero si pudiera ayudarle a mi modo... sencillo y muy *femenino*. Este asesino es un ser perverso, inspector Neele, y la maldad debe encontrar su castigo.

—Señorita Marple, hoy en día esa creencia resulta pasada de moda, y no es que yo no opine como usted.

—Hay un hotel cerca de la estación, el Hotel Golf, ¿verdad? —dijo la señorita Marple tanteando—, y creo que en esta casa vive una tal señorita Ramsbatton, que se interesa por las Misiones extranjeras.

El policía miró a la señorita Marple con respeto.

—Sí —replicó—. Es posible que por ahí consiga averiguar algo. Yo no puedo decir que haya tenido mucho éxito con esa dama.

—Es usted muy amable, inspector Neele. Celebro mucho que no me considere simplemente una cazadora de emociones.

El detective tuvo que sonreír, pensando que la señorita Marple no correspondía a la idea popular de una furia vengativa. Y no obstante, tal vez fuese eso exactamente.

—Los periódicos son muy sensacionalistas en sus relatos —dijo la señorita Marple—, pero me temo que no tan exactos como sería de desear. Si uno pudiera estar seguro de conocer bien los hechos.

—Son como creo que ya los conoce usted —dijo Neele—. Dejando aparte las frases sensacionalistas, son esto: El señor Fortescue murió en su despacho por haber ingerido taxina. La taxina se obtiene de las hojas y frutos de los tejos.

—Muy a propósito —comentó la señorita Marple.

—Sí, pero no tenemos pruebas, es decir, hasta ahora. —Lo recalcó porque pensaba que en eso podía serle útil la señorita Marple. De haberse hecho alguna cocción o brebaje con los frutos u hojas de los tejos era la más adecuada para dar con el rastro. Era de esas viejas solteronas que saben hacer licores caseros, cordiales e infusiones de hierbas, y por lo tanto conocen los métodos de preparación y elaboración.

—¿Y la señora Fortescue?

—La señora Fortescue había tomado el té con la familia en la biblioteca. La última persona que abandonó la estancia fue la señorita Elaine Fortescue, su hijastra, quien declara que al marcharse ella la señora Fortescue se estaba sirviendo otra taza de té. Unos veinte minutos después, la señorita Dove, el ama de llaves, entró para retirar el servicio. La señora Fortescue seguía sentada en el sofá, pero estaba muerta. Junto a ella había una taza de té mediada y entre los posos encontraron cianuro potásico.

—Cuya acción es casi instantánea, según tengo entendido —concluyó la señorita Marple.

—Exacto.

—Ésas son cosas tan peligrosas —murmuró la señorita Marple— como el manejar avisperos; pero yo siempre tengo mucho, mucho cuidado.

—Tiene usted razón —repuso Neele—, encontramos un paquete en el cobertizo del jardín.

—También muy a propósito —dijo la señorita Marple, agregando—: ¿La señora Fortescue estaba comiendo algo?

—¡Oh, Sí! Tomaron un té completo.

—¿Pasteles, supongo? ¿Pan y mantequilla? ¿Tal vez bollitos? ¿Mermelada? ¿Miel?

—Sí, hubo miel, bollitos, pastel de chocolate, brazo de gitano, y varias cosas más —la miró con curiosidad—. El cianuro potásico estaba en el té señorita Marple.

—¡Oh, sí, sí! Ya lo sé. Sólo estaba tratando de reproducir la escena, por así decir.

Bastante significativo, ¿no le parece?

Neele la miraba intrigado. Tenía las mejillas arreboladas y le brillaban los ojos.

—¿Y el tercer crimen, inspector?

—Bien, los hechos están asimismo bastante claros. Gladys entró la bandeja, luego llegó con la otra hasta el vestíbulo, pero la dejó allí. Al parecer, aquel día estaba bastante distraída. Después no volvió a verla nadie. La cocinera saca la conclusión de que salió sin pedir permiso a nadie. Creo que basa esta opinión en el hecho de que Gladys se había puesto sus mejores medias de nylon y zapatos. Sin embargo, parece que se equivoca. La chica debió recordar de pronto que no había recogido la ropa que estaba tendida en la parte de atrás del jardín, y corrió a hacerlo. Por lo visto llevaba recogida la mitad cuando alguien, sorprendiéndola, le arrojó una media al cuello y... bueno, eso es todo.

—¿Alguien que venía del exterior? —preguntó la señorita Marple.

—Tal vez. Pero también pudo salir de la casa... si estuvo aguardando la oportunidad de encontrarla sola. La muchacha estaba intranquila y nerviosa la primera vez que la interrogué, pero me temo que no supimos darle importancia.

—¡Oh!, pero ¿cómo iban a imaginárselo? —exclamó la señorita Marple—. Muchas personas se muestran nerviosas y parecen culpables cuando las interroga la policía.

—Eso es. Pero esta vez, señorita Marple, fue más que eso. Creo que Gladys había sorprendido a alguien realizando una acción que según ella necesitaba explicarse. Creo que no pudo ser nada definitivo, de otro modo, *lo hubiese* dicho. Pero me parece que debió traicionarse ante la persona en cuestión, y ésta dióse cuenta de que Gladys constituía un peligro.

—Y por eso la estrangularon y pusieron una pinza en su nariz —murmuró la señorita Marple casi para su coleteo.

—Sí, fue un detalle desagradable. Un gesto grotesco y morboso. Una bravata cruel e innecesaria.

La señorita Marple meneó la cabeza.

—No tan innecesaria. De este modo todo concuerda, ¿no es así?

El inspector la miraba extrañado.

—No la entiendo, señorita Marple. ¿Qué quiere usted decir?

La anciana enrojeció.

—Bueno, quiero decir que eso parece... no sé si me comprende... bien, uno no puede apartarse de los hechos, ¿verdad?

—Creo que no la comprendo.

—Bueno, quiero decir... primero tenemos al señor Fortescue. Rex Fortescue es asesinado en su despacho de la ciudad. Y luego a la señora Fortescue, sentada en la biblioteca tomando té... con bollitos de *miel*. Y por último a la pobre Gladys con la pinza en la nariz. Todo *indica* lo mismo. La encantadora esposa de Lance Fortescue me dijo que no tenía la menor ilación, pero yo no puedo estar de acuerdo con ella, porque me acuerdo de la canción.

—No creo... —dijo el inspector, despacio.

La señorita Marple continuó a toda prisa.

—Supongo que debe tener usted unos treinta y cinco o treinta seis años, ¿verdad, inspector Neele? Creo que hubo una reacción por esa época contra las canciones infantiles Pero cuando una ha sido educada a la antigua... quiero decir que resulta altamente significativo, ¿verdad? Lo que yo querría saber... —La señorita Marple hizo una pausa luego pareció armarse de valor y prosiguió valientemente—: Ya sé que es una impertinencia por mi parte decirle una cosa así...

—Por favor, diga lo que sea, señorita Marple.

—Bueno, es usted muy amable. Lo diré. A pesar de que como le digo lo hago con todos mis respetos, porque sé que soy muy vieja y bastante tonta, y mis ideas no valen mucho, pero lo que quiero decirle es esto. ¿Ha investigado usted el asunto de los mirlos?

Capítulo XIV

1

Durante tres segundos el inspector Neele contempló a la señorita Marple presa del mayor asombro. Lo primero que se le ocurrió fue que la pobre señora había perdido la razón.

—¿Mirlos?—repitió.

—Sí—respondió la anciana, recitando a continuación:

*Canta el canto de dos reales, del puñado de centeno,
De los veinticuatro mirlos dentro de un pastel relleno.
Se abrió el pastel, y los mirlos se pusieron a cantar:
¿No era un plato delicioso, para el rey desayunar?
Recontando su tesoro, se hallaba en palacio el rey.
La reina estaba en la sala, comiendo empanada y miel.
Y andaba colgando ropa, la doncella en el jardín.
Cuando un pájaro volando, fue y le arrancó la nariz.*

—¡Cielo santo! —exclamó el inspector.

—Quiero decir que todo concuerda —dijo la señorita Marple—. *Tenia* centeno en el bolsillo, ¿no es así? Lo decía uno de los periódicos. Los otros sólo decían grano, que no significa nada... pudo ser maíz o trigo... incluso cebada... pero *era centeno*.

El inspector asintió.

—Pues ahí lo tiene —continuó la señorita Marple triunfante—. Rex Fortescue. Rex significa *rey*. En su *palacio*. Y la señora Fortescue es la reina que estaba en la sala comiendo empanada y miel. Y por eso, naturalmente, el asesino tuvo que poner la pinza en la nariz de la pobre Gladys.

—¿Quiere usted decir que todo fue realizado según la canción?

—Bueno, no debemos llegar a ninguna conclusión... pero desde luego es muy extraño. Y usted debe hacer averiguaciones acerca de los mirlos. ¡Porque *debe* haberlos! En aquel preciso momento entró el sargento Hay diciendo con toda urgencia:

—Señor...

Interrumpióse al ver a la señorita Marple. El inspector, recobrándose, dijo:

—Gracias, señorita Marple. Ya me ocuparé de ello. Y puesto que se interesa por esa

muchacha tal vez le guste echar un vistazo a las cosas que había en su habitación. El sargento Hay la acompañará.

La solterona salió de la estancia.

—¡Mirlos! —masculló el inspector.

El sargento Hay le miraba extrañado.

—Sí, Hay. ¿Qué es ello?

—Señor —dijo el sargento, nervioso—. Mire esto.

Y le entregó un objeto envuelto en un pañuelo algo sucio.

—Lo encontramos entre los arbustos —explicó el sargento—. Debieron arrojarlo desde una de las ventanas posteriores.

Desenvolvió el objeto sobre el escritorio, y el inspector inclinándose hacia delante lo inspeccionó con creciente interés. Se trataba de un tarro casi lleno de mermelada.

Neele lo miraba sin pronunciar palabra. Su rostro había adquirido una expresión bobalicona y ausente. Aquello significaba que su mente husmeaba el rastro de una pista imaginaria... Vería un tarro de mermelada sin estrenar, al que unas manos quitaban la tapa, y sacando una pequeña cantidad del dulce la mezclaba con taxina y volvía a colocarla en el tarro alisándola convenientemente antes de volverlo a tapar. Interrumpió sus meditaciones para preguntar a Hay:

—¿No sacaban la mermelada del tarro para colocarla en una computera?

—No, señor. Durante la guerra, cuando escaseaban los alimentos, adquirieron la costumbre de servirla en el mismo tarro y así vienen haciéndolo desde entonces.

—Naturalmente, eso facilita las cosas —murmuró Neele.

—Sí, señor. Aún hay más. El señor Fortescue era el único que tomaba mermelada para desayunar y también el señorito Percival, cuando estaba en casa. Los demás tomaban mantequilla o miel.

—Sí —dijo el inspector—. Así queda todo mucho más simplificado, ¿verdad?

Y su imaginación volvió a ponerse en movimiento. Ahora veía la mesa del desayuno. Rex Fortescue alargando la mano para servirse mermelada y luego extenderla con la cuchara sobre una tostada. Desde luego, era mucho más sencillo que arriesgarse a echar el veneno en su taza de café. ¡Un método a prueba de tontos! ¿Y después? Otro infundio y una nueva imagen todavía algo confusa. El cambio del tarro de mermelada por otro nuevo al que le faltaba exactamente la misma cantidad. Y luego una ventana abierta. Un brazo que arrojaba el tarro entre las plantas. ¿De quién era aquel brazo?

El inspector dijo en tono confidencial:

—Bueno, tendrán que analizarlo, desde luego. Vea si hay rastro de taxina. No podemos llegar a ninguna conclusión.

—No, señor. Además puede haber huellas dactilares.

—Pero no las que queremos nosotros —repuso el inspector Neele—. Las de Gladys, desde luego, Crump y las de Fortescue. Es probable que además aparezcan las de la cocinera, el chico del colmado y algunas más. Si hubo alguien que colocó la taxina en

este tarro ya tendría buen cuidado de no dejar las suyas. De todas maneras, como ya le dije, no podemos sacar ninguna conclusión. ¿Cómo adquieren la mermelada y dónde se guarda?

El diligente sargento Hay había preparado la respuesta para todas estas preguntas.

—Los tarros de conservas y mermeladas los compran por medias docenas. Y cada vez que se termina un tarro es reemplazado por otro nuevo que se guarda en la despensa.

—Eso significa —dijo Neele— que pudo haber sido envenenado varios días antes de que fuera servido a la hora del desayuno Y cualquiera que viviera en la casa, o tuviese acceso a ella hubiese podido hacerlo.

El término «acceso a la casa» intrigó al sargento Hay, que no podía seguir las divagaciones de su superior.

Mas Neele estalla llegando a lo que le parecía una conclusión lógica.

Si la mermelada fue envenenada de *antemano*... entonces sin la menor duda quedaban eliminadas *las personas que estuvieron desayunando con Rex la mañana fatal*.

Lo cual ofrecía nuevas posibilidades.

Mentalmente preparó algunas entrevistas con varias personas... esta vez enfocando el interrogatorio desde otro ángulo distinto.

Había que pensar en todo.

Incluso consideró seriamente las sugerencias de la señorita Como Se Llamara, acerca de la canción infantil... Ya que no existía la menor duda de que concordaba en todo de una manera alarmante. Incluso con lo que tanto le intrigara desde el principio: el puñado de centeno.

—¿Mirlos? —murmuró Neele para sí.

El sargento Hay creyó haber entendido mal.

—No, señor —le dijo—. Es *mermelada*.

El inspector Neele fue en busca de Mary Dove... y la encontró en uno de los dormitorios del primer piso, ayudando, a Ellen a quitar las sábanas de una cama. En una de las sillas había un montón de toallas limpias.

—¿Es que viene algún huésped? —preguntó el inspector Neele.

Mary Dove le dirigió una sonrisa. En contraste con Ellen, siempre ceñuda y de mal talante, Mary conservaba su imperturbable calma.

—Exactamente lo contrario —le contestó.

Neele la miró en busca de una explicación.

—Es una habitación que hablamos preparado para el señor Gerald Wright.

—¿Gerald Wright? ¿Quién es?

—Un amigo de la señorita Elaine. —Mary procuró no mostrarse insinuante.

—Iba a venir aquí... ¿cuándo?

—Creo que llegó al Golf Hotel al día siguiente de la muerte del señor Fortescue.

—¿Al día *siguiente*?

—Eso dijo la señorita Fortescue. —El tono de Mary seguía siendo inexpresivo—. Me dijo que quería que viniera a hospedarse aquí... de modo que preparé la habitación. Ahora... después de estas otras dos tragedias... parece más lógico que siga en el hotel.

—¿El Golf Hotel?

—Sí.

—Ya —dijo Neele.

Ellen recogió las sábanas y toallas y salió de la estancia.

Mary Dove miró interrogadoramente al inspector.

—¿Quería usted algo?

—Es muy importante conocer con exactitud la hora en que ocurrieron los hechos. La familia parece no estar muy segura... tal vez ser comprensible. Usted, por el contrario, señorita Dove, no ha demostrado la menor vacilación en sus declaraciones.

—¡Y también es comprensible!

—Sí... tal vez... Desde luego debo felicitarla por el modo que lleva la casa a pesar de... bueno... del pánico... que pueden haberle producido esas dos muertes. —Hizo una pausa y agregó con curiosidad—. ¿Cómo se las arregla?

Con gran astucia había comprendido que el único punto vulnerable de la armadura de Mary Dove era el saberse eficiente.

—Desde luego, los Crump querían marcharse en seguida.

—No podíamos permitirselo —dijo Neele.

—Lo sé. Pero también le dije que el señor Percival Fortescue se mostraría más...

bueno... más generoso... con aquéllos que le hubieran evitado molestias.

—¿Y Ellen?

—Ellen no desea marcharse.

—Ellen no quiere marcharse —repitió el inspector— tiene buenos nervios.

—Le divierten los desastres —dijo Mary Dove—. Como la esposa del señorito Percival, encuentra en las tragedias una especie de malsano placer.

—Es interesante, ¿usted cree que la esposa del señorito Percival ha disfrutado... con esas desgracias?

—No... claro que no. Eso es ir demasiado lejos. Sólo diría que ello le ha permitido... bueno... soportarlas.

—¿Y de qué modo le han afectado a usted, señorita Dove?

—No ha sido una experiencia agradable —repuso secamente.

Y una vez más el inspector sintió deseos de romper la frialdad de aquella mujer... y averiguar lo que escondía realmente tras su actitud distante y calculadora.

—Ahora... vamos a recordar horas y lugares: la última vez que vio usted a Gladys Martin fue en el vestíbulo, antes de servir el té, y eso fue a las cinco menos veinte.

—Sí... Le dije que trajera el té.

—¿Y usted de dónde venía?

—De arriba... Creí haber oído el teléfono pocos minutos antes.

—Supongo que Gladys habría atendido la llamada.

—Sí. Se equivocaron de número. Alguien que pedía por una lavandería.

—¿Y ésa fue la última vez que vio usted a Gladys?

—Unos diez minutos más tarde traje a la biblioteca la bandeja con el servicio de té...

—¿Y después entró la señorita Elaine?

—Sí. Unos tres o cuatro minutos más tarde... Luego yo subí a decir a la esposa del señorito Percival que el té estaba servido.

—¿Solía hacerlo otras veces?

—¡Oh, no!... Acostumbran a bajar cuando les place... pero la señora Fortescue me preguntó dónde se habían metido todos. Me pareció oír bajar a la señora de Percival Fortescue... pero estaba equivocada...

Neele la interrumpió Aquello era algo nuevo.

—¿Quiere decir que oyó andar a alguien por arriba?

—Sí... creí que era en lo alto de la escalera. Pero no bajaba nadie cuando yo subí. La esposa del señorito Percival estaba en su habitación. Acababa de llegar. Había salido a dar un paseo...

—A dar un paseo... ya. Y entonces serían...

—¡Oh!... Casi las cinco, me parece...

—¿Y cuándo llegó el señor Lancelot Fortescue?

—Pocos minutos después de que yo bajara... Pensé que había llegado antes... pero...

—¿Por qué pensó que había llegado antes? —la interrumpió el inspector.

—Porque creía haberlo visto desde la ventana del rellano.

—¿En el jardín?

—Sí... Vi a alguien junto al seto de tejos... y creí que sería él.

—¿Eso fue cuando bajaba después de anunciar a la esposa del señorito Percival que el té estaba servido?

—No, no, entonces no... sino antes... cuando bajaba por primera vez —le corrigió Mary.

—¿Está usted bien segura de esto, señorita Dove?

—Sí, completamente segura. Por ello me sorprendió verle... cuando llamó a la puerta.

El inspector Neele meneó la cabeza procurando disimular su excitación.

—De ningún modo podía ser Lancelot Fortescue la persona que vio usted en el jardín. Su tren... que debía llegar a las cuatro veintiocho, llevaba nueve minutos de retraso... y arribó a la estación de Bayton Heat a las cuatro treinta y siete... Luego tendría que esperar unos minutos hasta encontrar un taxi... ese tren viene siempre muy lleno. Y eran casi las cinco menos cuarto, o sea, cinco minutos después de que usted viera un hombre en el jardín, cuando salió de la estación, y desde allí se tarda diez minutos en coche. Despidió el taxi en la entrada de la finca, a las cinco menos cinco, lo más pronto. No... no era Lancelot Fortescue el hombre que usted vio.

—Pues estoy segura de haber visto a alguien.

—Sí, desde luego, usted vio a alguien. Estaba oscureciendo. ¿Pudo distinguir con claridad?

—¡Oh, no!... No pude verle la cara... pero era alto y delgado. Y como estábamos esperando a Lancelot Fortescue... llegué a la conclusión de que debía ser él.

—¿En qué dirección iba?

—Caminaba junto al seto de tejos, en dirección al lado este de la casa.

—Allí hay una puerta. ¿Suele estar cerrada?

—Está abierta hasta última hora de la tarde.

—¿Y pudo entrar alguien por esta puerta sin ser visto por los criados?

Mary Dove meditó unos instantes.

—Creo que sí. Sí —agregó con presteza—. ¿Quiere decir... que la persona que oí andar más tarde por arriba pudo haber entrado por esta puerta... y haberse escondido... arriba?

—Algo por el estilo.

—¿Pero quién...?

—Eso todavía está por ver. Gracias, señorita Dove.

Al volverse para marchar, el inspector Neele dijo en tono casual:

—A propósito, supongo que usted no podrá decirme nada de los *mirlos*.

Por primera vez pareció haberla cogido desprevenida.

—Yo... ¿qué ha dicho usted?

—Sólo le preguntaba por los mirlos.

—¿Qué quiere decir...?

—Mirlos —repitió el inspector con rostro inexpresivo.

—¿Se refiere a la tontería de este verano? Pero seguramente no puede... —se interrumpió.

El inspector Neele dijo complacido:

—Se ha hablado de ello, pero estaba seguro de que usted me haría un relato detallado.

Mary Dove volvía a ser la misma de siempre, práctica, reposada y segura de sí misma.

—Creo que debió tratarse de una broma tonta y malvada —dijo—. Aparecieron cuatro mirlos muertos sobre el escritorio del señor Fortescue, en su despacho de esta casa. Era verano y las ventanas estaban abiertas. Pensamos que debía haber sido el hijo del jardinero, a pesar de que él insistió en negarlo. La verdad era que el jardinero los había matado dejándolos colgados en unos arbustos.

—¿Y alguien los cogió y los colocó sobre la mesa de despacho del señor Fortescue?

—Sí.

—¿Y existía alguna razón... algo que tuviera que ver con los mirlos?

—No lo creo —repuso Mary meneando la cabeza.

—¿Cómo lo tomó el señor Fortescue? ¿Estaba preocupado?

—Naturalmente.

—¿Pero no se disgustó?

—Apenas lo recuerdo.

—Ya.

Y el inspector no dijo más. Mary Dove se dispuso a marcharse, pero esta vez de mala gana, como si hubiese querido saber algo más de lo que pensaba Neele. Éste, poco agradecido, sólo sentía resentimiento contra la señorita Marple, que le había sugerido que debía haber mirlos en aquel caso... y ¡los había! No veinticuatro, precisamente, pero sí una muestra.

Había ocurrido, el verano anterior y no podía imaginarse la relación que pudiera tener con aquel caso. No iba a consentir que aquellos pajarracos negros le apartaran de las investigaciones lógicas y sensatas de un crimen cometido por un asesino fin su sano juicio, y por un motivo natural; pero de ahora en adelante se vería obligado a recordar y tener en cuenta hasta las posibilidades más remotas y absurdas.

Capítulo XV

1

—Señorita Fortescue, siento volver a molestarla, pero quiero estar seguro, completamente seguro, de una cosa. Por lo que sabemos, fue usted la última persona... o, mejor dicho, la penúltima... que vio con vida al señor Fortescue. ¿Eran las cinco y veinte cuando usted salió de la biblioteca?

—Más o menos —dijo Elaine—; No puedo decírselo exactamente. Uno no va mirando el reloj a cada momento.

—No, claro que no. Durante el tiempo que estuvo sola con el señor Fortescue, una vez se marcharon los demás, ¿de qué hablaron?

—¿Es que acaso importa?

—Probablemente, no —replicó el inspector Neele—; pero pudiera darme alguna pista acerca del estado de ánimo de la señora Fortescue.

—¿Quiere decir... cree usted que pudo haberse matado?

El inspector observó cómo se le iluminaba el rostro. Esa sería sin duda la solución más conveniente para la familia. Pero el inspector no lo creyó ni por un momento. Adela Fortescue no pertenecía al tipo de los suicidas. Incluso aunque hubiera matado a su esposo y estuviera convencida de que iban a acusarla de este crimen, no hubiese pensado en matarse. Sino que hubiera confiado con todo optimismo, que aunque la juzgaran por asesina, habría de salir absuelta. Sin embargo, estaba seguro de que a Elaine Fortescue le divertía la idea, y por ello le dijo sin faltar del todo a la verdad:

—Por lo menos existe una posibilidad, señorita Fortescue. Ahora tal vez quiera decirme sobre qué versó su conversación.

—Bueno, la verdad es que hablamos de mis cosas... —Elaine vacilaba.

—¿Qué cosas...? —hizo una pausa, animándola a confiarse.

—Yo... un amigo mío acababa de llegar, y yo le preguntaba a Adela si tendría inconveniente en que... en que se hospedara en casa.

—¡Ah! ¿Y quién es su amigo?

—El señor Gerald Wright. Es profesor. Se... se hospeda en el Golf Hotel.

—¿Un amigo muy íntimo, quizá?

El inspector Neele sonrió de un modo que por lo menos le hacía representar quince años más.

—¿Tal vez podemos esperar una noticia interesante para en breve?

—Casi sintióse arrepentido de haber dicho aquello al ver el gesto de asombro de la

muchacha y su rubor. Era evidente que estaba enamorada de aquel sujeto.

—Nosotros... todavía no estamos prometidos y, naturalmente, ahora no es momento; pero... bueno, sí, creo que... quiero decir que vamos a casarnos.

—Enhorabuena —dijo Neele—. Dice usted que el señor Wright se hospeda en el Golf Hotel. ¿Cuándo tiempo lleva allí?

Le telegrafíé al morir papá.

—Y vino en seguida. *Ya* —replicó Neele—: ¿Y qué dijo la señora Fortescue cuando usted le preguntó si podía traerle aquí?

—¡Oh!, dijo que muy bien, que podía traer a quien quisiera.

—¿Se mostró, pues, complaciente?

—No del todo. Quiero decir, que dijo...

—Sí. ¿Qué dijo?

De nuevo volvió a sonrojarse.

—¡Oh!, una estupidez. Dijo que ahora podía hacer muchas cosas que antes me estaban vedadas. Algo muy propio de Adela.

—¡Ah, ya! —dijo el inspector—. Los parientes suelen decir esas cosas.

—Sí, sí, es cierto. Pero es que la gente no suele apreciar a Gerald en lo que vale. Es un intelectual, y tiene unas ideas muy propias y avanzadas que la gente no comprende...

—¿Por eso no se llevaba bien con su padre de usted?

Elaine se sonrojó intensamente.

—Papá estaba lleno de prejuicios y era injusto. Hirió los sentimientos de Gerald. La verdad es que le dolió tanto la actitud de mi padre que se marchó y no supe nada de él durante vanas semanas.

« Y es probable que hubiera continuado sin saber de él si su padre no hubiera muerto dejándola un montón de dinero », pensó Neele, y en voz alta prosiguió:

—¿Hablaron alguna otra cosa, usted y la señora Fortescue?

—No, creo que no.

—Eran las cinco y veinticinco y la señora Fortescue fue encontrada muerta a las seis menos cinco. ¿Usted no volvió a la biblioteca durante esa media hora?

—No.

—¿Qué estuvo usted haciendo?

—Fui... fui a dar un paseo.

—¿Hasta el Golf Hotel?

—Yo... bueno, sí, pero Gerald no estaba.

El inspector Neele volvió a decir « Ya », pero esta vez con otra entonación. Elaine Fortescue se puso en pie preguntando:

—¿Nada más?

—Nada más, señorita Fortescue. Gracias. —Y añadió en tono casual—: ¿Puede decirme algo acerca de los mirlos?

—¿Mirlos? —Le miró extrañada—. ¿Se refiere a los del pastel?

« *Debieran estar en el pastel* », pensó el inspector, pero se limitó a decir:

—¿Cuándo fue eso?

—¡Oh! Hará tres o cuatro meses... y también encontramos otros sobre la mesa de papá. Estaba furioso.

—¿Furioso? ¿Hizo muchas preguntas?

—Sí... desde luego... pero no pudo averiguar quién los puso allí.

—¿Tiene usted idea de por qué se enfadó tanto?

—Pues... fue una cosa bastante desagradable... ¿no le parece?

Neele la miraba con fijeza, pero ella no intentó apartar la vista.

—¡Oh!, sólo una cosa más, señorita Fortescue. ¿Sabe usted si su madrastra había hecho testamento alguna vez?

Elaine meneó la cabeza.

—No tengo la menor idea... supongo que sí. La gente suele hacer testamento, ¿verdad?

—Debieran de hacerlo... pero no siempre ocurre así. ¿Ha hecho usted testamento, señorita Fortescue?

—No... no... hasta ahora no tenía nada que dejar... pero ahora... claro...

Pudo ver cómo su expresión variaba al darse cuenta del cambio de su posición.

—Sí —le dijo el inspector—. Cincuenta mil libras es toda una responsabilidad... y cambia muchas cosas, señorita Fortescue.

Durante los minutos siguientes a la marcha de Elaine Fortescue, el inspector Neele permaneció pensativo mirando al vacío. Desde luego se le habían abierto vastos horizontes para la meditación. El que Mary Dove hubiese declarado haber visto a un hombre en el jardín a las cuatro treinta y cinco aproximadamente, ofrecía nuevas posibilidades. Eso, naturalmente, en el caso en que Mary Dove hubiese dicho la verdad. El inspector Neele tenía la costumbre de no confiar nunca en *nadie*. Pero pensándolo bien, no veía ninguna razón para que hubiese mentido... Sentíase inclinado a pensar que no faltó a la verdad al decirle que había visto un hombre en el jardín. Era evidente que aquel hombre no pudo ser Lancelot Fortescue, a pesar que el suponer que fuese él resultaba lógico debido a las circunstancias. No había sido Lancelot Fortescue, pero sí un hombre de su corpulencia y estatura aproximada, y si había habido un hombre en el jardín a aquella hora moviéndose furtivamente, como debió hacerlo a juzgar por él modo como buscaba el amparo de los setos, ello se prestaba a formular una nueva serie de conjeturas.

A esto tenía que añadir lo que dijo de haber oído andar a alguien en el piso superior, lo cual coincidía con otra cosa. La pequeña partícula de barro que había encontrado en el suelo del *boudoir* de Adela Fortescue. A la mente del inspector Neele acudió el recuerdo del pequeño escritorio. Una bonita antigüedad con un cajoncito secreto bastante a la vista. En dicho cajón había tres cartas; cartas escritas por Vivian Dubois a Adela Fortescue. Por las manos del inspector habían pasado muchas clases de cartas de amor durante el curso de la guerra. Estaba familiarizado con las misivas apasionadas, tontas, sentimentales, quisquillosas, y también con las prudentes, y por eso sintióse inclinado a clasificar aquellas tres entre estas últimas. Incluso siendo leídas en una causa de divorcio, podrían pasar como inspiradas sólo por una amistad platónica. Aunque en este caso: ¡Valiente amistad platónica!, pensó Neele. Cuando el detective encontró las cartas las envió en seguida al Yard, puesto que *en* aquel entonces la cuestión más importante era ver si la Oficina Fiscal consideraba que había pruebas suficientes para acusar a Adela Fortescue, o a Adela Fortescue y Vivian Dubois juntos. Todo indicaba que Rex Fortescue había sido envenenado por su esposa, con o sin complicidad de su amante. Aquellas cartas, aunque prudentes, demostraban bien a las claras que Vivian Dubois era su amante, pero en sus palabras no había la menor prueba de que la incitara al crimen. Pudo haberlo hecho de palabra, pero Vivian Dubois era demasiado prudente para dejar escrito nada semejante.

El inspector Neele supuso acertadamente que Vivian Dubois habría pedido a Adela Fortescue que destruyera sus cartas, y ella le diría que ya lo había hecho.

Bien, ahora tenían dos crímenes más entre manos. Y eso significaba que Adela

Fortescue no había asesinado a su esposo.

A menos que... El inspector Neele consideró una nueva hipótesis... Adela Fortescue hubiera querido casarse con Vivian Dubois, y éste hubiese querido, no a Adela, sino los miles de libras que habrían de ir a parar a sus manos a la muerte del esposo. Tal vez debió suponer que la muerte de Rex Fortescue pudiera atribuirse a causas naturales... algún colapso o ataque. Al fin y al cabo, al parecer todos estuvieron preocupados por su salud durante los últimos años. (Entre paréntesis, el inspector Neele, dijose que debía ahondar este punto. Tenía el presentimiento de que pudiera resultar importante en algún sentido). La muerte de Rex Fortescue no se había producido de acuerdo con este plan, sino que fue diagnosticada inmediatamente como producida por envenenamiento, y averiguado el nombre exacto del veneno.

Suponiendo que Adela Fortescue y Vivian Dubois fueran culpables, ¿cuáles hubiesen sido sus reacciones? Vivian Dubois se hubiera asustado y Adela Fortescue perdió la cabeza... Diciendo o haciendo tonterías... tal vez llamara por teléfono a Dubois, hablando indiscretamente y de un modo que pudo ser oído en Villa del Tejo. ¿Qué hubiera hecho entonces Vivian Dubois?

Era todavía pronto para intentar responder a esa pregunta, pero el inspector Neele se propuso hacer averiguaciones en el Golf Hotel en breve plazo, paró saber si Dubois estuvo ausente entre las cuatro y cuarto y las seis. Vivian Dubois era alto y moreno, como Lance Fortescue. Pudo deslizarse por el jardín hasta la puerta lateral, subir la escalera, ¿y luego qué? ¿Buscar las cartas descubriendo que habían desaparecido? ¿Aguardar allí, hasta que no hubiera moros en la costa y luego bajar a la biblioteca donde Adela Fortescue se había quedado sola terminando su última taza de té?

Pero todo esto era ir demasiado aprisa...

Neele había interrogado a Mary Dove y a Elaine Fortescue; ahora quedaba por ver lo que la esposa de Percival tenía que decir.

Capítulo XVI

1

El inspector Neele encontró a la esposa de Percival escribiendo unas cartas en su salita del piso de arriba. Al verle entrar se puso en pie apresuradamente, dando muestras de gran nerviosismo.

—¿Hay algo qué... hay...?

—Síntese por favor, señora Fortescue. Sólo quisiera hacerle unas cuantas preguntas más.

—¡Oh, sí! Desde luego inspector. Todo esto es tan horrible...

Sentóse muy nerviosa en una butaca, y el inspector ocupó una silla pequeña y de respaldo recto a su lado, estudiándola con más detenimiento que anteriormente. En ciertos aspectos era un tipo vulgar de mujer, pensó... y tampoco muy dichosa. Inquieta, insatisfecha, y de gran imaginación, y no obstante debió haber sido muy hábil y eficiente en su profesión de enfermera. A pesar de que pudo entregarse a la holganza gracias a su matrimonio con un hombre de posición, no estaba satisfecha. Compraba vestidos, leía novelas y comía bombones, pero al recordar su excitación en la noche de la muerte de Rex Fortescue, veía en ella no una morbosa satisfacción, sino más bien la revelación del inmenso aburrimiento que acompañaba su vida. Sus párpados se abatieron bajo el influjo de su escrutadora mirada, dándole a la vez un aspecto culpable e inquieto, pero no podía estar bien seguro de cuál de los dos era el verdadero.

—Lamento tener que molestar a la gente interrogándola una y otra vez. De resultarles muy pesado, lo comprendo, pero tiene mucha importancia conocer el desarrollo exacto de los hechos. Tengo entendido que usted bajó a tomar el té bastante tarde. A decir verdad, la señorita Dove subió a buscarla.

—Sí, sí, es cierto. Vino a decirme que el té estaba servido. No creía que fuera tan tarde. Había estado escribiendo unas cartas.

El inspector Neele dirigió una mirada al escritorio.

—Ya —dijo—. No sé por qué, creía que había salido a dar un paseo.

—¿Se lo dijo ella? Sí... creo que tiene razón. Había estado escribiendo... hacía mucho calor y me dolía la cabeza, de modo que salí... er... a dar una vuelta. Sólo por el jardín.

—Ya. ¿Encontró a alguien?

—¿Que si encontré a alguien? —le miró extrañada—. ¿Qué quiere decir?

—Sólo que si vio a alguien, o alguien pudo verla a usted durante su paseo.

—Vi al jardinero, de lejos, eso es todo. —Le miraba con recelo.

—Cuando volvió a entrar, ¿subió a su habitación, y se estaba quitando el abrigo cuando la señorita Dove fue a decirle que el té estaba servido?

—Sí, por eso bajé.

—¿Quiénes estaban en la biblioteca?

—Adela y Elaine, y un par de minutos después llegó Lance. Ya sabe, mi cuñado El que acaba de llegar de Kenya.

—¿Y entonces tomaron el té?

—Sí. Luego Lance subió a ver a tía Effie y yo vine aquí para terminar de escribir las cartas... y dejé a Elaine con Adela.

—Sí. La señorita Fortescue parece ser que permaneció con su madrastra unos cinco o diez minutos después que usted se marchó. ¿Su esposo no había vuelto aún a casa?

—¡Oh, no! Percy... Val... no volvió hasta las seis y media o las siete. Se entretuvo en la ciudad.

—¿Vino en el tren?

—Sí. En la estación tomó un taxi.

—¿Suele regresar en tren?

—Algunas veces. No muy a menudo. Creo que tuvo que ir a algunos lugares de la ciudad donde es difícil aparcar el coche. Le fue más sencillo volver en tren desde la calle Cannon.

—Ya —replicó el inspector Neele antes de proseguir—: Le pregunté a su esposo si la señora Fortescue había hecho testamento antes de morir. Dijo que lo ignoraba. Supongo que usted no lo sabrá...

Mas ante su sorpresa Jennifer Fortescue asintió enérgicamente.

—¡Oh, sí! —repuso—. Adela hizo testamento. Ella misma me lo dijo.

—¿De veras? ¿Cómo fue eso?

—¡Oh!, no hace mucho. Creo que hará cosa de un mes.

—Eso es muy interesante —dijo Neele.

La señora Fortescue inclinóse hacia delante con el rostro muy animado. Era evidente que disfrutaba pudiendo exhibir sus conocimientos.

—Val no sabe nada —le dijo—. Ni nadie. Dio la casualidad de que yo lo descubrí. Iba por la calle, acababa de salir de una papelería cuando vi a Adela que salía de casa del abogado. Ya sabe, Ansell y Worrall, de la Calle Alta.

—¡Ah! —exclamó Neele—. ¿Los abogados locales?

—Sí. Y yo le dije: «¿Qué es lo que estabas haciendo ahí?». Adela se echó a reír y me contestó: «¿Te gustaría saberlo?». Y cuando echamos a andar juntas me explicó; «Voy a decírtelo, Jennifer. He estado haciendo testamento». «Vaya —contesté yo—. ¿Por qué, Adela? No estarás enferma o algo parecido, ¿verdad?». Y ella me dijo que desde luego no lo estaba. Nunca se había sentido mejor, pero que todo el mundo debiera hacer testamento... que no quiso ir a ver al abogado de la familia el señor Billingsley de Londres, porque estaba segura que les iría con el cuento. «No —me dijo—. Mi

testamento es asunto mío, Jennifer, y lo haré a mi gusto y sin que nadie lo sepa». « Bueno, Adela —contesté yo—. Yo no se lo diré a nadie. No me importa que lo hagas o no —replicó—. Tú no sabes lo que he dispuesto». Pero no lo dije a nadie. No, ni siquiera a Percy, Yo creo que las mujeres debemos ayudarnos, ¿no le parece, inspector?

—Es una opinión muy acertada, señora Fortescue.

—Estoy segura de que nunca obraré mal en este sentido —continuó Jennifer—. No sentía ningún afecto especial por Adela, no sé si, me comprende usted. Siempre la consideré de esas mujeres que no se detendrían ante nada con tal de lograr sus propósitos. Ahora que ha muerto, pienso qué tal vez la juzgaba mal, pobrecilla.

—Bien, le doy las gracias por su ayuda, señora Fortescue, y perdone la molestia.

—Le aseguro que no me ha molestado. Celebro poderle ayudar en lo que me sea posible. Todo esto es terrible, ¿no cree? ¿Quién es esa anciana que ha llegado esta mañana?

—Una tal señorita Marple que muy amablemente ha venido a darnos información acerca de Gladys. Al parecer la tuvo a su servicio.

—¿De veras? ¡Qué interesante!

—Otra cosa, señora Fortescue. ¿Sabe usted algo de los mirlos?

Jennifer sobresaltóse. Se le cayó el bolso al suelo y tuvo que agacharse a recogerlo.

—¿Mirlos, inspector? ¿Mirlos? ¿Qué clase de mirlos, inspector?

Sonriendo, el inspector Neele dijo:

—Simplemente mirlos. Vivos, muertos, o tal vez, digamos simbólicos.

—Ignoro a qué se refiere. No sé de qué me está hablando.

—Entonces, ¿no sabe nada de los mirlos, señora Fortescue?

—Supongo que se refiere a los que aparecieron en el pastel el verano pasado... — dijo despacio.

—También dejaron algunos en la mesa de la biblioteca, ¿verdad?

—Fue una broma tonta. No sé quién puede haberle hablado de ello. El señor Fortescue, mi padre político, se molestó mucho.

—¿Sólo se molestó? ¿Nada más?

—¡Oh! Ya comprendo lo que insinúa. Sí, supongo que es cierto. Preguntó si había algún extranjero por los alrededores.

—¿Extranjero? —El inspector alzó las cejas.

—Bueno, eso es lo que dijo —repuso la esposa de Percival, poniéndose a la defensiva.

—Extranjero —repitió el inspector, pensativo—. ¿Parecía asustado?

—¿Asustado?

—Nervioso... como si le preocupara la presencia de ese extranjero.

—Sí. Pues sí, bastante. Claro que no lo recuerdo muy bien. Ya sabe, hace varios meses de eso. No creí que se tratara de otra cosa que una estúpida broma Tal vez fuera Crump. La verdad es que a éste le considero un hombre poco equilibrado, y estoy segura

de que bebe. Algunas veces es bastante insolente y me he preguntado a menudo si guardaría rencor al señor Fortescue. ¿Pero usted cree que es posible, inspector?

—No hay nada imposible —afirmó el inspector antes de retirarse.

Percival Fortescue se hallaba en Londres, mas el inspector Neele encontró a Lancelot y a su esposa en la biblioteca, jugando al ajedrez.

—No quisiera interrumpirles —dijo Neele, disculpándose.

—Sólo estamos matando el tiempo, inspector. ¿No es cierto, Pat?

Pat hizo un gesto de asentimiento.

—Supongo que la pregunta que voy a hacerles les parecerá bastante tonta —dijo Neele—. ¿Sabe usted algo de los mirlos, señor Fortescue?

—¿Mirlos? —Lance parecía divertido—. ¿Qué clase de mirlos? ¿Se refiere a pájaros auténticos?

—No estoy muy seguro, señor Fortescue —dijo Neele con una sonrisa—. Pero en este asunto se les ha mencionado.

—¡No me diga! —Lancelot pareció asombrarse—. Supongo qué no se referirá a la vieja mina del Mirlo.

—¿La mina del Mirlo? ¿Qué es eso? —preguntó Neele.

Lance frunció el entrecejo.

—Lo malo es que apenas recuerdo nada, inspector. Sólo tengo una vaga idea de cierta oscura transacción que realizó mi padre en el pasado, tina mina que estaba en la costa del oeste de África. Creo que tía Effie se lo reprochó algunas veces, pero no recuerdo nada con exactitud.

—¿Tía Effie? Esa debe ser la señorita Ramsbatton, ¿verdad?

—Exactamente.

—Iré a preguntárselo —dijo el inspector Neele, agregando con resentimiento— Es una señora bastante imponente, señor Fortescue. A veces me siento muy violento.

Lance se echó a reír.

—Sí. Tía Effie es todo un carácter, pero puede servirle de ayuda, inspector, si consigue dar con su lado bueno... cosa fácil tratándose del pasado. Tiene una memoria excelente, y le encanta recordar cualquier cosa que resulte perjudicial en cualquier sentido. —Y agregó en otro tono—: Hay algo más. Fui a verla al poco rato de haber llegado. Inmediatamente después de tomar el té Y hablamos de Gladys. La doncella que asesinaron. Claro que entonces no lo sabíamos. Pero tía Effie me estuvo diciendo que estaba segura de que Gladys sabía algo que no había dicho a la policía.

—Eso parece bastante cierto —replicó el inspector Neele—. Y ahora ya no puede decirlo la pobrecilla.

—No. Parece ser que tía Effie le aconsejó que dijera todo lo que sabía. Es una lástima que no lo hiciese.

El inspector Neele asintió. Luego, asiéndose a la barandilla subió hasta la fortaleza de la señorita Ramsbatton, encontrando a la señorita Marple discutiendo con ella sobre las Misiones extranjeras.

—Ya me marchó, inspector —dijo la señorita Marple poniéndose en pie a toda prisa.

—No es necesario, señora —dijo Neele.

—He pedido a la señorita Marple que venga a instalarse aquí. Es absurdo gastar el dinero en ese Golf Hotel. Es un nido de indocumentados. Se pasan toda la noche bebiendo y jugando a las cartas. Será mejor que venga a hospedarse a una casa cristiana y decente. Hay una habitación al lado de la mía. La doctora Mary Peters, una misionera, fue la última en ocuparla.

—Es usted muy amable —repuso la señorita Marple—; pero creo que no debo molestarles llevando un luto tan reciente.

—¿Luto? ¡Tonterías! —dijo la señorita Ramsbatton—. ¿Quién llorará por Rex en esta casa? ¿Y por Adela? ¿O es la Policía la que la preocupa? ¿Hay algún inconveniente, inspector?

—Por mi parte, ninguno, señora.

—Ya lo oye usted —dijo la señorita Ramsbatton.

—Es usted muy amable —respondió la señorita Marple agradecida—. Voy a telefonar al hotel para decir que pueden disponer de mi habitación.

Salió de la estancia, y la señorita Ramsbatton volvióse hacia el inspector.

—Bueno, ¿qué es lo que *quiere*?

—Me interesa saber todo lo que pueda decirme acerca de la mina del Mirlo, señora.

La señorita Ramsbatton soltó una carcajada estridente.

—¡Ja, ja! ¡También ha averiguado *eso*! Cogió el cable que le arrojé el otro día. Bien, ¿qué es lo que quiere saber?

—Todo lo que pueda usted decirme.

—No es gran cosa. Ha pasado tanto tiempo... ¡Oh, puede que veinte o veinticinco años! Unas inversiones que hizo mi cuñado en el África Oriental. Se asoció con un hombre llamado Mackenzie. Fueron juntos para ver la mina, y Mackenzie murió allí víctima de la fiebre. Rex regresó diciendo que los derechos, la cesión o como se llame, no valía nada. Eso es todo lo que sé.

—Creo que sabe un poquitín más, señora —dijo Neele en tono persuasivo.

—Lo demás son cosas que oí decir. Y tengo entendido que la Ley no hace caso de las habladurías.

—Aún no estamos en el Juzgado, señora.

—Bueno. No puedo decirle nada. Los Mackenzie armaron mucho alboroto. Es todo lo que recuerdo. Se empeñaron en que Rex había estafado a Mackenzie. Yo me atrevo a decir que tenían razón. Era un individuo listo y sin escrúpulos, pero estoy segura de que todo lo que hiciera sería dentro de la Ley. No consiguieron probar nada. La señora Mackenzie era una mujer medio loca. Vino aquí amenazando con vengarse, y dijo que

Rex había asesinado a su esposo. ¡Un melodrama de lo más tonto! Creo que estaba algo perturbada... En resumen, creo que poco después ingresó en un sanatorio. Vino acompañada de dos niños que parecían muy asustados, y dijo que ellos la vengarían... o algo así. Idioteces. Bueno, eso es todo lo que puedo decirle. Y permítame que le diga; que la mina del Mirlo no es la única estafa que Rex tuvo en su haber. Encontrará otras muchas si busca bien. ¿Cómo averiguó lo de la mina del Mirlo? ¿Ha encontrado alguna pista que tenga relación con los Mackenzie?

—¿Usted no sabe lo que fue de esa familia?

—No tengo la menor idea —replicó la señorita Ramsbatton—. Permítame decirle que no creo que Rex asesinara a Mackenzie, pero muy bien pudo dejarle morir; Es lo mismo ante Dios, pero no ante la Ley. Si lo hizo, ya debe estar purgando su culpa. Los molinos de Dios muelen despacio, pero muy fino... Será mejor que se marche ahora, pues no sé nada más, así que no se moleste en preguntarme.

—Muchísimas gracias por todo —dijo el inspector, dirigiéndose hacia la puerta.

—Envíeme a esa señorita Marple —le gritó la señorita Ramsbatton a sus espaldas—. Es frívola, como toda esa gente de la Iglesia anglicana, pero sabe cómo hacer caridad de un modo sensato.

El inspector Neele hizo un par de llamadas telefónicas. La primera a Ansell y Worrall y la segunda al Golf Hotel. Luego mandó llamar al sargento Hay y le dijo que abandonaba la casa por unas horas.

—Tengo que hacer una visita a un abogado... después podrá encontrarme en el Golf Hotel, si me necesitara con urgencia.

—Sí, señor.

—Y averigüe todo lo que pueda acerca de los mirlos —le gritó por encima del hombro.

—¿Mirlos, señor? —repitió el sargento Hay completamente despistado.

—Eso es lo que dije... no mermelada... sino mirlos.

—Muy bien, señor —dijo el sargento Hay completamente desconcertado.

Capítulo XVII

1

El inspector Neele encontró en el señor Ansell el tipo de hombre que se deja intimidar fácilmente. Era abogado de una firma poco importante, y se mostró deseoso de ayudar a la Policía en cuanto le fuera posible.

Sí, confesó haber preparado el testamento de la finada señora Fortescue. Ésta había ido a verle a su despacho unas cinco semanas atrás. A él le pareció aquello algo extraño, pero, desde luego, nada dijo. En el despacho de un abogado ocurren las cosas más sorprendentes, y desde luego el inspector comprendería que la discreción... etc... etc... El inspector asintió con un gesto. Ya había descubierto que el señor Ansell no se ocupó de ningún asunto legal por encargo de la señora Fortescue, ni de ningún miembro de la familia.

—Naturalmente —dijo el señor Ansell—, no quiso acudir a los abogados de su esposo.

Los hechos eran bien sencillos. Adela Fortescue había hecho testamento dejando todo cuanto poseía a Vivian Dubois.

—Pero me figuro —dijo el señor Ansell mirando a Neele interrogadoramente— que entonces no tenía gran cosa que dejar.

El inspector Neele asintió. Eso era bien cierto. Pero desde que Rex Fortescue había muerto dejándola heredera de cien mil libras... esas cien mil libras, descontando los derechos del Estado, pertenecían a Vivian Edward Dubois.

En el Golf Hotel, el inspector Neele encontró a Vivian Dubois muy nervioso aguardando su llegada. Dubois estaba a punto de marcharse cuando recibió por teléfono la orden de que no se moviese de allí. El inspector Neele le pidió disculpas por ello, pero tras sus palabras convencionales, su requerimiento había sido una orden. Vivian Dubois puso algunas dificultades, pero concluyó accediendo.

—Espero comprenda usted, inspector Neele, que me resulta muy molesto tener que quedarme. Tengo asuntos muy urgentes.

—Ignoraba que tuviera negocios aquí, señor Dubois —replicó el inspector Neele con su sagacidad habitual.

—Hoy en día nadie puede permanecer tan ocioso como quisiera.

—La muerte de la señora Fortescue debe haber sido un gran golpe para usted, señor Dubois. Eran ustedes grandes amigos, ¿no es cierto?

—Sí —repuso Dubois—. Era una mujer encantadora. Jugábamos al *golf* muy a menudo.

—Supongo que le achara mucho de menos.

—Sí, desde luego. —Dubois suspiró—. Ha sido terrible... terrible.

—Creo que le telefoneó usted la tarde de su muerte.

—¿Sí? No lo recuerdo, la verdad.

—Tengo entendido que a eso de las cuatro.

—Sí, creo que sí.

—¿No recuerda de qué hablaron, señor Dubois?

—De cosas sin importancia. Le preguntó cómo se encontraba y si se había averiguado algo sobre el fallecimiento de su esposo... más o menos, una llamada de cortesía.

—*Ya* —replicó el inspector—. ¿Y luego salió usted a dar un paseo?

—Er... sí... sí, creo que sí. No fui precisamente a pasear, sino a jugar un rato al *golf*.

—Me parece que no, señor Dubois —dijo el inspector con toda amabilidad—. Ese día precisamente no... El portero del hotel le vio andando por la carretera en dirección a Villa del Tejo.

Los ojos de Dubois se encontraron con los suyos, y volvió a apartarlos muy nervioso.

—Siento no recordarlo, inspector.

—¿Tal vez fue a visitar a la señora Fortescue?

—No. No... no fui a verla —replicó Dubois, tajante—. Ni siquiera me acerqué a la casa.

—¿Dónde fue entonces?

—Oh... fui... por la carretera hasta las Tres Palomas y luego di un rodeo y volví por el *golf*.

—¿Está seguro de no haber ido a Villa del Tejo?

—Completamente seguro, inspector.

—Vamos, señor Dubois, es mucho mejor que sea franco con nosotros. Podía tener alguna razón inocente para ir allí.

—Le digo que aquel día no fui a ver a la señora Fortescue.

El inspector se puso en pie.

—Lo siento, señor Dubois —dijo con calma—. Creo que tendremos que llamarle a declarar, y hará usted bien en aconsejarse de un abogado; está en su pleno derecho.

El sano color desapareció del rostro del señor Dubois.

—Me está amenazando —le dijo—. Me está usted amenazando.

—No, no, nada de eso. —El inspector empleó un tono de sorpresa—. No podemos hacer una cosa así. Muy al contrario. Le estoy indicando que tiene usted ciertos derechos.

—Yo no tengo nada que ver en esto. ¡Se lo aseguro!

—Vamos, señor Dubois. Usted estuvo en Villa del Tejo aquel día, a eso de las cuatro y media. Alguien que miraba por una ventana le vio.

—Sólo estuve en el jardín. No entré en la casa.

—¿No? —replicó el inspector—. ¿Está usted seguro? ¿No entrarla por la puerta lateral, subiendo la escalera para llegar a la salita de la señora Fortescue en el primer piso? Estuvo buscando algo, ¿verdad?, en el escritorio que hay allí...

—Supongo que las tiene *usted* —dijo Dubois de pronto—. Esa tonta de Adela las guardó... me juró que las quemaría. Pero no significa lo que usted supone.

—No negará usted, señor Dubois, que era un amigo muy *intimo* de la señora Fortescue.

—No, claro que no. ¿Cómo voy a negarlo si usted tiene las cartas? Lo que digo es que no hay necesidad de buscarles un significado siniestro. No supondría ni por un momento que nosotros... que ella... hubiera pensado en librarse de Rex Fortescue. ¡Dios mío, yo no soy de *esa* clase de hombres!

—Pero tal vez ella fuese de esa clase de mujeres.

—¡Tonterías! —exclamó Vivian Dubois—. ¿Acaso no la asesinaron también?

—¡Oh, sí, sí!

—Pues es lógico imaginar que la misma persona que asesinó a su esposo la mató a ella.

—Puede ser. Desde luego. Pero existen otras soluciones. Por ejemplo... y esto es una simple hipótesis, señor Dubois, es posible que la señora Fortescue se deshiciera de su esposo, y que después se convirtiera en un peligro para otra persona. Alguien que tal vez no la hubiera ayudado en su crimen, pero por lo menos la alentara y le... digamos

proporcionase... el *motivo*. En ese caso podría ser un peligro para esa persona.

Dubois tartamudeó.

—Us... us... usted... no pue... puede inventar eso contra mí. No puede.

—Hizo testamento, ¿sabe? —le informó el inspector—. Le deja a usted todo su dinero... Todo cuanto poseía.

—No quiero ese dinero. Ni un solo penique.

—Claro que no es mucho, la verdad. Hay algunas joyas y pieles, pero me imagino que muy poco dinero en efectivo.

—Pero yo creí que su esposo...

Se detuvo en seco.

—¿De veras, señor Dubois? —dijo el inspector Neele, esta vez en tono duro—. Eso es muy interesante Me pregunto si conocía usted los términos del testamento de Rex Fortescue...

La segunda entrevista que tuvo el inspector Neele en el Golf Hotel fue con el señor Gerald Wright... un hombre delgado, inteligente y soberbio. El inspector pudo observar que su constitución no era muy distinta a la de Vivian Dubois...

—¿En qué puedo servirle, inspector Neele? —le preguntó.

—Pensé que tal vez pueda darnos alguna información, señor Wright.

—¿Información? ¿De veras? Es poco probable.

—Se trata de los recientes sucesos de Villa del Tejo. Naturalmente, ya debe usted haber oído algo.

El inspector hizo este último comentario con ironía.

—Oído no es la palabra adecuada —replicó Gerald—. Los periódicos no traen otra cosa. ¡Qué lectores tan sedientos de sangre tiene nuestra prensa! ¡Vaya unos tiempos estos! ¡Por un lado la fabricación de bombas atómicas, y por el otro nuestros periódicos complaciéndose en publicar crímenes brutales! Pero usted ha dicho que tenía que hacerme unas preguntas. La verdad, no imagino lo que pueda ser. No sé nada de este asunto. Me encontraba en la Isla de Man cuando Rex Fortescue fue asesinado.

—Llegó usted aquí poco después, ¿no es cierto, señor Wright? Creo que recibió un telegrama de la señorita Elaine Fortescue.

—Nuestra policía lo sabe todo, ¿verdad? Sí, Elaine me avisó, y naturalmente, vine en seguida.

—Tengo entendido que van ustedes a casarse pronto.

—Es cierto, inspector Neele. Espero que no tendrá usted inconveniente en ello.

—Eso es cosa de la señorita Fortescue exclusivamente. Creo que su compromiso data de algún tiempo atrás. Unos seis o siete meses... ¿verdad?

—Exacto.

—Usted y la señorita Fortescue se prometieron para casarse. El señor Fortescue rehusó dar su consentimiento, comunicándole que si su hija se casaba contra su voluntad no le dejaría ni un céntimo. Por lo cual, según tengo entendido, usted rompió el compromiso y se marchó.

Gerald sonrió.

—Es un modo muy crudo de exponer las cosas, inspector Neele. La verdad es que fui víctima de mis opiniones políticas. Rex Fortescue pertenecía al peor tipo de capitalista. Naturalmente, no iba a sacrificar por dinero mis ideales políticos y convicciones.

—Pero ahora no tiene inconveniente en casarse con una mujer que acaba de heredar cincuenta mil libras. Gerald amplió su sonrisa.

—En absoluto, inspector Neele. Ese dinero podré emplearlo en beneficio de la

comunidad. Pero me figuro que no habrá venido aquí para discutir mi posición económica... o mis ideas políticas.

—No, señor Wright. Quería hablarle de una simple cuestión. Como usted ya sabe, la señora Adela Fortescue murió la tarde del cinco de noviembre de resultas de haber ingerido cianuro potásico, y puesto que aquella tarde usted se encontraba en las cercanías de Villa del Tejo, creí posible que hubiera visto u oído algo que nos ayudara a aclarar este caso.

—Y ¿qué es lo que le hace creer que yo estuve en las cercanías, como usted dice, de Villa del Tejo aquella tarde precisamente?

—Usted salió del hotel a las cuatro y cuarto, señor Wright, y anduvo por la carretera en dirección a Villa del Tejo. Era natural suponer que era allí a donde se dirigía.

—Lo pensé —dijo Gerald Wright—, pero luego me di cuenta de que no tenía motivo para ir allí. Ya había quedado citado con la señorita Fortescue... Elaine... a las seis en el hotel. Fui a dar un paseo por un camino que parte de la carretera principal y regresé al Golf Hotel antes de las seis. Elaine no acudió a la cita. Lo cual es muy natural, dadas las circunstancias.

—¿Vio a alguien durante su paseo, señor Wright?

—Creo que pasaron varios coches por la carretera. No vi a nadie, si es eso lo que le interesa saber. El camino estaba demasiado enlodado y era muy malo para los automóviles.

—De modo que desde las cuatro y cuarto, hora en que usted salió del hotel, hasta las seis, en que regresó, sólo tengo su palabra para saber en dónde estuvo.

Gerald Wright continuó sonriendo con aire de superioridad.

Muy molesto para los dos, inspector, pero así es.

—Entonces, si alguien dijera que se asomó a una ventana y le vio en el jardín de Villa del Tejo a eso de las cuatro treinta y cinco... —Hizo una pausa dejando la frase incompleta.

—Apenas se veía ya —dijo Gerald alzando las cejas—. Creo que sería muy difícil poder asegurarlo.

—¿Conoce usted al señor Vivian Dubois, que también se hospeda en este hotel?

—Dubois... ¿Dubois? No, no creo. ¿Es ese joven moreno que tiene tan buen gusto para los zapatos?

—Sí. También salió a dar un paseo aquella tarde, y también abandonó el hotel pasando ante Villa del Tejo. ¿No se lo encontró por casualidad en la carretera?

—No, no. No puedo decir que le hay a visto.

Gerald Wright, por primera vez, pareció algo preocupado.

—La verdad, no era una tarde muy a propósito para paseos —dijo el inspector—, sobre todo después de oscurecer y por un camino convertido en un barrizal. Es curioso lo animados que estaban todos.

Cuando el inspector Neele regresó a la rasa fue recibido por el sargento Hay con aire de satisfacción.

—He averiguado lo de los mirlos, señor —le dijo.

—¿Ah, sí? ¿De veras?

—Sí, señor. Estaban en un pastel. Un pastel frío que dejaron para la cena del domingo. Alguien fue a buscarlo a la despensa o donde estuviera, le quitaron la corteza y luego sacaron el relleno, carne picada y jamón, ¿y qué dirá usted que pusieron en cambio? Unos mirlos hediondos que cogieron del cobertizo del jardinero. Una broma bastante desagradable, ¿no cree?

—*¿No era un plato delicioso para el rey desayunar?* —recitó el inspector Neele.

Y dejó al sargento Hay de una pieza.

Capítulo XVIII

1

—Aguarda un momento —dijo la señorita Ramsbatton—. Este solitario me va a salir.

Trasladó un rey seguido de su acompañamiento a un espacio libre; puso un siete rojo sobre un ocho negro, agregó el cuatro, cinco y seis de trébol en la columna correspondiente; hizo algunas otras rápidas modificaciones, y al fin se echó hacia atrás con un suspiro de satisfacción.

—Es el Doble Jota —dijo—. No suele salir a menudo.

Y tras contemplarlo con orgullo alzó los ojos hasta la joven que se hallaba de pie junto a la chimenea.

—¿De modo que tú eres la esposa de Lance? —le dijo.

Pat, que había recibido aviso de acudir a las habitaciones de la señorita Ramsbatton, asintió con un movimiento de cabeza:

—Sí.

—Eres alta —dijo la anciana—, y pareces sana.

—Tengo muy buena salud.

—La mujer de Percival está muy fofa —replicó la señorita Ramsbatton—. Come demasiados dulces y no hace suficiente ejercicio. Bueno, siéntate, pequeña; siéntate. ¿Dónde conociste a mi sobrino?

—Le conocí en Kenya cuando estuve allí pasando una temporada con unos amigos.

—Tengo entendido que ya estuviste casada.

—Sí, dos veces.

La señorita Ramsbatton hizo un gesto de asombro.

—Divorcio, supongo.

—No —repuso Pat con voz un tanto insegura—. Murieron... los dos. Mi primer marido era piloto de guerra. Le mataron durante la conflagración.

—¿Y el segundo? Deja que piense... alguien me lo explicó... Sé pegó un tiro, ¿no es cierto?

Pat asintió en silencio.

—¿Por tu culpa?

—No —replicó Pat—. No fue culpa mía.

—Se dedicaba a las carreras de caballos, ¿verdad?

—Sí.

—En mi vida estuve en las carreras —dijo la señorita Ramsbatton—. Apuestas y

juegos de cartas... son vicios del demonio.

Pat no chistó.

—Yo no me metería ni en broma en un teatro o cine —dijo la señorita Ramsbatton—. ¡Ah, vivimos en un mundo pervertido! En esta casa se vivía mal, pero Dios les ha castigado.

Pat seguía sin saber qué decir. Se preguntaba si la tía de Lance no estaría algo perturbada. Sin embargo, le desconcertaba su mirada astuta.

—¿Qué es lo que sabes de la familia en la que acabas de ingresar? —le preguntó la anciana.

—Supongo que lo que se sabe siempre en estos casos —dijo Pat.

—¡Hum...! Tienes algo de razón. Bueno, voy a contarte algo. Mi hermana era una tonta, mi cuñado un bribón. Percival rastrero y solapado y tu Lance fue siempre la oveja negra de la familia.

—Creo que eso es una tontería —dijo Pat con firmeza.

—Puede que tengas razón —replicó inesperadamente la anciana—. No es posible colgarle una etiqueta a cada persona. Pero no desprecies a Percival. Existe cierta tendencia a creer que aquéllos que ostentan la etiqueta de «buenos» son también estúpidos. Percival no lo es ni un ápice. Es muy listo, pero lo disimula con su mojigatería. Nunca me he preocupado de él. Permíteme que te diga que no *confío* en Lance ni le *apruebo*, pero no puedo evitar el tenerle cariño... Es muy atolondrado... siempre lo ha sido. Tendrás que vigilarle para que no vaya demasiado lejos. Dile que no crea todo lo que él le diga. En esta casa son todos mentirosos. —Tía Effie concluyó, satisfecha—: Fuego y azufre serán su merecido.

El inspector Neele terminaba una conversación telefónica con Scotland Yard.

El subcomisario le decía desde el otro extremo del hilo:

—Podremos obtener esa información que nos pide... recorriendo los sanatorios particulares. Claro que *puede* haber muerto.

—Es probable. Ha pasado mucho tiempo.

Viejas culpas dejan larga huella. Había dicho la señorita Ramsbatton... con tono insinuante, como si quisiera indicarle una pista.

—Es una teoría fantástica —dijo el subcomisario.

—No, lo sé, señor, pero no creo que debamos pasarla por alto. Demasiadas cosas concuerdan con...

—Sí... sí... centeno... mirlos... el nombre de pila...

—También me estoy concentrando en las otras pistas —explico Neele—. Dubois es una posibilidad... Wright otra... esa chica Gladys pudo haber visto cualquiera de los dos cerca de la puerta lateral... y dejar la bandeja en el recibidor para salir a ver quien era y que estaba haciendo... quienquiera que fuese pudo estrangularla entonces y llevar el cuerpo hasta el lugar donde se hallan los alambres de tender la ropa y ponerle la pinza en la nariz...

—¡Una locura! Y además desagradable.

—Sí, señor. Eso es lo que preocupó a esa anciana... me refiero a la señorita Marple. Es una señora muy agradable... y muy lista. Se ha trasladado a la casa... para estar cerca de la señorita Ramsbatton... y no tengo la menor duda de que se enterará de todo lo que ocurre.

—¿Qué va a hacer ahora, Neele?

—Tengo una cita con los abogados de Londres. Quiero averiguar alguna cosilla más sobre los asuntos de Rex Fortescue Y a pesar de que es una vieja historia, quisiera oír algo más acerca de la mina del Mirlo.

El señor Billingsley, de Billingsley. Horsethorpe y Walters, era un hombre cortés y de maneras amables. Era la segunda entrevista que el inspector Neele celebraba con él, y en esta ocasión la discreción del señor Billingsley fue menos notable que la primera. La triple tragedia ocurrida en Villa del Tejo había sacado al abogado de su reserva habitual y mostróse dispuesto a exponer todos los hechos ante la Policía.

—Todo esto es extraordinario —dijo—. Muy extraordinario. No recuerdo nada semejante en toda mi carrera.

—Con franqueza, señor Billingsley —repuso el inspector Neele—, necesitamos ayuda.

—Puede contar conmigo, inspector. Les ayudaré muy gustoso en todo lo que me sea posible.

—Primero permítame que le pregunte si conocía bien al finado señor Fortescue, y si tiene conocimiento de los negocios de su firma.

—Le conocía bastante bien Es decir, le he tratado durante unos... digamos, dieciséis años. Permítame decirle que no somos los únicos abogados que trabajamos para él, ni mucho menos.

El inspector asintió. Ya lo sabía. Billingsley, Horsethorpe y Walters, eran lo que pudiera llamarse los abogados intachables de Rex Fortescue. Para sus transacciones menos honradas había recurrido a otros muchos, distintos siempre y menos escrupulosos.

—¿Qué más quiere saber? —continuó el señor Billingsley—. Ya le he explicado las condiciones de su testamento... Percival Fortescue es su heredero universal.

—Ahora me interesa conocer el testamento de su viuda —dijo Neele—. Tengo entendido que a la muerte del señor Fortescue entró en posesión de la suma de cien mil libras.

Billingsley asintió.

—Una considerable cantidad, y puedo decirle, en confianza, que la sociedad apenas hubiera podido pagarla, inspector.

—Entonces, ¿no prospera la firma?

—Con franqueza y estrictamente entre nosotros —dijo el abogado—. Va a la deriva desde hace cosa de un año y medio.

—¿Por algún motivo especial?

—Pues sí. Yo diría que el motivo era el propio Rex Fortescue. Durante este último año estuvo actuando como un loco. Vendiendo buen género aquí, comprando material especulativo allá, y hablando mucho de todo ello del modo más extraordinario. No quería escuchar consejos de nadie. Percival... su hijo, ya sabe... vino aquí rogándome que

empleara mi influencia con su padre. Al parecer *él* ya lo había intentado, pero su padre se lo quitó de en medio. Bueno, hice cuanto pude, pero Fortescue no atendía a razones. La verdad, parecía otro hombre.

—Pero me figuro que no se mostraría abatido —dijo el inspector Neele.

—No, no. Muy al contrario. Extravagante y haciendo locuras.

El inspector asintió en silencio. La idea que se había forjado en su mente se iba fortaleciendo. Empezaba a comprender algunas de las causas que motivaron los rozamientos entre Percival y su padre. El señor Billingsley continuaba:

—Es inútil que me pregunte por el testamento de su esposa. *Yo* no lo hice.

—No. Ya lo sé —repuso Neele—. Sólo estoy comprobando lo que tenía que dejar. En resumen, cien mil libras.

El señor Billingsley meneaba la cabeza enérgicamente.

—No, no, mi querido amigo. *Se equivoca usted.*

—¿Quiere decir que esas cien mil libras sólo podía disfrutarlas mientras viviera?

—No... no...; se las dejó para siempre. Pero existía una cláusula en el contrato poniendo cierta condición... Es decir, la esposa de Fortescue no heredaría esa suma a menos que le sobreviviera durante un mes. Lo cual, puedo decir, es una cláusula bastante corriente hoy en día. Suele hacerse debido a la poca seguridad de los viajes aéreos. Si dos personas mueren en un accidente de aviación, se hace difícil decir cuál es el superviviente y surgen una serie de problemas de lo más curioso.

El inspector Neele le miraba con fijeza.

—Entonces, Adela Fortescue no tenía cien mil libras que dejar. ¿Qué ha sido de ese dinero?

—Ha vuelto a quedar en la firma comercial. O más bien, ha vuelto a manos de su heredero universal.

—Y ese heredero universal es Percival Fortescue.

—Exacto —dijo Billingsley—. A manos de Percival Fortescue. Y en el estado en que se encontraban los asuntos de la razón social... ¡yo diría que le hacían mucha falta!

—Los policías queréis saberlo todo —decía el doctor amigo del inspector Neele.

—Vamos, Bob, suéltalo.

—Bueno, como estamos los dos solos, afortunadamente, no podrás comprometerme. Pero ¿sabes?, creo que tienes razón. La familia lo sospechaba y quiso que le viera un médico. Él no lo consintió. Actuaba del modo que has descrito. Pérdida de la razón, megalomanía, ataques violentos de furor... delirio de grandeza... creyéndose un genio de las finanzas. Cualquiera en sus condiciones hubiera llevado a la ruina un negocio solvente... a menos que alguien le contuviera... y eso no es cosa fácil... sobre todo cuando el interesado sabe lo que se persigue. Sí... yo diría que tus amigos han tenido la suerte de que muriera.

—No son amigos míos —replicó Neele, y repitió lo que dijera en otra ocasión.

—*Son una gente muy desagradable...*

Capítulo XIX

En Villa del Tejo la familia Fortescue se hallaba reunida en la biblioteca. Percival Fortescue, apoyada la espalda contra la chimenea, se dirigía a todos los presentes.

—Todo está muy bien —decía—. Pero esta situación es insostenible. La Policía entra y sale y no nos dice nada. Se supone que tiene alguna pista. Entretanto, todo sigue estacionado. Uno no puede hacer planes, ni disponer las cosas para el porvenir.

—¡Son tan poco considerados! —dijo Jennifer—. ¡Y tan estúpidos!

—Siguen sin dejarnos salir de casa —continuó Percival—. No obstante, creo que entre nosotros podríamos trazar y discutir nuestros proyectos para el futuro. ¿Qué vas a hacer tú, Elaine? Supongo que vas a casarte con... ¿cuál es su nombre?...

—¿Gerald Wright? ¿Tienes idea de cuándo será la boda?

—Lo más pronto posible —replicó Elaine.

Percival frunció el ceño.

—Quieres decir... ¿dentro de seis meses?

—No, no. ¿Por qué hemos de esperar seis meses?

—Creo que sería lo más correcto —dijo Percival.

—¡Cállate, calamidad! —dijo Elaine—. Un mes es lo más que esperaremos.

—Bueno, eres tú quien debe decidir. ¿Y cuáles son tus planes una vez casada, si es que los tienes?

—Pensamos instalar una escuela.

Percival meneó la cabeza.

—Es muy arriesgado, en estos tiempos. Con la falta de servicio doméstico, y la dificultad de encontrar profesores adecuados... la verdad, Elaine, me parece muy bien, pero yo de ti lo pensaría dos veces.

—Lo hemos pensado. Gerald opina que todo el futuro del país depende de que la juventud reciba la debida educación.

—Pasado mañana iré a ver al señor Billingsley —dijo Percival—. Tenemos que tratar de varios asuntos económicos. Me sugirió que tal vez te gustara emplear el dinero que te dejó papá en un seguro vitalicio para ti y tus hijos. Hoy en día es una inversión sensata.

—No quiero —dijo Elaine—. Necesitaremos el dinero para montar la escuela. Hay una casa muy a propósito y nos han dicho que se halla en venta. Está en Cornwall. Tiene unos alrededores muy bonitos y es un edificio bastante bueno. Tendremos que añadirle algunas alas...

—¿Quieres decir... quieres decir que vas a emplear todo tu dinero en ese negocio? La verdad, Elaine, *no creo* que obres con sensatez

—Es mucho más sensato sacarlo de la firma que dejarlo, me parece —dijo Elaine—.

Tú mismo dijiste, Val, antes de que muriera papá, que las cosas iban bastante mal.

—Siempre se dicen esas cosas —dijo Percival con vaguedad—, pero eso de sacar todo tu capital para enterrarle en la compra, montaje y mantenimiento de una escuela, es una locura, Elaine. Te quedarás sin un céntimo.

—Será un éxito —repuso Elaine, testaruda.

—Opino como tú —dijo Lance, repantigado en su butaca—. Tengo una corazonada, Elaine. En mi opinión será un colegio muy extraño, pero es lo que queréis... tú y Gerald. Si perdieras el dinero siempre tendrías la satisfacción —de haber hecho tu gusto.

—Era de esperar que dijeras eso precisamente, Lance —dijo Percival con acritud.

—Lo sé, lo sé —repuso Lance—. Soy el hijo pródigo. Pero todavía sigo pensando que he disfrutado mucho más de la vida que tú, Percival.

—Eso depende de a lo que llames disfrutar —replicó Percival con frialdad—. Cuéntanos tus planes, Lance. Supongo que regresarás a Kenya... o al Canadá... escalarás el Everest, o proyectarás algo fantástico...

—¿Porqué piensas eso? —dijo Lance.

—Pues porque, nunca te has mostrado inclinado a disfrutar de una vida hogareña en Inglaterra.

—Uno cambia cuando se hace mayor —contestó Lance—. Se sienta la cabeza. ¿Sabes, Percy? Tengo el proyecto de convertirme en un sobrio hombre de negocios.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que voy a trabajar contigo en el negocio. —Lance sonrió mostrando su dentadura—. ¡Oh, claro, tú eres el socio principal! Tú tienes la parte del león. Yo soy sólo el hermano menor. Pero *tengo* mi parte y ella me da derecho a intervenir ¿no es así?

—Pues... si... claro, si lo miras por ese lado. Pero puedo asegurarte, querido hermanito, que vas a aburrirte mucho, muchísimo.

—¿Tú crees? No pienso aburrirme.

—¿Es que piensas seriamente entrar en el negocio, Lance?

—¿Tener mi parte en el pastel? Sí, eso es lo que voy a hacer.

—Las cosas están bastante mal ahora —dijo Percival—. Ya lo verás. Voy a hacer todo lo que pueda por pagar a Elaine su parte, si es que insiste en tenerla.

—¿Ves, Elaine? Has sido muy lista al reclamar tu dinero mientras todavía existe —comentó Lance.

—La verdad, Lance, tus bromas son de muy mal gusto —Percival habló con acritud.

—Creo, Lance, que deberas tener más cuidado con lo que dices —intervino Jennifer.

Sentada cerca de la ventana, Pat les iba estudiando uno por uno. Si fue esto lo que quiso decir Lance al hablarle de que iba a retorcerle el rabo a Percival, podía comprobar que cumplía sus propósitos. La impasibilidad de Percival era completamente fingida. En aquel momento exclamaba, indignado:

—¿Hablas en serio, Lance?

—Y tan en serio.

—Sabes que no durarás mucho. Te cansarás en seguida.

—¿Yo? ¡Qué va! Creo que un cambio me hará mucho bien. Un despacho en la ciudad... mecanógrafas que entran y salen. Tendré una secretaria rubia como la señorita Grosvenor... ¿se llama Grosvenor? Supongo que tú la habrás despedido. Pero yo buscaré una como ella. « Sí, señor Lancelot; no, señor Lancelot ». « Su té, señor Lancelot ».

—¡Oh, no digas tonterías! —estalló Percival.

—¿Por qué estás tan enfadado, mi querido hermano? ¿No me imaginas compartiendo contigo las preocupaciones del negocio?

—No tienes la menor idea de lo revuelto que anda todo.

—No, es verdad. Tendrás que ponerme al corriente del negocio.

—Primero tendrás que comprender que durante los últimos seis meses papá no era el mismo de antes. Estuvo cometiendo las tonterías más grandes... Vendiendo buenos géneros, y adquiriendo materiales sin valor. Algunas veces arrojó el dinero a manos llenas. Se diría que sólo por el placer de gastarlo.

—En resumen —dijo Lance—, que para la familia ha sido un bien que encontrara taxina en su té.

—Ésa es una fea manera de exponer las cosas, pero hay que reconocer que ello nos ha salvado de la bancarrota. Ahora tendremos que ser extremadamente prudentes algún tiempo.

Lance movió la cabeza:

—No estoy de acuerdo contigo. Las precauciones nunca conducen a nada. Hay que correr algunos riesgos. Ir en busca de algo grande.

—No estoy de acuerdo —replicó Percy—, prudencia y economía. Ésa es nuestra consigna.

—Pero no la mía —dijo Lance.

—Recuerda que tú eres el socio más joven —repuso Percival.

—Está bien. Está bien, pero tengo derecho a opinar.

Percival paseó de un lado a otro de la habitación muy agitado.

—No servirá de nada. Yo te aprecio mucho...

—¿De veras? —le atajó Lance, pero Percival pareció no haberle oído.

—... pero la verdad, no creo que nos llevemos bien estando juntos. Nuestros puntos de vista son totalmente opuestos.

—Eso puede ser una ventaja —hizo observar Lance.

—Lo único sensato —dijo Percival—, es disolver la sociedad.

—Quieres comprarme mi parte para que me marche... ¿es esa tu idea?

—Querido hermano, es lo único sensato que cabe hacer, puesto que nuestros pareceres son tan distintos.

—Si encuentras dificultad en pagar a Elaine su herencia, ¿cómo te las vas a arreglar para darme mi parte?

—Bueno, no me refería a liquidarla en efectivo —dijo Percival—. Podríamos... er...

repartirnos los géneros.

—Quedándote tú lo mejor y dándome a mí lo peor y más difícil de vender, supongo.

—Eso parece ser lo que tú prefieres —dijo Percival.

Lance sonrió de pronto.

—En cierto modo tienes razón, Percy. Pero no puedo hacer enteramente mi gusto. Tengo a Pat.

Los dos hombres dirigieron sus ojos hacia ella. Pat abrió la boca volviéndola a cerrar sin decir nada. Fuera cual fuese el juego que Lance se traía entre manos, era mejor no intervenir. Estaba segura de que su esposo perseguía un fin especial, aunque ignoraba cuál era.

—Ves enumerándolas, Percy —dijo Lance, riendo—. Las minas de diamantes rubíes inaccesibles, concesiones de explotación de petróleo donde no lo hay. ¿Crees que soy tan tonto como parezco?

—Claro que algunas de estas pertenencias son altamente especulativas, pero recuerda que *pueden* llegar a tener un valor inmenso.

—Ya has cambiado de táctica, ¿verdad? —dijo Lance, riendo—. Vas a ofrecerme las últimas adquisiciones absurdas de papá, como la vieja mina del Mirlo y otras cosas por el estilo. A propósito, ¿te ha preguntado el inspector por esa mina del Mirlo?

Percival frunció el ceño.

—Sí. No puedo imaginar qué es lo que quería saber. No pude decirle mucho. Tú y yo éramos unos niños entonces Sólo recuerdo vagamente que papá fue allí y volvió diciendo que ríó valía nada.

—¿Qué era... una mina de oro?

—Creo que sí. Papá volvió bastante seguro de que allí no había oro. Y permíteme que te diga que no era un hombre capaz de equivocarse en eso.

—¿Quién le metió en aquel asunto? Un hombre llamado Mackenzie, ¿verdad?

—Sí. Ese Mackenzie murió allí.

—Mackenzie murió allí —repitió Lance, pensativo—. ¿No hubo una escena terrible? Creo recordar... La señora Mackenzie, ¿no era ella?, vino aquí. Gritando contra papá. Le llenó de maldiciones. Y le acusó, si no recuerdo mal, de haber asesinado a su esposo.

—No me acuerdo de nada —dijo Percival en tono de reproche.

—Pues yo sí —replicó Lance—. A pesar de que era bastante más pequeño que tú. Tal vez por eso me chocó más. Me pareció una escena muy dramática. ¿Dónde estaba esa mina del Mirlo? En el África occidental, ¿no es eso?

—Sí, creo que sí.

—Debo repasar esos papeles cualquier rato —dijo Lance—, cuando vaya al despacho.

—Puedes estar bien seguro de que papá no se equivocó. Si él volvió diciendo que no había oro, es que no lo había.

—Es probable que en eso tengas razón —le contestó Lance—. ¡Pobre señora

Mackenzie! Me pregunto qué habrá sido de ella y de esos dos pequeños que trajo consigo.
Es curioso... ahora ya deben ser mayores.

Capítulo XX

El inspector Neele se hallaba en la sala de visitas del sanatorio particular « Los Pinos », sentado ante una anciana de cabellos grises. Helen Mackenzie tenía sesenta y tres años, a pesar de que no los representaba. Sus ojos eran azules y de mirar ausente, y su barbilla desdibujada y débil. De vez en cuando fruncía el labio superior. Sobre su regazo había un gran libro que no dejaba de mirar mientras el inspector Neele la interrogaba. Neele conservaba en su mente los términos de su entrevista con el doctor Crosbie, director del establecimiento.

—Es una paciente voluntaria —le había dicho el médico—. Sin certificado.

—Entonces, ¿no es peligrosa?

—¡Oh, no! La mayor parte del tiempo se halla tan cuerda como usted o como yo. Y ahora está pasando una buena temporada, así que podrá usted sostener una conversación normal con ella.

Y con este recuerdo, el inspector Neele comenzó su interrogatorio.

—Ha sido muy amable al recibirme, señora —le dijo—. Mi nombre es Neele. He venido a verla a causa del señor Fortescue, que ha fallecido recientemente. Rex Fortescue. Espero que recuerde ese nombre.

Los ojos de la señora Mackenzie seguían fijos en el libro, y contestó:

—No sé de quién me está hablando.

—Del señor Fortescue, señora. Rex Fortescue.

—No —replicó ella—. No. Desde luego que no.

El inspector Neele se quedó algo desconcertado. Se preguntaba si era aquello lo que el doctor Crosbie consideraba un estado normal.

—Creo, señora Mackenzie, que usted le conoció hace muchos años.

—No, la verdad —replicó la anciana—. Fue ayer.

—Ya —dijo el inspector, sin saber qué pensar—. Creo que fue usted a visitarle hace muchos años, a su residencia de Villa del Tejo.

—Una casa muy ostentosa —comentó la señora Mackenzie.

—Sí, sí, tiene razón. Tengo entendido que tuvo negocios con su esposo de usted acerca de cierta mina de África. La mina del Mirlo, creo que se llamaba.

—Tengo que leer mi libro —dijo la señora Mackenzie—. No hay mucho tiempo y tengo que leer mi libro.

—Sí, señora, sí; lo comprendo perfectamente. —Hizo una pausa antes de continuar—. El señor Mackenzie y el señor Fortescue fueron juntos a África para inspeccionar la mina.

—Esa mina era de mi esposo —dijo la anciana—. Él la encontró y pidió la concesión. Quería dinero para poder explotarla. Y fue a ver a Rex Fortescue. Si yo hubiera sido más

inteligente, si hubiera sabido más, no le hubiera dejado hacerlo.

—No, ya comprendo. Y entonces fue cuando marcharon juntos a África, y allí murió su esposo, víctima de la fiebre.

—Tengo que leer mi libro —repitió la señora Mackenzie.

—¿Usted cree que el señor Fortescue estafó a su esposo, Señora Mackenzie?

Sin alzar los ojos del libro, la anciana dijo:

—¡Qué estúpido es usted!

—Sí, sí... pero comprenda; ha pasado tanto tiempo que resulta bastante difícil hacer averiguaciones acerca de una cosa que terminó tantos años atrás.

—¿Quién dijo que ha terminado?

—Yo. ¿Usted no cree que haya terminado?

—*Ningún asunto está terminado hasta que termina bien.* Kipling lo dijo. Nadie lee a Kipling hoy en día, pero fue un gran hombre.

—¿Y usted cree que este asunto terminará bien uno de estos días?

—Rex Fortescue ha muerto, ¿no es cierto? Usted lo ha dicho.

—Fue envenenado —repuso Neele.

La señora Mackenzie echóse a reír.

—¡Qué tontería! —dijo—. Murió de la fiebre.

—Estoy hablando de Rex Fortescue.

—Y yo también. —Alzó de pronto la vista y sus ojos azules se encontraron con los del inspector—. Vamos —continuó—, murió en su cama, ¿no es cierto? ¿Murió en su cama?

—Murió en el Hospital de San Judas.

—Nadie sabe dónde murió mi esposo —dijo la señora Mackenzie—. Nadie sabe dónde murió ni dónde le enterraron... Lo único que se sabe es lo que *dijo* Rex Fortescue.

¡Y Rex Fortescue —era un mentiroso!

—¿Cree usted que pudo haber algún fraude?

—Fraude, fraude... Las gallinas ponen huevos, ¿no?

—¿Usted cree que Rex Fortescue fue responsable de la muerte de su esposo?

—Esta mañana tomé un huevo para desayunar —dijo la anciana—. Y también muy fresco. Es sorprendente, ¿no le parece? ¡Cuando uno piensa que han pasado cerca de treinta años!

Neele aspiró el aire con fuerza. A aquel paso no iba a llegar a ninguna parte, pero perseveró.

—Alguien puso unos mirlos muertos sobre el escritorio de Rex Fortescue un mes o dos antes de su muerte.

—Eso es interesante... muy, muy interesante.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo hacerlo, señora?

—Las ideas no ayudan a nadie. Hay que actuar. Yo les eduqué para eso, ¿sabe?, para actuar.

—¿Se refiere a sus hijos?

—Sí. Donald y Rudy. Tenían nueve y siete años cuando se quedaron huérfanos. Yo se lo dije. Se lo he estado diciendo cada día. Se lo hice jurar cada noche.

El inspector Neele inclinóse hacia delante.

—¿Qué es lo que les hizo jurar?

—Que le matarían, naturalmente.

—Ya.

Y acto seguido el inspector preguntó, como si fuera lo más lógico del mundo:

—¿Y lo hicieron?

—Donald fue a Dunkerque. No regresó. Me enviaron un telegrama diciendo que había muerto. « Sentimos comunicarle que fue muerto en plena acción ». Acción, ya ve usted, en una acción equivocada.

—Lo siento, señora. ¿Y qué fue de su hija?

—No tengo ninguna hija —repuso la señora Mackenzie.

—Acaba de hablarme de ella ahora mismo —dijo Neele—. Su hija, Rudy.

—Rudy. Sí, Rudy —inclinóse hacia delante—. ¿Usted sabe lo que le he hecho a Rudy?

—No, señora. ¿Qué le ha hecho?

—Mire aquí en el libro —musitó de pronto.

Entonces vio que lo que tenía en su regazo era una Biblia. Era muy antigua y al abrirla por la primera página, Neele vio varios nombres escritos en ella. Era a todas luces una Biblia familiar, en la que se había seguido la antigua costumbre de inscribir a cada recién nacido. La señora Mackenzie señaló con el índice los dos últimos nombres: « Donald Mackenzie » con la fecha de su nacimiento, y « Rudy Mackenzie » con la del suyo. Mas sobre este nombre habían trazado una gruesa línea.

—¿Lo ve? —dijo la anciana—. La borré del libro. ¡La borre para siempre! El Ángel del Registro no podrá encontrar aquí su nombre.

—¿Borró su nombre del libro? ¿Por qué, señora?

La señora Mackenzie le miró de hito en hito.

—Usted sabe por qué.

—¿Pero si no lo sé! De veras que no lo sé.

—No tenía fe. Usted sabe que perdió la fe.

—¿Dónde está su hija ahora, señora?

—Ya se lo he dicho. No tengo hija. Ya no existe Rudy Mackenzie.

—¿Quiere decir que ha muerto?

—¿Muerto? —La mujer echóse a reír—. Sería mucho mejor para ella haber muerto. Mucho mejor. Mucho, muchísimo mejor. —Suspiró removiéndose inquieta en su silla. Luego, recobrando sus modales corteses, agregó—: Lo siento mucho, pero me temo no poder seguir hablando con usted. Se está acortando el tiempo y *debo* leer mi libro.

La señora Mackenzie ya no contestó a las preguntas de Neele. Limitóse a hacer un ligero gesto de desagrado y continuó leyendo su Biblia resiguiendo cada línea con el dedo índice.

El inspector Neele dejó a la señora Mackenzie y volvió a entrevistarse con el director.

—¿Vienen a verla algunos parientes? —quiso saber—. ¿Una hija, por ejemplo?

—Creo que en tiempos de mi antecesor vino a verla una hija suya, pero su visita la agitó tanto que le aconsejamos que no volviera. Desde entonces siempre hemos tratado con sus abogados.

—¿Y no tiene idea de dónde puede encontrarse ahora Rudy Mackenzie?

—No. —El director movió la cabeza.

—¿No sabe si se ha casado, tal vez?

—No sé nada, todo lo que puedo hacer es darle la dirección de los abogados que se entienden con nosotros.

El inspector Neele ya había tratado con ellos. Y no fueron capaces, o por lo menos eso dijeron, de informarle. Les había sido confiada una cantidad por la señora Mackenzie, que ellos administraban. Estos arreglos fueron hechos años atrás y desde entonces no volvieron a ver a la señora Mackenzie.

El inspector procuró obtener la descripción de Rudy Mackenzie, pero los resultados no fueron muy alentadores. Iba tal número de personas a visitar a los pacientes que al cabo les era imposible recordar a una sin confundirla con otra. La matrona, que llevaba varios años en el sanatorio, creía recordar que la señorita Mackenzie era menuda y morena. La única enfermera que estuvo allí por aquel tiempo decía en cambio que era rubia y muy corpulenta.

—De modo que ahí tiene —decía Neele al informar al subcomisario—. Esto es una locura y todo conuerda. *Debe* significar algo.

El subcomisario asintió, pensativo.

—Los mirlos del pastel ligan con la mina del Mirlo; centeno en el bolsillo del muerto, pan y miel con el té de Adela Fortescue. Claro que eso no es concluyente. Al fin y al cabo, cualquiera puede tomar pan y miel con el té. El tercer crimen, esa chica estrangulada y con una pinza prendida en la nariz. Sí, una locura, pero desde luego no hay que pasarla por alto.

—Aguarde un minuto, señor —dijo el inspector Neele.

—¿Qué ocurre?

Neele tenía el entrecejo fruncido.

—¿Sabe? Lo que acaba de decir no suena bien. Hay un error. —Movi6 la cabeza, suspirando—. No. No doy con ello.

Capítulo XXI

1

Lance y Pat paseaban por los bien cuidados jardines que rodeaban Villa del Tejo.

—Espero que no te molestarás, Lance —musitó Pat—, si te digo que éste es el jardín más horrible que he visto.

—No me enfado —replicó Lance—. ¿Lo es? La verdad es que no lo sé. Creo que hay tres jardineros trabajando continuamente.

—Tal vez sea ése el error —dijo Pat—. No se ha reparado en gastos, pero carece de gusto personal. Los rododendros apropiados... que se abonan a su debido tiempo...

—Bien; ¿qué plantarías tú en un jardín inglés, Pat, si lo tuvieras?

—En mi jardín pondría malvas, espuela de caballero, y campanillas, ningún parterre ni esos horribles tejos.

Y dirigió una mirada de disgusto a los oscuros setos.

—Asociación de ideas —dijo Lance.

—Hay algo espeluznante en un asesino —dijo la joven—. Quiero decir que debe tener una mentalidad en la que sólo cabe la venganza.

—¿Es esa tu opinión? ¡Es curioso! Yo le imagino práctico y con mucha sangre fría.

—Supongo que también puede ser así. —Y resumió con un estremecimiento—: De todas maneras, cometer tres crímenes... *Tiene* que estar loco.

—Sí —repuso Lance en voz baja—. Eso me temo. —Y alzando la voz exclamó—: Por amor de Dios, Pat, vete lejos de aquí. Regresa a Londres. Vete a Devonshire o a los Lagos... A Stratfordon Avon o a contemplar los Norfolk Broads. La Policía no pondrá inconveniente... tú no tienes nada que ver en todo esto. Tú estabas en París cuando asesinaron al viejo y en Londres cuando murieron las otras dos. Te digo que me preocupa verte aquí.

Pat hizo una pausa antes de preguntar con voz queda:

—Tú sabes quién es, ¿verdad?

—No, no lo sé.

—Pero te *parece* que lo sabes... Por eso temes por mí... Me gustaría que me lo dijese.

—No puedo decírtelo. No sé nada. Pero quisiera verte lejos de aquí.

—No voy a marcharme, querido. Me quedo... sea para bien o para mal. Ése es mi deber. —Y agregó con un súbito estremecimiento—: Solo que conmigo siempre sucede lo peor.

—¿Qué quieres, decir, Pat?

—Que traigo mala suerte. Eso es lo que quiero decir. Traigo mala suerte a todos los que tienen contacto conmigo.

—Mi querida y adorable tontuela. A mí no me has traído mala suerte. Fíjate, después que me casé contigo el viejo me pidió que volviera a casa e hiciéramos las paces.

—Sí, ¿y qué sucedió al llegar a tu casa? Ya te lo he dicho, traigo la negra.

—Escucha, cariño, no tienes razón. Eso es simple y pura superstición.

—No puedo evitarlo. Algunas personas traen mala suerte. Yo soy una de ellas.

Lance rodeó sus hombros con su brazo y la sacudió violentamente.

—Tú eres mi Pat y el estar casado contigo es la mayor suerte del mundo. De modo que métete esto en tu estúpida cabecita. —Luego calmándose, dijo con voz más grave—: Pero, en serio, Pat; ten cuidado. Si *hay* algún perturbado que anda suelto por aquí, no quiero que seas tú quien pare la bala o beba el brebaje.

—O beba el brebaje, como dices tú.

—Cuando yo no esté, no te separes de esa anciana. ¿Cómo se llama...? Marple. ¿Por qué crees que tía Effie la ha invitado a quedarse aquí?

—Sólo Dios sabe por qué hace las cosas tía Effie. Lance, ¿cuánto tiempo *vamos* a quedarnos aquí?

Lance alzó los hombros.

—Es difícil precisarlo.

—No creo —dijo Pat— que hayamos sido sinceramente bien venidos. Supongo que ahora la casa pertenece a tu hermano. Y él no quiere que nos quedemos. ¿No es así?

Lance echóse a reír.

—El no, pero de todos modos nos soportará de momento.

—¿Y después? ¿Qué es lo que vamos a hacer, Lance? ¿Regresaremos a África o qué?

—¿Es eso lo que te gustaría, Pat?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Pues es una suerte —repuso Lance—, porque a mí también. No me gusta mucho este país.

El rostro de Pat se iluminó.

—¡Qué bien! Por lo que dijiste el otro día, tuve miedo de que pensaras quedarte.

Un brillo maléfico apareció en los ojos de Lance.

—Tendrás que guardar en secreto nuestros planes, Pat —le dijo—. Tengo intención de retorcerle un poquito el rabo a mi hermano Percival.

—¡Oh, Lance, ten cuidado!

—Lo tendré, cariño; pero no veo por qué el viejo Percy tiene que salirse siempre con la suya.

La señorita Marple, sentada en la gran sala, escuchaba atentamente a la esposa de Percival Fortescue, con la cabeza ligeramente ladeada, como una graciosa cacatúa. La señorita Marple desentonaba en aquella estancia. Su figura ligera desaparecía entre el brocado del sofá y los numerosos almohadones que la rodeaban. La anciana *se* sentaba muy erguida, pues de niña la enseñaron a usar un corselete para sujetar la espalda y evitar que se encorvara. En un gran butacón junto a ella, y vestida de negro, hallábase la esposa de Percival, charlando volublemente.

—Exacto —pensó la señorita Marple—. Igual que la pobre señora Emmett, la esposa del banquero.

Recordaba cierta ocasión en que la señora Emmett fue a visitarla para hablarle de una tómbola y una vez arreglado aquel asunto comenzó a charlar y charlar. La señora Emmett ocupaba una posición difícil en Saint Mary Mead No pertenecía a la vieja guardia de señoras de medios reducidos que vivían en lindas casitas alrededor de la iglesia, y que conocían íntimamente todas las ramificaciones de las familias del condado, incluso las que no eran de allí. El señor Emmett, el director del Banco, se había casado por encima de él y el resultado fue que su esposa se vio muy sola, puesto que, claro, no podía alternar con las esposas de los comerciantes. El snobismo alzó su orgullosa cabeza condenando a la señora Emmett a un aislamiento permanente.

La necesidad de hablar fue haciéndose cada día mayor para ella y en aquella ocasión rompió los diques de contención y fue la señorita Marple quien recibió aquel torrente. Aquel día sintióse compadecida de la señora Emmett y ahora compadecía a la esposa de Percival Fortescue.

La esposa de Percival había tenido muchas penas que soportar y su alivio al poder descargarlas en una persona casi desconocida era enorme.

—Claro que no me gusta quejarme —decía la señora de Percival—. No soy de esa clase de personas. Lo que siempre he dicho es que hay que saber soportar las cosas. «Lo que no tiene remedio debe aguantarse», y estoy segura de no haber dicho nunca una palabra a *nadie*. La verdad es que resulta difícil saber a quién *iba* a poder decirselo. En ciertos aspectos una se siente muy sola aquí... muy sola. Claro que nos resulta muy conveniente, y representa un gran ahorro el tener nuestras habitaciones en esta casa, pero desde luego no es como vivir en casa propia. Estoy segura de que usted opina lo mismo.

La señorita Marple asintió.

—Por suerte, nuestra nueva casa está casi dispuesta para que nos traslademos. Sólo es cuestión de echar a los pintores y decoradores. ¡Son tan lentos! Claro que mi esposo está

muy satisfecho viviendo aquí, pero para un hombre es distinto. Es lo que siempre he dicho... para un hombre es distinto. ¿No le parece?

La señorita Marple dijo que estaba de acuerdo. Lo podía decir sin el menor escrúpulo de conciencia, porque ésa era su auténtica opinión. Los caballeros, según la señorita Marple, pertenecían a una categoría completamente distinta a la de su propio sexo. Necesitaban dos huevos con jamón para desayunar, tres comidas substanciosas al día y que no les contradijeran nunca antes de cenar.

La esposa de Percival continuaba:

—Mi esposo, sabe usted, se pasa el día en la ciudad. Cuando vuelve a casa está cansado y sólo quiere sentarse a leer. Y yo, en cambio, me paso todo el día sola y sin nadie con quien hablar. Me encuentro cómoda y la comida es excelente, pero lo verdaderamente necesario es tener un círculo social. La gente de estos alrededores no es de mi clase. La mayoría son lo que yo llamo una pandilla de jugadores de bridge, pero no de un bridge *agradable*. A mí me gusta el bridge tanto como a cualquiera, pero esa gente es muy rica. Juegan grandes cantidades y beben muchísimo. En resumen, la clase de vida que yo llamo «sociedad parásita». Luego hay un grupito de... bueno, sólo puede llamárseles *viejas solteronas*, a quienes le encanta plantar flores en tiestecitos con una pala y cuidar del jardín.

La señorita Marple sintióse algo molesta, puesto que era una gran aficionada a la jardinería.

—No quiero decir nada contra la difunta —resumió la esposa de Percival—, pero no cabe la menor duda de que el señor Fortescue quiero decir, mi padre político, cometió una tontería al casarse por segunda vez. Mí... bueno no puedo llamarla, mi madrastra, tenía mi misma edad. La verdad es que estaba loca por los hombres. Completamente loca. ¡Y cómo gastaba el dinero! Mi suegro estaba loco por ella. No le importaba pagar cuantas cuentas le presentaran. Eso irritaba mucho a Percy... muchísimo. Percy es siempre muy cuidadoso en los asuntos de dinero. Odia el despilfarro, Y luego, con lo raro y malhumorado que se volvió el señor Fortescue, con esos arranques de furor que le daban, y gastando el dinero a manos llenas. Bueno... no fue muy agradable.

La señorita Marple se atrevió a hacer un comentario.

—Eso debió de preocupar a su esposo.

—¡Oh, sí, ya lo creo! Durante este último año. Percy estuvo preocupadísimo. Y cambió mucho. Sus modales eran distintos, incluso conmigo. Algunas veces le hablaba y no me respondía. —La señora Fortescue suspiró antes de continuar—. Luego, Elaine, ya sabe, mi cuñada, es *tan extraña*. Siempre fuera de casa... No es precisamente que sea esquiva, pero no es simpática, ¿sabe? Nunca quiso acompañarme a Londres de compras, o al cine, ni nada de eso. Ni siquiera le interesan los vestidos. —La esposa de Percival volvió a suspirar y murmuró—: Pero, claro, no es que yo me queje... Debe parecerle raro que le hable de este modo siendo relativamente una extraña, pero la verdad, con esta tensión y sobresaltos... yo creo que lo peor son los sobresaltos... me siento tan

nerviosa que, la verdad... bueno tenía que hablar con *alguien*. Y usted me recuerda tanto a una persona muy querida, la señorita Trefusis James... Se fracturó el fémur cuando tenía setenta y cinco años. Costó mucho que se curara, y como yo fui su enfermera nos hicimos grandes amigas. Me regaló una capa de zorro cuando me marché y yo creo que fue muy amable.

—Sé lo que siente usted —dijo la señorita Marple.

Y era cierto. Resultaba evidente que su esposo le dedicaba muy poca atención, y la pobre mujer había procurado no hacer amistades entre el vecindario. El ir a Londres, de compras, y al cine, y el vivir en una casa lujosa no la compensaban de la falta de afecto entre ella y la familia de su esposo.

—Espero que no me juzgue mal por decirlo —dijo la señorita Marple con amable voz—. Pero, la verdad, creo que el finado señor Fortescue no debió ser un hombre muy agradable.

—No lo era —afirmó Jennifer—. Con toda franqueza, y entre usted y yo, era detestable. No me extraña... la verdad... que le quitaran de en medio.

—¿No tiene usted idea de quién...? —comenzó a decir la señorita Marple, pero se detuvo—. ¡Oh, Dios mío!, tal vez no debiera preguntárselo... ¿no tiene siquiera una ligera idea de quien... quien... bueno, quién imagina que pudo haber sido?

—¡Oh!, yo creo que fue ese hombre horrible... Crump. Nunca me ha gustado nada. ¡Tiene unos modales! No es que sea descortés, pero *resulta* grosero. Mejor dicho, impertinente.

—Sin embargo, tendría que haber un motivo, supongo.

—La verdad, no creo que esa clase de personas necesiten grandes motivos. Yo diría que el señor Fortescue le pillaría en algo. Pero lo que verdaderamente pienso es que está algo perturbado, ¿sabe? Como aquel lacayo, o mayordomo, que fue por la casa disparando contra todo el mundo. Claro que para ser sincera con usted, primero *sospeché* de Adela, pero ahora, claro, no podemos sospechar de ella, puesto que también ha sido envenenada. Pudo haber acusado a Crump, y éste perder la cabeza y poner alguna cosa en los bocadillos. Gladys le vería y por eso la mató también... creo que es muy peligroso tenerlo en casa. ¡Oh, Dios mío!, ojalá pudiera marcharme, pero me imagino que estos horribles policías no me dejarían. —Inclinándose hacia delante puso una de sus manos gordezuelas sobre el brazo de la señorita Marple—. Algunas veces siento que debo marcharme... que si esto no termina pronto yo... yo... *me escaparé*.

Echóse hacia atrás, estudiando el rostro de la señorita Marple.

—Pero tal vez... no fuese prudente...

—No... no creo que lo fuese... la policía no tardaría en encontrarla.

—¿Podrían? ¿De veras? ¿Usted cree que son lo bastante listos para eso?

—Es absurdo despreciar a la policía. El inspector Neele me parece un hombre muy inteligente.

—¡Oh! A mí me pareció bastante estúpido.

La señorita Marple meneó la cabeza.

—No puedo dejar de pensar... —Jennifer Fortescue vacilaba— que es peligroso permanecer aquí.

—¿Peligroso para usted, quiere decir?

—Pues... bueno... sssí...

—¿Por algo que usted sabe?

La señora Fortescue pareció tomar aliento.

—¡Oh, no!... Claro que no sé nada. ¿Qué iba yo a saber? Es sólo... que estoy nerviosa. ¡Ese Crump!

Pero según opinión de la señorita Marple, no era en Crump en quien pensaba... mientras se retorció las manos. Por alguna oculta razón, Jennifer se hallaba verdaderamente asustada.

Capítulo XXII

Estaba oscureciendo. La señorita Marple se había acercado a la ventana de la biblioteca con su labor de punto. Mirando a través de los cristales vio a Pat Fortescue paseando de un lado a otro de la terraza exterior. La señorita Marple abrió la ventana para gritarle:

—Entre, querida. Entre. Hace mucho frío y humedad para estar ahí fuera sin abrigo.

Pat obedeció. Cerró la puerta tras ella y luego fue a encender las luces.

—Sí —le dijo—, hace una tarde desapacible. —Tomó asiento en el sofá junto a la señora Marple—. ¿Qué está usted haciendo?

—¡Oh, sólo una mañanita, querida! Para un bebé ¿sabe? Siempre he dicho que las madres jóvenes nunca tienen bastantes chaquetitas para sus pequeños. Ésta es la segunda talla. Siempre las hago a esta medida. Los bebés pasan tan de prisa la primera talla...

Pat estiró sus largas piernas ante el fuego.

—Hoy se está bien aquí —dijo—. Con la chimenea encendida, las luces y usted tejiendo prendas de niño... todo resulta cómodo y hogareño... como debiera ser Inglaterra.

—Inglaterra es así —repuso la señorita Marple—. No hay muchas Villa del Tejo, querida.

—Mejor que así sea —continuó Pat—, pero no creo que ésta haya sido nunca una casa feliz ni que nadie fuese dichoso en ella a pesar de todo el dinero que gastan y las cosas que tienen.

—No —convino la señorita Marple—. Yo no diría que haya sido un hogar feliz.

—Supongo que Adela pudo serlo —dijo la muchacha—. Claro que no la he conocido, de modo que no puedo saberlo, pero Jennifer es bastante desgraciada y Elaine se ha estado destrozando el corazón por un hombre, cuando en lo más profundo de su alma, sabe que no la quiere. ¡Oh, cómo deseo salir de aquí!

Miró a la señorita Marple y sonrió.

—¿No sabe? —le dijo—. Lancé me ha dicho que me pegue a usted como una lapa. Le parece que así estaré más segura.

—Su esposo no es tonto —replicó la anciana.

—No. Lance no es tonto. Por lo menos en algunos aspectos. Pero ojalá me hubiera dicho exactamente lo que teme. En esta casa debe haber algún loco, y la locura siempre asusta, porque no se sabe nunca lo que puede maquinarse la mente de un perturbado ni lo que puede hacer.

—Mi pobre pequeña —dijo la señorita Marple.

—¡Oh!, la verdad, yo estoy muy bien. Ya debía estar acostumbrada.

—Ha tenido muy mala suerte. ¿No es cierto, querida? —dijo la solterona con suavidad.

—¡Oh!, también he tenido buenas temporadas. Tuve una infancia feliz en Irlanda, montando a caballo, cazando, y una casa enorme, muy ventilada y con muchísimo sol. Cuando se ha tenido una niñez dichosa, nadie puede quitárnoslo, ¿no le parece? Fue después... cuando conocí... que las cosas fueron saliendo siempre mal. Supongo, que al principio tuvo la culpa la guerra.

—Su esposo era aviador, ¿verdad?

—Sí. Sólo llevábamos un mes de casados cuando mataron a Don. —Miró fijamente al fuego—. Al principio deseé haber muerto también. Me pareció injusto y cruel. Y sin embargo... al final... casi comencé a comprender que había sido mejor. Don era maravilloso como militar. Valiente, arrojado y alegre. Poseía todas las cualidades necesarias para la guerra. Pero no creo que hubiera sido feliz en tiempos de paz. Tenía una especie de... ¡Oh! ¿Cómo diría yo?... arrogancia... rebeldía... insubordinación... No se hubiera amoldado a un trabajo fijo. Hubiera luchado contra todo. Era... bueno, antisocial, en cierto modo. No, no hubiera sido feliz.

—Es usted muy inteligente, querida. —La señorita Marple continuó tejiendo mientras contaba por lo bajo—: Tres derecho, dos revés, deslizar uno, coger dos juntos —y en voz alta continuó—: ¿Y su segundo esposo?

—¿Freddy? Freddy se suicidó.

—¡Oh, Dios mío! Que triste... qué desgracia...

—Éramos muy felices —dijo Pat—. Al cabo de dos años de matrimonio empecé a darme cuenta de que Freddy no iba siempre... bueno, por el camino honrado. Empecé a descubrir lo que estaba ocurriendo. Pero entre nosotros, aquello parecía no tener importancia. Porque Freddy me amaba y yo le quería. Intenté no pensar en lo que estaba ocurriendo. Supongo que eso fue una cobardía por mi parte, pero yo no iba a cambiarle. No es posible cambiar a una persona.

—No —dijo la señorita Marple—, no se puede hacer cambiar a las personas.

—Yo le había aceptado tal como era, y le amaba, y me di cuenta de que sólo me restaba... hacerme fuerte. Luego las cosas fueron mal y no supo hacerles frente... por eso se mató. Después de su muerte fui a Kenia con unos amigos que tengo allí. No pude soportar el quedarme en Inglaterra encontrándome con todos los antiguos conocidos que sabían... todo lo ocurrido. Y allí conocí a Lance. —Su rostro se dulcificó, pero continuaba mirando las llamas de modo que la señorita Marple pudo observarla. De pronto, Volviendo la cabeza, dijo—: Dígame, señorita Marple, ¿qué es lo que piensa realmente de Percival?

Pues lo he visto muy poco. Sólo a la hora del desayuno. Eso es todo. No creo que le agrade mucho mi presencia.

Pat echóse a reír de pronto.

—Es mezquino, ¿sabe? Terriblemente tacaño por lo que respecta al dinero. Lance dice que siempre lo ha sido. Jennifer también se lamenta de eso. Le pasa las cuentas a la señorita Dove. Quejándose de todo. Pero la señorita Dove se las arregla para salirse con

la suya. Es una mujer extraordinaria. ¿No le parece?

—Sí, desde luego. Me recuerda a una señora de mi pueblo, que se llama Latimer. Era la directora de la Sociedad Femenina y la Guía de las Jóvenes, y desde luego, de casi todo lo de allí. No fue hasta el cabo de cinco años que descubrimos que... ¡oh!, pero no debo murmurar. No hay nada más molesto que la gente le hable a uno de personas y lugares que no conoce ni ha visto nunca. Debe perdonarme, querida.

—¿Saint Mary Mead es un pueblo bonito?

—Pues no sé a lo que usted llamará un pueblo bonito, querida. Es *bastante* bonito. Hay algunas personas muy simpáticas y también otras muy desagradables. Ocurren cosas muy curiosas, como en cualquier otro sitio. La naturaleza humana es la misma en todas partes, ¿no cree?

—Usted sube bastante a menudo a ver a la señorita Ramsbatton, ¿no es cierto? —dijo Pat—. La *verdad* es que me da miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque creo que está loca. ¿Usted cree que podría estar... realmente... *loca*?

—¿Loca? ¿En qué sentido?

—¡Oh!, usted sabe muy bien lo que quiero decir, señorita Marple. Siempre sentada en su habitación sin salir para nada y meditando sobre el pecado. Bueno... puede que al fin se haya convencido de que su misión en esta vida es administrar justicia.

—¿Es ésa la opinión de su esposo?

—No sé lo que Lance pensará. No me lo ha dicho. Pero estoy completamente segura de una cosa... de que cree que hay alguien perturbado, y ese alguien pertenece a la familia. Pues bien, yo diría que Percival está bien cuerdo. Jennifer sólo es una tonta bastante trágica... algo nerviosa, pero nada más; Elaine, una de esas muchachas extrañas, tempestuosas y violentas. Está locamente enamorada de ese hombre y no admite nunca que se casa con ella por su dinero.

—¿Usted cree que la quiere sólo por su dinero?

—Sí. ¿Usted no?

—Es casi seguro —replicó la señorita Marple—. Como el joven Ellis, que se casó con Marión Bates, la hija de un ferretero muy rico. Ella era muy fea y estaba loca por él. No obstante, se llevaron muy bien. Los hombres como el joven Ellis y este Gerald Wright, sólo resultan desagradables cuando se casan por amor y con una muchacha pobre. Les contraría tanto lo que han hecho, que se lo cargan a la pobre chica. Pero si se casan con una rica, continúan respetándola.

—No veo que pueda ser alguien de fuera —continuó Pat frunciendo el ceño—. Y por eso... por eso hay esta atmósfera aquí dentro. Todos se observan mutuamente. No tardará en suceder algo...

—No habrá más muertes —dijo la señorita Marple—. Por lo menos no lo creo.

—No puede usted tener plena seguridad de ello.

—Pues a decir verdad estoy bastante segura. El criminal ya ha cumplido su

propósito.

—¿Él?

—O ella. Se dice él, porque resulta más sencillo.

—Usted dice que el criminal cumplió su propósito. ¿Qué propósito?

La señorita Marple meneó la cabeza... Todavía no estaba muy segura.

Capítulo XXIII

1

Una vez más, la señorita Somers acababa de hacer el té en la sala de las mecanógrafas y, como de costumbre, el agua aún no hervía cuando echó el té. La historia se repite. La señorita Griffith, al tomar su taza, pensó para sí:

—La verdad, debo hablar con el señor Percival acerca de Somers. Creo que será lo mejor. Pero con lo que acaba de ocurrir, es preferible no molestarle con detalles de la oficina.

Y como tantas otras veces, dijo con acritud:

—*Tampoco* hoy hervía el agua, Somers —y la aludida, poniéndose como la grana, replicó con su frase de ritual:

—¡Oh, Dios mío! Estaba segura de que *esta* vez hervía.

Los siguientes comentarios sobre este mismo tema fueron interrumpidos por la entrada de Lance Fortescue. Miró a su alrededor algo indeciso, y la señorita Griffith se puso en pie de un salto, adelantándose a recibirle.

—¡Señorito Lance! —exclamó.

Él giró en redondo y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Hola! Vaya, si es la señorita Griffith.

La señorita Griffith estaba encantada. Al cabo de once años todavía recordaba su nombre. Le dijo aturdida:

—No creí que me recordara.

Y Lance repuso con facilidad y poniendo en juego todo su atractivo:

—Pues claro que me acuerdo.

Un murmullo de excitación fue recorriendo la sala de las mecanógrafas, y los apuros de la señorita Somers y el té fueron relegados al olvido. La señorita Bell le contemplaba ansiosamente por encima de su máquina de escribir, y la señorita Chase sacó su polvera para empolvarse la nariz. Lance Fortescue miró a su alrededor.

—De modo que aquí continúa todo igual —dijo.

—No ha habido muchos cambios, señor Lance. ¡Qué buen aspecto tiene usted y qué moreno está! Supongo que debe haber tenido una vida muy interesante por el extranjero.

—Puede llamarse así —replicó Lance—, pero es posible que ahora busque una vida interesante... pero en Londres.

—¿Va a volver a la oficina?

—Tal vez sí.

—¡Oh, es magnífico!

—Voy a estar muy torpe —dijo Lance—. Tendrá que ponerme al corriente de todo, señorita Griffith.

La señorita Griffith rió satisfecha.

—Será muy agradable volver a tenerlo aquí, señorito Lance. Muy agradable.

—Es usted muy amable —dijo—, muy amable.

—Nosotras nunca pensamos... ninguna pensó... —La señorita Griffith interrumpióse muy sonrojada.

Lance le dio unas palmaditas en la mano.

—Ustedes no creyeron que el León fuera tan fiero como lo pintaban. Bueno tal vez no lo fuera. Pero ésa es una vieja historia. ¿Para qué recordarlo? El futuro es lo que importa. —Y agregó—: ¿Está aquí mi hermano?

—Creo que está en el despacho principal.

Lance asintió con un gesto y pasó adelante. En la antesala del santuario, una mujer de rostro duro y entrada en años salió de detrás de un escritorio y dijo en tono altanero:

—¿Su nombre, por favor?

Lance la miró extrañado.

—¿Es usted, la señorita Grosvenor? —preguntó.

A él se la describieron como una rubia despanpanante. Y eso le pareció en las fotografías de los periódicos que ilustraban las informaciones sobre el caso Rex Fortescue. Aquella mujer no podía ser la señorita Grosvenor.

—La señorita Grosvenor se marchó la semana pasada. Yo soy la señora Hardcastle. La secretaria particular del señor Percival Fortescue.

« Es muy propio del viejo Percy —pensó Lance—. Librarse de una rubia estupenda y tomar este esperpento. ¿Por qué? ¿Porque es más seguro, o porque resulta más barato? ». —Y en voz alta anunció—: Soy Lancelot Fortescue. Usted todavía no me conoce.

—¡Oh, cuánto lo siento, señorito Lancelot! —se disculpó la secretaria—. Creo que ésta es la primera vez que viene usted a la oficina.

—La primera, pero no la última —replicó Lance con una sonrisa.

Y atravesando la antesala abrió la puerta de lo que había sido el despacho particular de su padre. Pero no era Percy quien se sentaba tras la mesa de escritorio sino el inspector Neele, que alzando los ojos de unos papeles que estaba examinando, le dedicó una inclinación de cabeza.

—Buenos días, señor Fortescue, supongo que habrá venido a hacerse cargo de sus obligaciones.

—¿De modo que ya se ha enterado que he resuelto trabajar en la firma?

—Me lo dijo su hermano.

—¿De veras? ¿Con entusiasmo?

El inspector Neele consiguió disimular una sonrisa.

—Su entusiasmo no era muy evidente —dijo muy serio.

—Pobre Percy —comentó Neele.

—¿De verdad piensa convertirse en hombre de negocios?

—¿No lo cree probable?

—No me parece propio para su carácter, señor Fortescue.

—¿Por qué no? Soy hijo de mi padre.

—Y de su madre.

—¿Y eso qué tiene que ver, inspector? Mi madre era una romántica. Su lectura preferida eran los *Idilios del Rey*, como es posible que haya deducido usted por nuestros nombres de pila. Era una inválida y siempre vivió fuera de la realidad. Yo no soy así. Carezco de sentimentalismo, y soy un realista de pies a cabeza.

—Las personas no son nunca como se imaginan —le hizo observar el inspector Neele.

—No, supongo que tiene razón —dijo Lance.

Y sentándose en una butaca estiró sus largas piernas, y sonriendo dijo inesperadamente:

—Usted es más listo que mi hermano, inspector.

—¿En qué sentido, señor Fortescue?

—Ya he conseguido poner nervioso a Percy. Cree que estoy dispuesto a convertirme en un hombre de ciudad, y que voy a meter los dedos en el pastel. Piensa que voy a lanzarme a derrochar el dinero de la sociedad y a tratar de embarcarlo en empresas descabelladas. ¡Casi valdría la pena de hacerlo, por lo divertido que iba a resultar! Casi, pero no del todo. Yo no puedo soportar la vida de oficina, inspector. Me gusta el aire libre y la posibilidad de aventuras. Me ahogaría en un lugar como este. —Y agregó a toda prisa—: Esto se lo digo en confianza. No se lo diga a Percy, por favor.

—No creo que haya ocasión, señor Fortescue.

—Deseo divertirme un poquito a costa de Percy —dijo Lance—. Quiero hacerle sudar un poquitín. Que trague un poco de lo que tuve que tragar yo.

—Ésa es una frase bastante curiosa, señor Fortescue —dijo Neele—. ¿De lo que usted tuvo que tragar... por qué?

Lance encogióse de hombros.

—¡Oh!, es una vieja historia. No vale la pena de recordarla.

—Tengo entendido que hubo un pequeño asunto con cierto cheque... ¿Se refería usted a eso?

—¡Cuántas cosas sabe, inspector!

—Creo que no acudió a la policía —dijo Neele—. Su padre no hubiera hecho una cosa así.

—No, Se limitó a echarme.

El inspector Neele le miraba inquisitivamente, pero no era en Lance Fortescue en quien pensaba, sino en Percival. En el honrado, trabajador y parsimonioso Percival. Todo

lo que aparecía en aquel caso iba siempre a desembocar en el enigma de Percival Fortescue; un hombre al que todos conocían por su aspecto exterior, pero cuya verdadera personalidad era muy difícil de adivinar. Podría decirse al observarle que era un carácter insignificante e inexpresivo, un hombre acostumbrado a obedecer en todo a su padre. Percy el Atildado, como dijera el subcomisario en cierta ocasión. Ahora, Neele estaba procurando conseguir conocerle más a fondo a través de Lance. Y murmuró para intentarlo:

—Su hermano parece haber estado siempre muy... bueno, ¿cómo diría yo?... muy sujeto a su padre.

—¿Quiere decir? —Lance parecía meditar aquel punto—. ¿Quiere decir? Sí, ésa debía ser la impresión que daba. Pero no estoy seguro de que fuera así en realidad. Es asombroso observar, mirando hacia atrás, el modo con que Percy se ha salido siempre con la suya, sin causar nunca esa impresión.

Sí, pensó Neele. Revolvió entre los papeles que tenía delante y cogiendo una carta se la tendió a Lance.

—Ésta es la carta que usted escribió en agosto pasado, ¿verdad, señor Fortescue?

Lance la miró antes de devolvérsela.

—Sí. La escribí después que regresé a Kenya el verano pasado. ¿La guardó papá? ¿Dónde estaba... aquí en la oficina?

—No, señor Fortescue. En Villa del Tejo, entre los papeles de su padre.

El inspector la estuvo observando calculadoramente mientras la depositaba sobre el escritorio. Era una misiva breve:

Querido papá:

He hablado de todo con Pat, y acepto tu proposición. Tardaré algún tiempo en arreglar las cosas aquí, digamos hasta finales de octubre o primeros de noviembre. Ya te avisaré cuando sepa la fecha exacta. Espero que nos llevemos mejor que antes. De todas formas haré lo que pueda. No puedo decirte más. Cuidate mucho. Tuyo,

Lance.

—¿A dónde dirigió esta carta, señor Fortescue? ¿A la oficina o a la Villa del Tejo?

Lance frunció el ceño en su esfuerzo por concentrarse.

—Es difícil de precisar. No lo recuerdo. Compréndalo, hace casi tres meses. Creo que a la oficina. Sí, estoy casi seguro. Aquí, a su despacho. —Hizo una pausa antes de preguntar con franca curiosidad—: ¿Por qué?

—Me gustaría saber... —dijo el inspector Neele—. Su padre no la archivó aquí con sus papeles, sino que la llevó consigo a Villa de Tejo, y yo la encontré en su escritorio.

Quisiera saber por qué lo haría...

Lance rió.

—Supongo que para que no la viera Percival.

—Sí —repuso Neele—, eso parece. Entonces, ¿su hermano podía andar en sus papeles cuando quería?

—Pues —Lance vacilaba, con el ceño fruncido—, exactamente no. Quiero decir que pudo haberlos mirado en cualquier momento, pero era de suponer que...

El inspector Neele le ayudó a terminar la frase:

—... era de suponer que no lo haría. Lance sonrió ampliamente.

—Exacto. Con franqueza, se hubiera considerado una indiscreción. Pero me imagino que Percy siempre habrá metido las narices en todas partes.

El inspector Neele asintió. También él le consideraba capaz de una cosa así. Y esta opinión fue a unirse a lo que el inspector iba conociendo de su carácter.

—Y hablando del diablo... —murmuró Lance al abrirse la puerta en aquel momento dando paso a Percival Fortescue. Y el inspector, que estaba a punto de decir algo, se contuvo frunciendo el ceño.

—Hola —saludó Percival—. ¿Tú aquí? No me habías dicho que pensabas venir hoy.

—Me he sentido invadido por la fiebre del trabajo —dijo Lance—, de modo que estoy dispuesto a mostrarme útil en lo que sea. ¿Qué es lo que quieres que haga?

—Nada, de momento —dijo Percival—. Nada, en absoluto. Tendremos que llegar a una especie de acuerdo para ver de qué aspecto del negocio vas a ocuparte. Tendremos que prepararte un despacho.

Lance le preguntó sonriente:

—A propósito, ¿por qué has despedido a la hermosa Grosvenor y la has reemplazado por esa cara de caballo que está ahí fuera?

—La verdad. Lance... —protestó Percival.

—Definitivamente has salido perdiendo en el cambio —dijo Lance—. Yo esperaba conocer a esa preciosidad. ¿Por qué la despediste? ¿Pensaste que sabía demasiado?

—Claro que no. ¡Vaya una ocurrencia! —Percy habló irritado y un ligero rubor coloreó su pálido rostro. Se volvió al inspector—. No haga caso a mi hermano —dijo con frialdad—. Tiene un extraño sentido del humor. —Y agregó—: Nunca tuve muy buena opinión de la inteligencia de la señorita Grosvenor. La señora Hardcastle tiene informes inmejorables, es muy servicial y además muy moderada en sus términos.

—Muy moderada en sus términos —murmuró Lance, alzando los ojos al techo—. Percy, la verdad, no apruebo tu modo de tratar al personal de la oficina. A propósito, considerando la lealtad que han demostrado permaneciendo junto a nosotros durante estas tres semanas trágicas, ¿no te parece que debieras aumentarles el sueldo?

—Desde luego que no —exclamó Percival—. Me parece innecesario.

El inspector Neele observó el brillo malicioso de los ojos de Lance. Percival, sin embargo, estaba demasiado nervioso para notarlo.

—A ti siempre te se ocurren las ideas más extravagantes —gritó—. En el estado en que se halla la firma, nuestra única esperanza es la economía.

El inspector Neele carraspeó recordándole su presencia.

—Ésa es una de las cosas de que quería hablar con usted, señor Fortescue —dijo a Percival.

—¿De veras, inspector?—Percival dirigió su atención a Neele.

—Quisiera exponerle algunas sugerencias, señor Fortescue. Tengo entendido que durante estos últimos seis meses o quizá más tiempo, tal vez un año, el comportamiento y conducta de su padre en general, fueron causa de intranquilidad para usted.

—No estaba bien —dijo Percival—. Desde luego, no estaba nada bien.

—Usted quiso inducirle a que viera a un doctor, pero fracasó. ¿Se negó categóricamente?

—Eso es.

—¿Puedo preguntarle si sospechaba que su padre sufría lo que se llama familiarmente neurastenia... con síntomas de megalomanía e irritabilidad que termina más pronto o más tarde en locura irremisible?

Percival demostró sorpresa.

—Es usted muy astuto, inspector. Eso es precisamente lo que yo temía. Por eso tenía tanto interés en que mi padre se sometiera a tratamiento médico.

Neele continuó:

—Entre tanto, hasta que usted lograra convencerle para que lo hiciera, ¿era capaz de causar graves perjuicios en el negocio?

—Desde luego —convino Percival.

—Un desgraciado estado de cosas —dijo el inspector.

—Terrible. Nadie sabe los días de ansiedad que he vivido.

—Desde el punto de vista de los negocios, el que su padre haya muerto ha sido una circunstancia afortunada —dijo Neele en tono amable.

—No esperará que yo considere la muerte de mi padre bajo ese punto de vista, inspector —dijo Percival irritado.

—No se trata de como usted lo considere, señor Fortescue. Estoy simplemente exponiendo un hecho. Su padre murió antes de que sus negocios sufrieran la completa bancarrota.

Percival dijo impaciente:

—Sí, sí. Como hecho cierto, sí, tiene usted razón.

—Fue una circunstancia afortunada para toda su familia, puesto que todos ustedes dependen de este negocio.

—Sí, pero la verdad, inspector, no sé a dónde quiere usted ir a parar.

—¡Oh!, no quiero llegar a ninguna parte, señor Fortescue. Sólo ordeno los hechos. Ahora, otra cosa más. Tengo entendido que usted dijo que no había tenido comunicación de ninguna clase con su hermano desde que éste abandonó Inglaterra hace muchos años.

—Cierto —dijo Percival.

—Sí, pero no es del todo exacto, ¿verdad, señor Fortescue? Quiero decir que la primavera pasada, cuando se encontraba tan preocupado por la salud de su padre, usted escribió a su hermano, que se encontraba en África, para comunicarle su inquietud por el comportamiento de su padre. Creo que su deseo era que Lance colaborara para conseguir que su padre fuera examinado por un médico y, de ser necesario, internado en un sanatorio.

—Yo... yo... la verdad... no comprendo... —Percival había sido cogido por sorpresa.

—¿Es así o no, señor Fortescue?

—Pues, la verdad, creí que debía hacerlo. Al fin y al cabo. Lancelot *era* socio de la firma.

El inspector Neele dirigió su mirada a Lance, que sonreía.

—¿Recibió usted esa carta? —le preguntó.

Lance Fortescue asintió con la cabeza.

—¿Y qué contestó?

Lance amplió su sonrisa.

—Le dije a Percy que se fuera a freír espárragos y que dejase tranquilo al viejo, que probablemente sabía muy bien lo que estaba haciendo.

El inspector Neele volvió a mirar a Percival.

—¿Fueron esos los términos de su respuesta?

—Yo... yo... bueno, supongo que su significado era ése, poco más o menos, aunque más groseramente redactado.

—Pensé que el inspector prefería una versión algo más pulcra —dijo Lance—, francamente, inspector Neele, ésa es una de las razones por las cuales, cuando recibí la carta de mi padre, fui a casa para comprobar lo que imaginaba. Durante la breve entrevista que tuve con mi padre, no pude ver en él nada anormal. Estaba ligeramente irritable, nada más. Me pareció perfectamente capaz de dirigir sus propios asuntos. De todas formas, después que regresé a África y discutí este asunto con Pat, decidí volver a casa y... como digo yo... ver el juego limpio.

Al decir esto sus ojos se posaron en Percival.

—Protesto —dijo Percival Fortescue—. Protesto enérgicamente de lo que estas insinuando. Yo no pretendía estafar a mi padre, solamente estaba preocupado por... —se detuvo.

Lance apresuróse a terminar la frase.

—Estabas preocupado por tu bolsillo, ¿no es eso? Por el dinerito del pobre Percy. —Se puso en pie y de pronto sus modales cambiaron—. Esta bien, Percy, me doy por vencido. Estaba dispuesto a hacerte sufrir un poco haciéndote creer que iba a trabajar aquí. No quería dejar que hicieras tu gusto, como de costumbre; pero que me ahorquen si voy a seguir la farsa. Con franqueza, me enferma permanecer en la misma habitación que tú.

Siempre has sido un cerdo, y un vulgar rata. Espiando, mintiendo y buscando complicaciones. Voy a decirte otra cosa. No puedo probarlo, pero siempre he creído que fuiste tú quien falsificó aquel cheque causante de todo, y que me arrojó de aquí. En primer lugar fue una falsificación pésima. Pero mis antecedentes eran demasiado malos para que pudiera protestar y que se me escuchara. A menudo, no obstante, me he preguntado cómo el viejo no se dio cuenta de que si *yo* hubiera falsificado su firma lo hubiese hecho mucho mejor.

Lance siguió hablando, cada vez en tono más alto.

—Bien, Percy. No voy a continuar este juego tonto. Estoy harto de este país y de la ciudad. Estoy harto de los hombrecillos como tú, con sus pantalones a rayas, sus chaquetas negras, sus voces afectadas y sus transacciones financieras mezquinas y engañosas. Nos separaremos, como tú deseas, y yo volveré con Pat a un país distinto... un país donde haya espacio para respirar y moverse. Puedes hacer el reparto de los valores. Guárdate los cantos dorados, y el dos, el tres y el tres y medio por ciento seguro, y déjame a mí las últimas especulaciones inverosímiles de papá, como tú las llamas. La mayoría de ellas probablemente serán granadas que todavía no han hecho explosión. Pero apuesto a que algunas se pagarán mejor al final que todos sus seguros tres por ciento Papá era un viejo muy astuto. Se aventuró muchas veces, muchísimas, pero algunas le llegaron a dar hasta el cinco, seis y siete por ciento. Yo respaldaré su juicio y su suerte. Y en cuanto a ti, gusanillo... —Lance avanzó en dirección a su hermano, que fue retrocediendo hasta situarse tras el escritorio, junto al inspector Neele—. Está bien —dijo Lance—. No voy a tocarte. Tú querías echarme de aquí, y ya me voy. Debieras estar satisfecho. —Agregó al dirigirse hacia la puerta—: Puedes incluir la concesión de la vieja mina del Mirlo, si te place. Si es que los Mackenzies nos han de perseguir, yo les llevaré hasta África.

Y ya en la puerta se volvió a decir:

—Venganza... al cabo de tantos años... parece increíble. Pero el inspector Neele parece haberlo tomado en serio, ¿no es verdad, inspector?

—Tonterías —replicó Percival—. ¡Eso es imposible!

—Pregúntale a él —dijo Lance—. Pregúntale por qué anda haciendo todas esas averiguaciones acerca de los mirlos y el centeno que encontraron en el bolsillo de papá.

—¿Recuerda usted los mirlos del pasado verano, señor Fortescue? Es una buena fuente para investigar —dijo el inspector en tono amable.

—Tonterías —repitió Percival—. Nadie ha oído hablar de los Mackenzie desde hace años.

—Y no obstante —dijo Lance—, casi me atrevería a jurar que hay un Mackenzie entre nosotros. Y casi aseguraría que el inspector piensa lo mismo.

El inspector Neele alcanzó a Lancelot Fortescue cuando éste llegaba a la calle.

Al verle, el joven sonrió algo avergonzado.

—No tenía intención de hacerlo —le dijo—, pero de pronto perdí los estribos. ¡Oh!, bueno... hubiera hecho lo mismo más pronto o más tarde. Voy a reunirme con Pat, en el Savoy... ¿Es ese su camino, inspector?

—No, yo vuelvo a Baydon Heath. Pero hay una cosa que quisiera preguntarle, señor Fortescue.

—Diga usted.

—Cuando entró usted en el despacho principal y me encontré allí, se sorprendió ¿Por qué?

—Porque no esperaba verle, me imagino Creí encontrar a Percy.

—¿No le dijeron que había salido?

Lance le miraba con curiosidad.

—No. Dijeron que estaba en su despacho.

—Ya comprendo... Nadie sabía que había salido. En el despacho no hay más que una entrada... pero en la antesala hay una puerta que da directamente al pasillo. Supongo que su hermano saldría por ahí... pero me extraña que la señora Hardcastle no se lo dijera.

Lance rió.

—Habría ido a recoger su taza de té, probablemente.

—Sí... sí... desde luego.

Lance le miraba.

—¿Qué es lo que piensa, inspector?

—Sólo en algunas cosillas... nada más, señor Fortescue...

Capítulo XXIV

1

Durante el viaje de regreso en tren a Bayton Heath, el inspector Neele tuvo muy poco éxito al tratar de resolver el crucigrama del *Times*, ya que su mente estaba distraída en otras cosas. Del mismo modo sólo leyó a medias las noticias... Un terremoto en Japón, el descubrimiento de uranio en Tanganika, la aparición del cadáver de un marino mercante cerca de Southampton, y la inminente huelga portuaria... y una nueva droga con la que se obtenían maravillas en casos de tuberculosis muy avanzada.

Todos aquellos temas formaron un extraño conjunto en su subconsciente. Volvió a su crucigrama y pudo agregar tres palabras con bastante rapidez.

Cuando llegó a Villa del Tejo había tomado una decisión y le dijo al sargento Hay:

—¿Dónde está esa anciana? ¿Sigue aquí?

—¿La señorita Marple? ¡Oh, sí!, todavía sigue aquí. Se ha hecho muy amiga de la vieja de arriba.

—Ya. —Neele hizo una pausa antes de agregar—: ¿Dónde está ahora? Quisiera verla.

La señorita Marple llegó a los pocos minutos, bastante sonrojada y respirando agriadamente.

—¿Deseaba usted verme, inspector Neele? Siento haberle hecho esperar. El sargento Hay ha tardado en encontrarme. Estaba en la cocina hablando con la señora Crump. Fui a felicitarla por los pasteles y el delicioso *soufflé* de ayer noche. Tiene muy buenas manos. Sabe, siempre he pensado que es mejor llegar a la cuestión que interesa dando un pequeño rodeo, ¿no le parece? Ya comprendo que eso no reza con usted, porque más o menos tiene que ir directamente al grano para hacer las preguntas que desea. Pero una anciana como yo, que tiene todo el tiempo que quiere, es de *esperar* que charle mucho y sin necesidad. Y la mejor manera de llegar al corazón de una cocinera, yo diría que es alabando su repostería.

—¿De modo que en realidad quería hablarle de Gladys Martin? —dijo el inspector Neele.

—Sí. De Gladys. La señora Crump pudo contarme muchas cosas de la muchacha. No relacionadas con el crimen. No me refiero a eso, sino a su estado de ánimo en estos últimos tiempos, y las cosas curiosas que dijera. Al decir curiosas no me refiero a « extrañas », sino a fragmentos de conversaciones.

—¿Le han servido de ayuda? —quiso saber Neele.

—Sí —replicó la señorita Marple—. Mucho. La verdad, creo que las cosas se están

aclarando bastante, ¿no le parece?

—Sí, y no —dijo el inspector.

Observó que el sargento Hay había abandonado la estancia, cosa que le alegraba porque lo que iba a hacer ahora no era muy correcto.

—Escuche, señorita Marple —le dijo—. Quisiera hablar seriamente con usted.

—Diga, inspector Neele.

—En cierto modo, usted y yo representamos dos puntos de vista opuestos, señorita Marple. Confieso que he oído hablar de usted en el Yard. —Neele sonrió—. Parece que usted es muy conocida por allí.

—No sé como ocurre, pero el caso es que muy a menudo me veo mezclada en cosas que verdaderamente *no* me atañen —repuso la señorita Marple sonrojándose—. Me refiero a crímenes y sucesos extraños.

—Goza usted de cierta fama —dijo Neele.

—Claro que *sir* Henry Clithering es un viejo amigo mío.

—Como ya le dije antes —prosiguió Neele—, usted y yo representamos distintos puntos de vista. Al uno pudiéramos llamarle sensato y al otro absurdo.

La señorita Marpleladeó ligeramente la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere decir con eso, inspector?

—Bien, señorita Marple, existe un modo cuerdo de ver las cosas. Este asesinato beneficia a ciertas personas. Digamos, a una en particular. El segundo crimen beneficia a la misma persona, y el tercero podemos calificarlo de crimen necesario para conservar la seguridad.

—¿Pero a cuál llama usted el tercero? —preguntó la señorita Marple.

Sus ojos de un azul porcelana muy intenso, miraron astutamente al inspector, que asintió.

—Sí. Ahí puede que encontremos algo. El otro día, cuando el subcomisario me hablaba de estos asesinatos, me pareció ver algo raro en una de las cosas que dijo. Fue lo siguiente: Claro, yo estaba pensando en la canción infantil. El rey en su palacio, la reina en su sala y la doncella tendiendo ropa.

—Exacto —dijo la señorita Marple—. Siguen ese orden, pero Gladys debió ser asesinada *antes* que la señora Fortescue, ¿no es cierto?

—Creo que sí —dijo Neele—. Casi lo aseguraría. El cadáver no fue descubierto hasta muy avanzada la noche, y naturalmente, resultó difícil precisar el tiempo que llevaba muerta. Pero yo también creo que fue asesinada a eso de las cinco, porque de otro modo...

La señorita Marple intervino.

—... Porque de otro modo hubiera llevado la segunda bandeja a la biblioteca.

—Exacto. Entró la bandeja con el té, fue hasta el vestíbulo con la segunda, pero entonces *algo ocurrió*. Ella vio u oyó algo. La cuestión es saber qué sería. *Pudo* ser

Dubois bajando la escalera al salir de la habitación de la señora Fortescue. *Pudo* haber sido el novio —de Elaine, Gerald Wright, entrando por la puerta lateral. Fuera quien fuese, le hizo dejar la bandeja y salir al jardín. Y entonces no veo posibilidad alguna de que tardaran en matarla. Hacía frío fuera y sólo llevaba puesto el uniforme.

—Claro que tiene razón —dijo la señorita Marple—. Quiero decir que no se trata de que « la doncella estuviera tendiendo la ropa en el jardín ». No pedía estar tendiendo ropa a esas horas de la noche y no hubiera salido a recogerla sin ponerse un abrigo. Todo fue un enmascaramiento como lo de la pinza de la ropa, para hacer que coincidiera con la tonadilla.

—Exacto —repuso el inspector Neele—. Una locura. Ahí es donde no puedo ver las cosas desde su mismo punto de vista. No puedo... me es imposible tragarme eso de la cancioncilla.

—Pero *concuerta*, inspector. Tiene que aceptar que *concuerta*.

—Encaja, conformes, pero de todos modos el orden está alterado. La canción indica que la doncella fue el tercer cadáver, y nosotros sabemos que fue la reina la tercera que murió. Adela Fortescue fue asesinada entre las cinco y veinticinco y las seis menos cinco. Y a esa hora Gladys ya debía estar muerta.

—Y eso lo altera todo, ¿verdad? —dijo la señorita Marple—. Todo con respecto a la tonadilla infantil... eso es muy significativo, ¿no es cierto?

El inspector Neele encogióse de hombros.

—Es como querer partir un cabello. Los crímenes cumplen las condiciones de la tonadilla, y supongo que es todo lo que se pretendía. Pero eso es desde su punto de vista. Y ahora quiero exponerle el caso, el *mío* señorita Marple. Voy a tachar lo de los mirlos, el centeno y todo lo demás. Voy a guiarme por los hechos concretos, el sentido común y los motivos por los que las personas que están en su sano juicio cometen un asesinato. Primero, la muerte de Rex Fortescue, y *quienes se benefician de su fallecimiento*. Bien, se benefician muchas personas, pero su hijo Percival el que más. Percival no estaba en Villa del Tejo aquella mañana. No pudo haber envenenado el café de su padre, ni nada de lo que tomara para desayunar. O por lo menos, eso es lo que pensamos primero.

—¡Ah! —dijo la señorita Marple—. De modo que *hubo* un método, ¿verdad? He estado pensando mucho sobre ello, y se me ocurrieron varias ideas. Pero, claro, no tengo la menor prueba.

—No hay ningún mal en decírselo, ahora —dijo el inspector Neele—. Pusieron taxina en un tarro nuevo de mermelada... lo sirvieron para desayunar y la parte de encima fue ingerida por el señor Fortescue. Luego ese tarro fue arrojado entre los arbustos y en su lugar era la despensa colocaron otro al que le faltaba una cantidad aproximada. El que encontraron entre los arbustos fue analizado y acabo de recibir el resultado. Contenia taxina.

—De modo que fue así —murmuró la anciana—. Tan simple y fácil.

—Inversiones Unidas —continuó Neele— se encontraba en un mal paso. Si la sociedad hubiera tenido que pagar a Adela Fortescue las cien mil libras que heredaba de su esposo, sin duda hubiera quebrado. Y si la señora Fortescue hubiese sobrevivido un mes a su esposo, ese dinero habrían *tenido* que pagárselo. A *ella* no le hubiesen preocupado las dificultades del negocio, pero no le sobrevivió tanto tiempo. Murió, y de resultas de su muerte quien se beneficiaba era el heredero universal de Rex Fortescue. En otras palabras, otra vez Percival Fortescue. Siempre Percival Fortescue. Y a pesar de que podría haber preparado la mermelada, no pudo envenenar a su madrastra ni estrangular Gladys. Según su secretaria, estuvo en su despacho de la ciudad a las cinco de la tarde y no regresó aquí hasta las siete.

—Eso lo hace bastante difícil, ¿verdad?—dijo la señorita Marple.

—Imposible —replicó el inspector Neele contrariado—. En otras palabras, Percival queda *descartado*. —Y dejando a un lado su reserva y prudencia habló ahora con cierta amargura, casi olvidándose de su interlocutora—. Me vuelva hacia donde me vuelva, siempre me encuentro la misma persona. ¡Percival Fortescue! Y sin embargo, *no puede* ser Percival Fortescue. —Calmándose un poco agregó—: ¡Oh!, quedan otras posibilidades, otras personas que tuvieron motivos suficientes.

—El señor Dubois, naturalmente —dijo la señorita Marple—. Y ese joven, Gerald Wright. Estoy de acuerdo con usted, inspector. Donde quiera que exista cuestión de *ganancias*, hay que *desconfiar*. Lo que hay que evitar principalmente es el tener una mente confiada.

El inspector sonrió a pesar suyo.

—Siempre hay que pensar lo peor, *¿no es eso?* —le preguntó. Le parecía una curiosa doctrina procediendo de aquella anciana frágil y encantadora.

—¡Oh, sí! —exclamó la señorita Marple con fervor—. Yo siempre pienso lo peor. Y es muy triste comprobar que casi siempre se acierta.

—Está bien —dijo Neele—, pensemos lo peor. Dubois pudo haberlo hecho, Gerald Wright pudo hacerlo (es decir, si actuaba en combinación con Elaine Fortescue y ella envenenó la mermelada), y supongo que la esposa de Percival también podía haber sido. Estaba aquí. Pero ninguna de las personas que he mencionado liga con los mirlos y el centeno. *Esa es su teoría* y puede que tenga razón. De ser así, todo señala a una sola persona, ¿no es cierto? La señora Mackenzie está en una clínica mental desde hace muchos años. No ha podido tocar el tarro de mermelada ni echar cianuro en el té de la tarde. Su hijo Donald fue muerto en Dunkerque. Queda su hija, Rudy Mackenzie. Y si su teoría es cierta, si toda esta suerte de crímenes fueron debidos al asunto de la mina del Mirlo, entonces, Rudy Mackenzie debe estar en esta casa, y sólo podría ser una persona.

—Me parece que se muestra usted demasiado categórico —dijo la señorita Marple.

—Sólo una persona —repitió Neele sin prestarle atención.

Y poniéndose en pie se dispuso a salir de la habitación.

Mary Dove hallábase en su salita. Era una pequeña habitación austeramente amueblada pero cómoda. Es decir, la propia señorita Dove había hecho que resultara cómoda. Cuando el inspector Neele llamó con los nudillos a la puerta, Mary Dove alzó la cabeza que tenía inclinada sobre un montón de facturas de diversos tenderos, y dijo con voz clara:

—Adelante.

El inspector penetró en la estancia.

—Siéntese inspector. —La señorita Dove le indicó la silla—. ¿Podría aguardar un momentito? El total de la cuenta del pescatero no me parece exacto y debo comprobarlo.

El inspector Neele permaneció en silencio viendo cómo iba cotejando la columna de números. Qué aplomo y seguridad tenía aquella muchacha, pensó. Sentíase intrigado, como tantas otras veces, por la personalidad que encubrían sus ademanes seguros. Intentó descubrir en sus facciones alguna semejanza con la de la mujer que habló con él en el Sanatorio de Los Pinos. El color de su tez no era muy distinto pero no pudo encontrar parecido alguno. De pronto Mary Dove alzó la cabeza y le dijo:

—Bueno, inspector. ¿En qué puedo servirle?

—Usted sabe, señorita Dove —comenzó el inspector con voz reposada—, que hay ciertos factores muy particulares en este caso.

—¿Sí?

—Para empezar, existe la extraña circunstancia del centeno encontrado en uno de los bolsillos del traje que llevaba el señor Fortescue.

—Eso fue muy extraordinario —convino Mary Dove—. La verdad es que no puedo encontrarle ninguna explicación.

—Luego los mirlos. Aquellos cuatro que aparecieron sobre el escritorio del señor Fortescue el verano pasado, y también los que pusieron como relleno en un pastel. Creo que usted ya estaba aquí cuando ocurrieron ambas cosas.

—Sí. Ahora recuerdo. Fue muy desagradable; Me pareció una cosa de muy mal gusto, y sin la menor explicación.

—Tal vez la tenga. ¿Qué sabe usted de la mina del Mirlo?

—No creo haber oído hablar nunca de esa mina.

—Usted me dijo que se llamaba Mary Dove. ¿Es ese su verdadero nombre?

La joven alzó las cejas. El inspector Neele estaba seguro de ver en sus ojos azules una expresión de alarma.

—Qué pregunta más extraordinaria, inspector. ¿Insinúa acaso que mi nombre *no es* Mary Dove?

—Eso es precisamente lo que insinúo. Sugiero —dijo Neele satisfecho—, que su verdadero nombre es Rudy Mackenzie.

Ella le miró fijamente. En su rostro no apareció la menor señal de protesta o Sorpresa. Al cabo de unos instantes dijo con voz tranquila e inexpresiva:

—¿Qué espera usted que le diga?

—Por favor, contésteme. ¿Se llama usted Rudy Mackenzie?

—Ya le he dicho que mi nombre es Mary Dove.

—Sí, pero ¿tiene usted pruebas de ello, señorita Dove?

—¿Qué quiere ver? ¿Mi partida de nacimiento?

—Eso pudiera ayudarnos o no. Quiero decir que usted podría estar en posesión de la partida de nacimiento de *una* Mary Dove. Que pudiera ser amiga suya o bien alguien que hubiera muerto.

—Sí, existen muchas posibilidades, ¿no le parece? —En la voz de Mary Dove vibraba el regocijo—. Es todo un dilema para usted, ¿verdad, inspector?

—Tal vez sean capaces de reconocerla en el Sanatorio de Los Pinos —dijo Neele.

—¡El Sanatorio de Los Pinos! —Mary enarcó las cejas—. ¿Qué es y dónde está eso?

—Creo que lo sabe usted muy bien, señorita Dove.

—Le aseguro que ignoro de qué me habla.

—¿Y niega rotundamente ser Rudy Mackenzie?

—La verdad es que no quiero negar *nada*. Creo, inspector, que es usted quien debe probar que yo *soy* esa Rudy Mackenzie, sea quien fuere. —Sus ojos azules le miraban divertidos y retadores, y sin apartarlos de los suyos le dijo: Sí, eso es cosa suya, inspector. Pruebe que soy Rudy Mackenzie, si puede.

Capítulo XXV

1

—Esa anciana le anda buscando señor —dijo el sargento Hay en tono de misterio mientras Neele bajaba la escalera—. Parece ser que tiene muchas cosas que decirle.

—Rayos y centellas —exclamó el inspector Neele.

—Sí, señor —repuso Hay sin mover un solo músculo de su rostro.

Se disponía a marcharse cuando Neele le llamó:

—Hay, coja las notas que nos ha dado la señorita Dove con los nombres y direcciones de sus anteriores empleos y compruébelos... Existen una o dos cosas que quisiera saber. Déjeme el resultado a mano, ¿quiere?

Escribió unas líneas en una hoja de papel y se la tendió al sargento Hay, que dijo:

—Lo haré en seguida, señor.

Al pasar ante la biblioteca, el inspector oyó un rumor de voces, y miró al interior. La señorita Marple, la hubiera estado buscando o no, se encontraba ahora charlando animadamente con la esposa de Percival Fortescue mientras las agujas de su labor de punto tintineaban incansables. La frase que captó el inspector Neele fue:

—... Siempre he pensado que se necesita vocación para ser enfermera. Desde luego, es un trabajo muy noble.

El inspector Neele desapareció sin hacer ruido. Pensó que la señorita Marple le había visto, pero no pareció hacer caso de su presencia, ya que prosiguió con su voz suave y dulce:

—Tuve una enfermera encantadora cuando me rompí la muñeca. Luego estuvo cuidando al hijo de la señora Sparrow, un oficial de la marina, joven y apuesto. Fue todo un romance, porque se hicieron novios. Me pareció tan romántico. Se casaron, fueron muy felices y tuvieron dos niños monisimos. —La señorita Marple suspiró—. Él tuvo una pulmonía. Y depende tanto de cómo se cuide..., ¿no es cierto?

—Oh, sí —dijo Jennifer Fortescue—. El trabajo de una enfermera lo es todo en un caso de pulmonía, aunque, claro, hoy en día la M y B obra maravillas, y ya no es la batalla larga y prolongada de antes.

—Estoy segura de que usted debe haber sido una enfermera excelente, querida —dijo la señorita Marple—. Ése fue el principio de *su* romance, ¿no es cierto? Quiero decir que vino aquí para cuidar al señor Percival Fortescue, ¿verdad?

—Sí —replicó Jennifer—. Sí, sí... así es como ocurrió.

Su voz no resultaba muy alentadora, pero la señorita Marple no se desanimó:

—Comprendo; No hay que hacer caso de lo que digan los criados, naturalmente, pero una vieja como yo siempre gusta de conocer cosas de los demás. ¿Qué estaba diciendo? Oh, sí. Primero hubo otra enfermera, y la despidieron... o algo así. Creo que por su falta de cuidado.

—Yo no creo que fuera por falta de cuidado —dijo Jennifer—. Tengo entendido que su padre, o algún otro pariente estaba muy enfermo, y por eso vine a sustituirla.

—Ya —contestó la señorita Marple—. Y se enamoró y demás. Sí, muy bonito, mucho.

—No estoy muy segura de ello —replicó Jennifer—. A menudo desearla... —su voz tembló—. A menudo desearía volver a estar en las salas del hospital.

—Sí, sí, lo comprendo. Era usted muy hábil en su profesión.

—Entonces no lo era mucho, pero ahora, cuando lo pienso... la vida es tan monótona, ¿sabe? Día tras día sin nada que hacer y Val tan absorto en sus negocios.

—Los hombres tienen que trabajar tanto hoy en día —dijo la señorita Marple—. No se conceden el menor descanso, por más dinero que ganen.

—Sí, eso hace que la vida resulte aburrida. Muchas veces preferiría no haber venido nunca a esta casa —dijo Jennifer—. Me está bien empleado. No debía haberlo hecho nunca.

—¿Qué es lo que no debiera haber hecho, querida?

—Casarme con Val. Oh, bueno... —suspiró violentamente—. No hablemos más de eso.

Y, obediente, la señorita Marple comenzó a hablar de las nuevas faldas que se llevaban en París.

—Ha sido muy amable al no interrumpirme antes —dijo la señorita Marple, cuando tras llamar a la puerta del despacho, recibió autorización del inspector Neele para pasar—. Quedaban sólo una o dos cosillas que quería comprobar —y agregó—; La verdad es que todavía no hemos acabado del todo nuestra conversación.

—Lo siento mucho, señorita Marple. —El inspector le dirigió una cautivadora sonrisa—. Temo haber sido poco cortés. La llamé para un intercambio de opiniones, y sólo hablé yo.

—Oh, eso no tiene importancia —dijo la señorita Marple a toda prisa—, porque entonces yo no estaba preparada para poner *mis* cartas sobre el tapete. Quiero decir que no hubiera querido acusar a nadie sin estar completamente segura. Segura... quiero decir, en *mí* interior. Y ahora, lo estoy.

—¿De qué está segura, señorita Marple?

—Pues, estoy segura de saber quien asesinó al señor Fortescue. Lo que usted me dijo de la mermelada, concuerda... demostrando *cómo*... y *quién* lo hizo, dentro de una lógica.

El inspector parpadeó vivamente.

—Lo siento —exclamó la señorita Marple viendo su reacción—. Comprendo que a veces me resulta difícil hacerme entender.

—Todavía no estoy muy seguro de lo que me está diciendo, señorita Marple.

—Bueno, tal vez será mejor que vuelva a empezar. Es decir, si no tiene usted prisa. Quisiera exponerle mi punto de vista. He hablado con bastante gente, con la anciana señorita Ramsbatton, con la señora Crump, y su esposo. Él, desde luego, es un mentiroso, pero eso no tiene importancia, porque si uno sabe lo que es, viene a resultar lo mismo. Pero yo quería aclarar lo de las llamadas telefónicas y las medias de *nylon*, y todo lo demás.

El inspector Neele volvió a parpadear, preguntándose por qué la había dejado entrar y por qué pensó alguna vez que pudiera resultar un colega de ideas claras. No obstante se dijo para sus adentros que por muy *espesa* que fuera, pudiera ser que hubiese averiguado algunas informaciones útiles. Todos los éxitos obtenidos en el ejercicio de su profesión fueron el fruto de saber escuchar. Y ahora se dispuso a hacerlo.

—Cuénteme, por favor, señorita Marple —le dijo—. Pero empiece por el principio, ¿quiere?

—Sí, desde luego —aceptó la anciana—. Y el principio es Gladys. Quiero decir, que vine aquí por ella. Y usted, muy amablemente, me permitió repasar todas sus cosas. Y

con eso, las medias de *nylon*, las llamadas telefónicas y unas cosas y otras, todo está clarísimo. Quiero decir, lo del señor Fortescue y la taxina.

—¿Tiene usted, pues, una idea sobre quién puso taxina en la mermelada del señor Fortescue? —preguntó Neele.

—No es una idea —dijo la señorita Marple—. Es una certidumbre.

Neele parpadeó como deslumbrado por tercera vez.

—Fue Gladys —declaró sencillamente la anciana.

Capítulo XXVI

El inspector Neele contempló a la señorita Marple y meneó la cabeza.

—¿Dice usted que Gladys Martin asesinó deliberadamente a Rex Fortescue? —dijo sin darle crédito—. Lo siento, señorita Marple, pero no puedo creerlo.

—No. Claro, ella no *quiso* asesinarle —replicó la solterona—, pero lo hizo, de todos modos. Usted dijo que estaba nerviosa y preocupada cuando la interrogó, y que parecía culpable.

—Sí, pero culpable de un *crimen*.

—Oh, no. En eso estoy de acuerdo con usted. Como le digo, no tuvo intención de matar a nadie, pero fue ella quien puso taxina en la mermelada. Naturalmente, no creía que fuera un veneno.

—¿Y *qué* pensó que era? —La voz de Neele tenía un matiz burlón.

—Pues imagino que lo tomó por una droga de ésas que obligan a decir la verdad —dijo la señorita Marple—. Es muy interesante y muy instructivo... ver las cosas que esas chicas recortan de los periódicos. Siempre ha ocurrido igual... en todas las épocas. Recetas de belleza y para atraer al hombre de sus sueños... hechicerías, bebedizos y encantamientos. Hoy en día, la mayoría se refugian bajo el nombre de la Ciencia. Ya nadie cree en la magia, ni que con sólo un gesto de una mano puedan transformarnos en rana. Pero si uno lee en el periódico que inyectándonos el jugo de ciertas glándulas pueda alterarse los tejidos vitales hasta conferirnos las características de una rana, se acepta ello a pies juntillas. Y habiendo leído varios artículos acerca de las drogas que obligan a decir la verdad, Gladys no tuvo el menor reparo en creerlo cuando él le dijo que aquello era ni más ni menos que dicha droga.

—¿Quién se lo dijo? —quiso saber el inspector Neele.

—Alberto Evans —repuso la señorita Marple—. Claro que ése no era su *verdadero* nombre, pero de todas formas la conoció el verano pasado en un lugar de veraneo, y le hizo el amor. Yo imagino que le contaría alguna historia de injusticia, persecución, o algo por el estilo. De todas maneras, el caso es que Rex Fortescue tendría que confesar lo que le había hecho e indemnizarle. Claro que no lo sé de ciencia cierta, inspector Neele, pero estoy bastante segura de que fue así. Él le dijo que buscara empleo en la casa, y es bastante fácil hoy en día, debido a la escasez de servicio, conseguir entrar en donde uno se lo propone, puesto que se cambia continuamente de criados. Luego se citaron. En su última postal le decía: « Recuerda nuestra cita ». Debía tener lugar el gran día para el que se estaban preparando. Gladys pondría la droga en la mermelada de modo que el señor Fortescue se la tomara a la hora del desayuno, y el centeno en su bolsillo. Ignoro qué historia le contaría acerca del centeno, pero ya le digo desde el principio, inspector

Neele, que Gladys Martin era una chica *muy* crédula. En resumen, hubiera creído cualquier cosa que le dijera un joven bien parecido.

—Continúe —dijo el inspector, aturdido.

—Probablemente su idea era que Alberto fuera a verle a su oficina aquel mismo día —prosiguió la señorita Marple—, y a una hora en que la droga hubiera surtido su efecto, de modo que el señor Fortescue lo confesase todo y demás. Puede usted imaginarse lo que debió sentir la pobre chica al saber que el señor Fortescue había muerto.

—Pero sin duda —objetó Neele—, ella lo habría dicho todo.

—¿Qué fue lo primero que le dijo cuando usted la interrogó?

—Pues dijo: ¡Yo no he sido! —recordó Neele.

—Exacto —exclamó la señorita Marple triunfante—. ¿No comprende que es eso precisamente lo que *hubiera* dicho? Cuando rompía algún objeto, Gladys siempre decía: Yo no quise hacerlo, señorita Marple. No sé *cómo* ocurrió. Ellos no pudieron evitarlo, los pobres. Sentíanse muy preocupados por lo que habían hecho y su principal intención era evitar que los culparan. No creerá usted que una joven nerviosa que acaba de asesinar a alguien sin tener intención de hacerlo, vaya a admitirlo, ¿verdad? Eso sería *fuera* de razón.

—Sí —dijo Neele—. Supongo que está en lo cierto.

Y Volvió a su memoria su entrevista con Gladys. Nerviosa, intranquila, culpable, ojos esquivos. Todo aquello podía tener un gran significado o ninguno. No podía culparse por haber fallado.

—Como le digo —continuó la señorita Marple—, su primera idea hubiera sido negarlo todo. Luego, de un modo confuso intentaría explicárselo mentalmente. Tal vez Alberto no supiera lo fuerte que era aquella droga, o quizá por error le hubiera entregado demasiada cantidad. Pensaría disculpas y aclaraciones. Esperaría que él se pusiera en contacto con ella, cosa que, naturalmente, hizo... por teléfono.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Neele con acritud.

La señorita Marple meneó la cabeza.

—No. Confieso que lo supongo. Pero aquel día hubo varias llamadas que no tienen explicación. Es decir, llamaban, y cuando Crump o su esposa contestaban, cortaban la comunicación. ¿Sabe?, era él. Fue llamando hasta lograr que Gladys contestara en persona al teléfono, y entonces quedó de acuerdo con ella para verse.

—Ya —dijo Neele—. Quiere decir que Gladys tenía una cita con él el día de su muerte.

La señorita Marple asintió enérgicamente.

—Sí, eso es evidente. La señora Crump tuvo razón en una cosa. La chica llevaba —puesto su mejor par de medias de nylon y zapatos nuevos. Iba a encontrarse con alguien. Sólo que no pensaba *salir* . Él sería quien acudiese a Villa del Tejo. Por eso aquel día estaba tan nerviosa, y se retrasó en servir el té. Luego, al pasar por el vestíbulo con la

segunda bandeja, creo que debió verle en la puerta lateral haciéndole señas. Dejó la bandeja y salió a reunirse con él.

—Y entonces la estranguló —dijo Neele.

La señorita Marple frunció los labios:

—Debió ser cosa de un minuto —explicó—, y no podía correr el riesgo de que hablara. La pobre y crédula Gladys tenía que morir. Y después... ¡le puso una pinza en la nariz! —La indignación hacía vibrar la voz de la anciana—. Para que fuera todo como en la canción. El centeno, los mirlos, el palacio donde el rey contaba su dinero, el pan y la miel, y la pinza de la ropa... lo más a propósito que pudo encontrar para simular un pajarito que le arrancara la nariz...

—Y supongo que después de todo esto le llevarán a Broadmoor y no podrán ahorcarle porque está loco —dijo Neele, despacio.

—Creo que le colgarán —dijo la señorita Marple—. No está loco, inspector, ¡ni por asomo!

El inspector la miraba de hito en hito.

—Ahora escúcheme, señorita Marple. Usted me ha expuesto su teoría. Sí... sí, a pesar de que usted dice que *lo sabe*, es sólo una teoría. Usted asegura que un hombre es responsable de estos crímenes, que se hace llamar Alberto Evans, que conoció a Gladys en un lugar de veraneo y la utilizó para sus propios fines. Ese Alberto Evans era alguien que deseaba vengarse por el asunto de la vieja mina del Mirlo. Usted sugiere, ¿no es así?, que Don Mackenzie, el hijo de la señora Mackenzie, no murió en Dunkerque... sino que aún vive y es el responsable de todo esto.

Pero ante su sorpresa, Neele vio que la señorita Marple movió la cabeza negando.

—¡Oh, no! —dijo—. ¡Oh, *no!* Yo no digo *eso*. ¿No comprende que todo ese asunto de los mirlos es en realidad una *filfa*? Únicamente fue *utilizado* por alguien que había oído hablar de los mirlos... los de la biblioteca y los del pastel. Esos sí que fueron auténticos. Fueron colocados allí por alguien que conocía la vieja historia y deseaba vengarse, pero sólo amedrentar al señor Fortescue y ponerle nervioso. Inspector Neele, yo no creo que los niños puedan ser educados enseñándoles a esperar la ocasión de llevar a cabo una venganza. Los niños, al fin y al cabo, tienen mucho *sentido*. Pero cualquiera que sepa que su padre fue estafado y que tal vez le dejaron morir, puede estar deseando darle un susto a la persona que supone culpable de ello. Creo que eso es lo que ocurrió y que fue aprovechado por el asesino.

—El asesino —repitió Neele—. Vamos, señorita. ¿Quién es?

—No le sorprenderá, en absoluto, porque, en cuanto le diga quién es, o más bien dicho, quién creo que es, porque hay que hablar con exactitud, ¿verdad?... verá que es precisamente el tipo de persona adecuada para cometer estos crímenes. Cuerdo, inteligente y sin escrúpulos. Y lo hizo por dinero, desde luego, seguramente por una buena suma de dinero.

—¿Percival Fortescue? —preguntó el inspector Neele, sabiendo que se equivocaba. El retrato que la señorita Marple hiciera del asesino no tenía el menor parecido con Percival Fortescue.

—¡Oh, no! —repuso la señorita Marple—. Percival, no. Lance.

Capítulo XXVII

1

—¡Es imposible! —exclamó el inspector Neele.

Echándose hacia atrás en su butaca observó a la señorita Marple como fascinado. Como bien dijera la solterona, no estaba sorprendido. Sus palabras eran una negativa, no de probabilidad, sino de posibilidad. Lance Fortescue cuadraba con su descripción: la señorita Marple le había definido perfectamente. Pero el inspector Neele no conseguiría, ver cómo Lance pudo haberlo hecho.

La señorita Marple, inclinándose hacia delante y con la misma persuasión como se explican las reglas aritméticas a un niño, fue exponiendo su teoría.

—Siempre ha sido así. Quiero decir, que siempre fue *malo*. Malo dé pies a cabeza, a pesar de que siempre resultó *atractivo*. Sobre todo para las *mujeres*. Tenía una inteligencia despierta y no temía arriesgarse... y a causa de su atractivo la gente siempre pensaba de él lo mejor y no lo peor. Durante el verano vino a ver a su padre. No creo ni por un momento que su padre le escribiera o enviara a buscar... a menos, naturalmente, que usted tuviera prueba de ello. —Hizo una pausa a modo de interrogante.

—No —dijo Neele—. No tengo pruebas de que su padre le pidiera que viniera. Tengo una carta que Lance le escribió después de haber estado aquí, pero Lance pudo fácilmente haberla deslizado entre los papeles de su padre el día de su llegada.

—Es muy listo —dijo la señorita Marple asintiendo con la cabeza—. Bueno, como le digo, probablemente vino aquí para intentar reconciliarse con su padre, pero el señor Fortescue no quiso saber nada. Lance hacía poco que se había casado y la pequeña pitanza de la que iba viviendo y que sin duda fue aumentando de diversas maneras, todas deshonorosas, se había agotado. Estaba muy enamorado de Pat, que es una muchacha dulce y encantadora, y quería para ella una vida tranquila, respetable... y segura. Y para ello, desde su punto de vista, se necesitaba mucho dinero. Cuando estuvo en Villa del Tejo debió haber oído hablar de esos mirlos. Tal vez su padre o Adela los mencionara, y llegó a la conclusión de que la hija de Mackenzie estaba instalada en la casa y se le ocurrió que elfo sería una buena escapatoria para su crimen. Porque cuando comprendió que no conseguiría que su padre accediera a sus deseos, debió decidir asesinarle a sangre fría. Puede que al ver que su padre no estaba... er... muy bien... tuviera miedo de que a su muerte la firma se hubiese arruinado del todo.

—Conocía perfectamente el estado de salud de su padre —dijo el inspector.

—¡Ah..., eso explica muchas cosas! Tal vez la coincidencia de su nombre; *Rex*, unido

al incidente de los mirlos, le sugirió la idea de la tonadilla infantil. Convertirlo todo en una locura... y mezclarlo con la venganza de los Mackenzie. Luego podría matar a Adela también y esas cien mil libras volverían a quedar en la sociedad. Pero debía haber un tercer personaje, «la doncella tendiendo la ropa en el jardín»... y supongo que eso le inspiró el plan más diabólico. Un cómplice inocente a quien poder silenciar antes de que hablara. Y eso le proporcionaría lo que deseaba... una coartada auténtica para su primer crimen. El resto fue sencillo. Llegó aquí desde la estación poco antes de las cinco, que era cuando Gladys llevaba la segunda bandeja a la biblioteca. Se acercó a la puerta lateral, la vio en el vestíbulo y le hizo señas. Luego la estranguló y arrastrando el cadáver fue a dejarlo en la parte de atrás de la casa, donde estaban las cuerdas de tender la ropa, cosa que sólo debió emplearle tres o cuatro minutos. Luego tocó el timbre, y entró en la casa por la puerta principal, reuniéndose con la familia, para tomar el té. Después subió a ver a la señorita Ramsbatton. Al bajar, se deslizó hasta la biblioteca, y encontrando a Adela sola bebiendo su última taza de té, sentóse a su lado en el sofá y mientras le hablaba, se las arregló para echar cianuro en su taza. No le sería difícil. Un pedacito de una substancia blanca, parecida al azúcar. Pudo servirle un terrón de azúcar y dejarlo caer con él en la taza. Riéndose diría: «Mira, te he puesto más azúcar en el té». Ella respondería que no le importaba, y lo bebería. Debíó hacerlo con audacia y facilidad. Sí, es un individuo muy audaz.

—Es posible... si —dijo el inspector Neele, despacio—. Pero la verdad, señorita Marple, no veo... qué es lo que salía ganando con esto. Dando por supuesto que a menos de no morir el viejo Fortescue el negocio se hundiría, ¿es su parte tan importante como para hacerle cometer tres crímenes? No lo creo, la verdad.

—Ésta es una pequeña dificultad —admitió la anciana—. Sí, estoy de acuerdo con usted. Eso presenta dificultades. Supongo... —vaciló mirando al inspector—. Supongo... soy tan ignorante en cuestiones financieras... pero supongo... ¿es verdad que la mina del Mirlo *está* agotada?

Neele reflexionó. Varias piezas sueltas empezaban a encajar en su mente. El deseo de Lance de quedarse con las acciones de menor valor o interés. Sus palabras al despedirse aquel día... diciendo a Lance que era mejor que se desprendiera de la mina del Mirlo y su maldición. Una mina de oro. Una mina de oro agotada. Pero tal vez *no* lo estuviese. Y no obstante, parecía poco probable que el viejo se equivocase, aunque era posible que la hubieran vuelto a examinar recientemente. ¿Dónde *estaba* la mina? Lance dijo que en el África Occidental, Sí, pero otra persona... ¿fue la señorita Ramsbatton?... había dicho que estaba en el *Este* de África. ¿Mentiría Lance deliberadamente al decir Oeste en vez de Este? La señorita Ramsbatton era vieja y olvidadiza, y no obstante pudo *tener* razón. África oriental. Lance acababa de llegar de allí. ¿Se habría enterado de algo?

De pronto otra de las piezas fue a unirse al rompecabezas mental del inspector... Cuando iba en el tren leyendo el *Times*. *Descubrimiento de yacimientos de urania en*

Tanganika. Suponiendo que esos yacimientos estuvieran junto a la mina del Mirlo... Eso lo explicaría todo. Lance había tenido conocimiento de ello, y fue a comprobarlo sobre el terreno, y habiendo depósitos de uranio, aquello valdría una fortuna. ¡Una inmensa fortuna! Suspiró, mirando a la señorita Marple.

—¿Y cómo cree usted que voy a poder probar alguna vez todo eso? —le preguntó en tono de reproche.

La señorita Marple le dirigió una mirada animosa; como la tía que alienta a un sobrino inteligente convencida de que aprobaría el examen escolar.

—Lo probará —le dijo—. Usted es un hombre muy... *muy* inteligente, inspector Neele. Lo he comprendido desde el primer día. Ahora que sabe quién es, tiene que poder encontrar las pruebas. Por ejemplo, en ese pueblecito de veraneo es posible que reconozcan su fotografía. Le costará poder justificar por qué estuvo allí durante una semana haciéndose llamar Alberto Evans.

El inspector pensó para sus adentros:

« Si, Lance Fortescue era inteligente y sin escrúpulos... Pero también temerario. Los riesgos que corrió fueron demasiado grandes. ¡Le cogeré! » .

Luego, dudando, miró a la señorita Marple.

—Todo son meras suposiciones —dijo.

—Sí... pero usted está seguro, ¿verdad?

—Supongo que sí. Al fin y al cabo, he conocido a muchos de su calaña.

La anciana asintió.

—Sí... eso es muy importante... por eso *estoy* segura.

Neele la miró divertido.

—A causa de su gran conocimiento de los criminales.

—¡Oh, no... claro que no! Es por Pat... una chica encantadora... de esas que siempre se casan con un bala perdida... eso es lo que al principio me hizo pensar en él...

—Yo puedo estar seguro... en mi interior —dijo Neele—; pero hay muchas cosas que necesitan explicación... el asunto de Rudy Mackenzie, por ejemplo. Podría jurar que...

La señorita Marple le interrumpió:

—Y tiene usted razón. Pero se equivoca de persona. Vaya a hablar con la esposa de Percival.

—Señora Fortescue —dijo el inspector Neele—, ¿le importaría decirme cuál es su nombre de soltera?

—¡Oh! —exclamó Jennifer, asustada.

—No se intranquilece, señora, pero es mucho mejor que diga la verdad. ¿Me equivoco al creer que antes de casarse se llamaba Rudy Mackenzie?

—Yo... bueno... ¡Oh, Dios mío!... Bueno... ¿por qué no? —replicó la esposa de Percival.

—Por nada —repuso el inspector con toda amabilidad—. Estuve hablando con su madre, hace pocos días, en el sanatorio de « Los Pinos» .

—Está muy enfadada conmigo —dijo Jennifer—. Nunca voy a verla, porque sólo consigo trastornarla. ¡Pobre mamá! ¡Estaba tan enamorada de mi padre!...

—¿Y la educó a usted en la idea de llegar a vengarse?

—Sí —repuso Jennifer—. Me hacía jurar constantemente sobre la Biblia que no lo olvidaría nunca y que algún día le mataría. Una vez fui al hospital, la empecé a estudiar y me di cuenta de que su equilibrio mental no era el que debía ser.

—A pesar de ello, ¿no sintió usted deseo de venganza, señora Fortescue?

—¡Pues claro! ¡Prácticamente, Rex Fortescue asesinó a mi padre! No quiero decir que le disparara un tiro ni nada parecido, pero estoy convencida de que le *dejó* morir. Viene a ser lo mismo, ¿verdad?

—Moralmente, sí...

—De modo que quise pagarle en la misma moneda —dijo Jennifer—. Cuando una amiga mía vino a cuidar de su hijo, conseguí que se marchara y me dejara reemplazarla. No sabía exactamente cuál era mi propósito... La verdad es que nunca tuve intención de *asesinar* al señor Fortescue. Creo que más bien pensaba cuidar mal a su hijo... dejarle morir... Pero cuando se es una enfermera profesional, no se pueden hacer esas cosas. Me costó mucho que se pusiera bien. Luego me tomó cariño y me pidió que me casara con él, y pensé: « Bueno esa es una venganza mucho más grande que ninguna otra» . Quiero decir, que si me casaba con el hijo mayor del señor Fortescue conseguiría que volviera a mis manos el dinero que él estafó a papá. Creo que era una venganza magnífica.

—Sí, desde luego —dijo Neele—, y más razonable. —Y agregó—: Supongo que sería usted quien puso los mirlos sobre su mesa y en el pastel.

La esposa de Percival enrojeció.

—Sí. Fue una tontería por mi parte... Pero un, día el señor Fortescue estuvo hablando de los incautos, y alardeando de cómo les timaba. ¡Oh, —de un modo completamente

legal! Y pensé que me agradaría darle... bueno, una especie de susto. ¡Y vaya si le asusté! Estaba como loco. —Y agregó con ansiedad—. Pero yo no hice nada *más*. De verdad, inspector. Usted no puede decir que haya *asesinado* a nadie.

El inspector Neele sonrió.

—No —dijo—, no lo digo. A propósito, ¿ha estado usted dando dinero a la señorita Dove, últimamente?

Jennifer se quedó boquiabierta.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Nosotros sabemos muchas cosas —dijo el inspector Neele, añadiendo para sí—: Y adivinamos otras muchas, también.

Jennifer continuaba hablando a toda prisa:

—Vino a decirme que usted la había acusado de ser Rudy Mackenzie y que si le daba quinientas libras le dejaría seguir pensándolo. Dijo que si usted sabía que yo era Rudy Mackenzie sospecharía que había asesinado al señor Fortescue y a, mi madre política. Me costó mucho reunir el dinero, porque claro, no podía pedirselo a Percival. El no sabe nada. Tuve que vender mi anillo de compromiso y un collar muy bonito que me regaló el señor Fortescue.

—No se preocupe, señora Fortescue —dijo Neele—. Creo que podrá devolverle ese dinero.

Al día siguiente el inspector Neele tuvo otra entrevista con la señorita Dove.

—Quisiera saber, señorita Dove, si podría darme un cheque de quinientas libras pagadero a nombre de la esposa de Percival Fortescue —le dijo y tuvo el placer de verla perder su aplomo.

—Supongo que esa tonta debió decírselo.

—Sí, el *chantaje*, señorita Dove, es un cargo bastante grave.

—No era precisamente eso, inspector. Creo que le costaría acusarme de chantajista. Sólo hice a la señora Fortescue un servicio especial y ella me recompensó.

—Bueno, si me da ese cheque puede que lo dejemos así, señorita Dove.

Mary Dove fue en busca de su talonario de cheques y su pluma estilográfica.

—Me viene muy mal —dijo con un suspiro—. En, estos momentos ando algo apurada.

—Supongo que estará buscando otro empleo para en breve...

—Sí. Éste no ha salido del todo de acuerdo con mis planes. Ha resultado desgraciado desde mi punto de vista.

—Si —convino el inspector Neele—, la ha colocado en una posición difícil, ¿verdad? Quiero decir, que era muy probable que en cualquier momento revisáramos sus antecedentes.

Mary Dove, otra vez fría y dueña de sí, enarcó las cejas.

—La verdad, inspector, le aseguro que en mi pasado no hay nada vergonzoso.

—Sí, es cierto —repuso Neele alegremente—. No tenemos la menor cosa contra usted, señorita Dove. Aunque es una curiosa coincidencia, que en las últimas tres casas en las que usted ha trabajado tan admirablemente, haya habido robos después de su marcha. Los ladrones parecían muy bien informados de dónde se guardaban los abrigos de visón, joyas, etc. Curiosa coincidencia, ¿no le parece?

—Suelen ocurrir muchas casualidades, inspector.

—¡Oh, sí! —dijo Neele—. Las hay. Pero no tan a menudo, señorita Dove. Me atrevo a asegurar —agregó—, que volveremos a encontrarnos en el futuro.

—Espero... —dijo Mary Dove—. No quisiera parecerle grosera, inspector Neele... pero yo espero que no.

Capítulo XXVIII

1

La señorita Marple comprimió el contenido de su maleta y tras remeter el extremo de un chal de lana que sobresalía, la cerró. Dio una vuelta para echar un vistazo a su alrededor. No, no se olvidaba nada. Crump subió a recoger su equipaje. La señorita Marple se trasladó a la habitación contigua para despedirse de la señorita Ramsbatton.

—Siento haber correspondido tan mal a su hospitalidad —dijo la señorita Marple—. Espero que algún día pueda perdonarme.

—¡Ah! —replicó la señorita Ramsbatton que, como de costumbre, estaba haciendo solitarios—. Reina roja, valet negro —dijo mientras dirigía una mirada de soslayo a la señorita Marple—. Supongo que habrá descubierto lo que quería.

—Sí.

—E imagino que se lo habrá contado todo al inspector de policía. ¿Conseguiré probarlo?

—Estoy casi segura de ello —repuso la solterona—. Aunque puede que necesite algún tiempo.

—No voy a hacerle ninguna pregunta —continuó la señorita Ramsbatton—. Es usted una mujer inteligente. Lo comprendí en seguida. No la culpo por lo que ha hecho. La maldad, es siempre maldad y merece ser castigada. En esta familia hay una rama mala. Me alegro de poder decir que no es por nuestra parte. Elvira, mi hermana, era una tonta, pero nada más. Valet negro —repitió la señorita Ramsbatton acariciando la carta—. Hermoso, pero con el corazón negro. Sí, lo temía. Ah, bueno, no siempre se puede dejar de querer a un pecador. Ese chico siempre se ha salido con la suya, incluso conmigo... Mintió al decir la hora en que salió de aquí aquel día. Yo no le contradije, pero me estuve preguntando... me he estado preguntando desde entonces... Pero era el hijo de Elvira... Yo no podía decir nada. Ah, bueno, usted es una mujer justa, Juana Marple, y debe prevalecer la verdad. Lo siento por su esposa.

—Y yo también —dijo la señorita Marple.

En el vestíbulo la aguardaba Pat Fortescue para decirle adiós.

—No quisiera que se marchara —le dijo—. La echaré de menos.

—Ya es hora de que me vaya —le contestó la anciana—. He terminado lo que vine a hacer. No ha sido... agradable. Pero es importante que no triunfe la perfidia.

Pat la miraba extrañada.

—No la comprendo.

—No, querida. Pero tal vez lo entienda algún día. Si yo me atreviera a aconsejarle... si alguna vez le fueran mal las cosas... Creo que lo mejor para usted sería regresar a donde fue feliz cuando niña. Regrese a Irlanda, querida. Con sus caballos y perros... y todo eso.

Pat asintió.

—Algunas veces desearía haberlo hecho cuando falleció papá. Pero entonces... —su voz se suavizó— no hubiera conocido a Lance.

La señorita Marple suspiró.

—¿Sabe usted? No vamos a quedarnos aquí —dijo Pat—. Regresaremos a África tan pronto se aclare todo. Estoy muy contenta.

—Dios la bendiga, pequeña —dijo la señorita Marple—. En esta vida es necesario mucho valor para salir adelante. Creo que usted lo tiene.

Y tras darle unas palmaditas en la mano, se dirigió hacia la entrada, donde la estaba aguardando un taxi.

La señorita Marple llegó a su casa aquella noche bastante tarde.

Kitty, una de las últimas alumnas graduadas en el hospicio de Santa Fe, le abrió la puerta con rostro resplandeciente.

—Le he preparado un arenque para cenar, señorita. Celebro infinito verla otra vez en casa... Todo lo encontrará en su punto. He hecho la limpieza cada día.

—Muy bien, Kitty... es agradable regresar a casa.

La señorita Marple vio seis telarañas en una cornisa. ¡Aquellas chicas nunca levantaban la cabeza! Pero no quiso decirle nada.

—Sus cartas están sobre la mesa del recibidor, señorita. Hay una que la llevaron a Daisymead por error. Siempre hacen lo mismo, ¿no le parece? Dane y Daisy se semejan un poco, y como la letra es tan mala, no me extraña que se equivocaran esta vez. La llevaron allí, pero la casa está cerrada, de modo que la volvieron a traer y ha llegado hoy. Dijeron que esperaban no se trate de nada importante.

La señorita Marple fue a recoger su correspondencia. La caita a que Kitty se refería estaba encima de todas. Aquella escritura confusa trajo algo a su memoria y la abrió.

«Querida señora:

»Espero que me perdonará por escribir esta carta, pero no sé qué hacer y nunca tuve intención de causar daño. Querida, señora, usted habrá leído en los periódicos que se trataba de un crimen, pero no fui yo quien le maté, de verdad, porque yo nunca haría una maldad semejante y sé que él tampoco. Me refiero a Alberto. Se lo estoy explicando muy mal, pero ya sabe que le conocí el pasado verano e iba a casarme con él, pero Bert no tenía dinero, pues se lo había estafado ese señor Fortescue que ha muerto. Y el señor Fortescue lo negaba y, claro, le creían a él y no a Bert, porque él era rico y Bert pobre. Pero Bert tenía un amigo que trabaja en un sitio donde hacen esas drogas nuevas que obligan a decir la verdad... tal vez lo haya leído en los periódicos, y que obligan a decir la verdad a las personas, quieran ellas o no. Bert pensaba ir a ver al señor Fortescue a su oficina el cinco de noviembre con un abogado y yo tenía que hacerle tomar la droga aquella mañana con el desayuno, para que hiciera efecto cuando fueran ellos y confesara que todo lo que Bert decía era cierto. Pues bien, señora, yo la puse en la mermelada, pero ahora que ha muerto creo que debía ser demasiado fuerte, pero no ha sido culpa de Bert, porque él nunca haría cosa semejante, pero no puedo decírselo a la Policía,

porque tal vez pensarán que lo hizo a propósito, y no lo hizo. Oh, señora, no sé qué hacer ni qué decir y la Policía está aquí en la casa y es horrible. No sé qué hacer, y no he sabido nada más de Bert. Oh, señora. Si usted pudiera venir y ayudarme... ellos la escucharían, y siempre ha sido tan buena conmigo... Yo no tenía intención de hacer nada malo, ni Bert tampoco. ¡Si pudiera venir!

Suya respetuosamente,

»Gladys Martin«

P. D. —Le incluyo una fotografía que nos hicimos Bert y yo en el pueblecito de veraneo. La hizo uno de los muchachos. Bert no sabe que la tengo... no le gusta que le retraten. Pero así podrá ver, señora, lo guapo que es.

La señorita Marple, con los labios fruncidos, contempló la fotografía. Una joven pareja mirándose a los ojos. Gladys con su carita patética y adorable, los labios entreabiertos... Lance Fortescue, sonriente y tostado por el sol.

Las últimas palabras de la carta resonaron en su mente:

Así podrá ver lo guapo que es.

Los ojos de la señorita Marple se llenaron de lágrimas. Y luego sintióse invadir de un sentimiento de odio... odio contra un asesino sin corazón.

Después, rechazando ambas emociones, se dibujó en sus labios una sonrisa de triunfo al contemplar la prueba que necesitaba... la sonrisa de triunfo de algunos naturalistas cuando han podido reconstruir un animal de especie ya extinguida, guiándose sólo por un fragmento de quijada y un par de dientes.



AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el Nilo* (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran

Asesinato en el Orient-Express (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Téstito de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.